



SS

**SERVICIO
SECRETO**

DONALD CURTIS

**MISION EN
LOS TROP**

de

Lectulandia

Frank Ellery, con instrucciones concretas para ponerse en contacto con el agente federal Rush Sanders, en Nueva York, emprendió el vuelo desde la capital hacia la ciudad de los rascacielos.

Parecía ser que la poderosa y compleja maquinaria del «Federal Bureau» se había puesto en funcionamiento alrededor de la personalidad extraña de una mujer rubia que nadie sabía quién era o de dónde procedía, pero cuya presencia en el país constituía, ante su solo anuncio, un inminente peligro contra algún engranaje de su seguridad interna.

Lectulandia

Donald Curtis

Misión en los trópicos

Bolsilibros: Servicio Secreto - 383

ePub r1.0

jala y xico_weno 08.12.17

Título original: *Misión en los trópicos*
Donald Curtis, 1957

Editores digitales: jala y xico_weno
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

MISIÓN
en los
TRÓPICOS
por DONALD CURTIS



CAPÍTULO PRIMERO

CABELLOS DE PLATA

Mark Ellery sentía una prevención especial por las rubias. No respondía, exactamente, a un motivo concreto. Era sólo eso, una simple prevención, basada en un latente estado psíquico contra toda hija de Eva que luciese el color oro, más o menos natural, en su melena.

Mark Ellery no sabía de cuándo provenía esa «blondofobia» tan acusada. Pensó alguna vez visitar a un psiquiatra, pero desistió siempre, meditando sobre la posibilidad de que el especialista advirtiese un origen mental de tal odio, en el hecho de que el paciente había estado prometido a seis mujeres rubias, una tras otra, naturalmente, y ninguna de las cuales respondió a su plena confianza, quebrantando así la promesa matrimonial.

Después de su media docena de desengaños, Mark Ellery había recordado su título universitario, Su licenciatura en Filosofía y Letras y su excelente preparación física, presentándose como candidato al «Federal Bureau of Investigation».

Así había llegado a agente especial del fabulosamente célebre y novelesco F. B. I. Sin embargo, su tarea no tenía nada de novelesca en la Brigada de Represión de Narcóticos. Cuando pasó a Homicidios, tampoco mejoró su labor en el aspecto romántico o heroico, tal como el histerismo popular imaginaba que eran los Federales del macizo *Mr. Hoover*.

Después, Bannister, vicepresidente de una de las múltiples secciones especiales del Departamento Federal en Washington, estudió el expediente personal de Mark Ellery, uno de los más jóvenes agentes especiales de la Oficina, y juzgó que era preciso pasarle al grupo más interesante, y a la vez peligroso, del F. B. I.: en resumen, al novísimo Cuerpo de agentes dedicados a salvaguardar la Seguridad Interior de la nación. Bajo este título, un poco vago, aunque terriblemente expresivo, se escondía la actividad más espinosa, difícil y grave de la postguerra: proteger al país de espías, saboteadores, agentes enemigos infiltrados en la comunidad americana, o cualquier otro aspecto del Servicio Secreto extranjero, destinado a arrancar a los Estados Unidos secretos militares, científicos o técnicos, que pudieran redundar en un perjuicio cercano o remoto.

Así, Ellery se encontró metido en su nueva sección, estudiando historiales atómicos, informes sobre pruebas termonucleares, a eminentes científicos dedicados a la investigación del átomo, como destructor eficaz de la Humanidad y otras lindezas por el estilo. Desde las acciones federales contra el nazismo, surgidas en 1939, por orden Presidencial, hasta las mucho más posteriores contra posibles agentes del

Kremlin infiltrados en el País, todo el historial de la policía gubernativa de Washington pasó ante sus ojos.

Después, recibió su primer caso en materia de contraespionaje: *¡buscar a una mujer rubia!*

Las órdenes recibidas de aquel misterioso y grave señor Bannister que le escogiera entre una plantilla de más de doscientos agentes especiales, fueron tan concisas como oscuras:

—Busque a una mujer de cabellos platinados. En realidad, dicen que es más de color plata que rubia. Una mujer notable, aun dentro de un país abundante en mujeres rubias. No sabemos cómo sí llama, quién es ni dónde está. Pero ha entrado en el país, está entre nosotros, y es tarea suya localizarla. Informes confidenciales, poco seguros, dicen que se encuentra en Nueva York. Puede estar allí, en San Francisco o en Denver. La verdad es que no nos podemos fiar de informes así. Labor suya es ver lo que hay de cierto en eso.

Allí acababa todo. Aquella mujer rubia «era un peligro para la Seguridad Interior de los Estados Unidos», según frase del señor Bannister. Si lo era por su perímetro torácico, por sus bellas piernas o por su mente criminal, eso fue algo que el Federal no agregó.

Frank Ellery, con instrucciones concretas para ponerse en contacto con el agente federal Rush Sanders, en Nueva York, emprendió el vuelo desde la capital hacia la ciudad de los rascacielos.

Parecía ser que la poderosa y compleja maquinaria del «Federal Bureau» se había puesto en funcionamiento alrededor de la personalidad extraña de una mujer rubia que nadie sabía quién era o de dónde procedía, pero cuya presencia en el país constituía, ante su solo anuncio, un inminente peligro contra algún engranaje de su seguridad interna.

Ellery aceptó enseguida esa aseveración. Por el solo hecho de que fuera rubia, la dama tenía que ser peligrosa. No pensó en que su peculiar modo de pensar sobre las blondas hijas de Eva implicaba como peligros públicos a Marilyn Monroe, Jayne Mansfield o Mammie Van Doren. Él no hubiera vacilado en admitir que la sonrisa de Marilyn, el busto de la aparatosa Mansfield o las curvas de Mammie, podían ser motivo de un ataque atómico a los Estados Unidos. Ese prejuicio, por cierto, iba a ser causa de muchos desastres en la misión que de forma tan singular iniciaba ahora el agente especial Frank Ellery.

Buscar unos cabellos de plata en Nueva York, era como buscar una pluma roja o blanca en una granja avícola. Las platinadas surgían por generación espontánea en las avenidas de Manhattan, en Long Island o en Jersey. Eran como hongos después de la lluvia.

Sin embargo, su colega Sanders, un pelirrojo inteligente, vivaz y experto en las actividades patrióticas que la Ley Presidencial de Roosevelt había echado sobre los hombros firmes del Cuerpo Federal, le agregó ciertos detalles que hacían ya más

concreta la personalidad enigmática de aquella misteriosa dama rubia, perdida en el maremágnum humano de Norteamérica:

—Escuche, Ellery —le dijo, cuando ambos charlaron extensamente en la Oficina Federal destacada en Nueva York—: Nuestra mujer procede de Sudamérica, casi con toda seguridad. Ignoramos su verdadera nacionalidad y su nombre, pero ha venido a nuestro país con instrucciones concretas y peligrosas de alguna potencia. Lo cierto es que todo el Centro y Sudamérica, son amigos nuestros. No cabe esperar peligros por parte de ellos. Y sin embargo..., hay algo en la presencia de esa mujer que indica lo contrario, por parte de alguien.

—Bien, pero ¿quién ha visto a esa fantástica mujer? —inquirió Frank, escéptico.

—Varias personas dignas de crédito, Ellery. No tome a broma su misión. Es importante y muy seria. Quieren que usted localice a esa mujer, averigüe quién es, qué busca en el país, y quién la envía. Sólo eso.

—Vaya, ¿nada más? —Frank sonrió, sarcástico—. Puedo invitarla a un cóctel y enterarme de eso sólo con tres preguntitas. Cosa fácil.

—El Departamento sabe que tiene usted una especial prevención contra las mujeres rubias —siguió impertérrito Sanders.

—Ah, ¿también saben eso?

—Sabemos todo, Frank. Y precisamente ésa es la razón de que le hayan elegido a usted. Esa dama rubia parece ser de una hermosura poco común, diabólicamente astuta y dispuesta a todo.

—Ya. Una Mata-Hari, ¿eh?

—O peor. Todo es posible, tratándose de esa mujer.

—Oiga, Sanders; y sabiendo tanto de ella, ¿es posible que no conozcan su nombre y su origen?

—Oh, por nombres no se preocupe. Tenemos exactamente cuatro, todos utilizados por ella, en La Habana, Puerto Rico, México y Ecuador: Hazel Mortensen, Myrna Gladstone, Hilde Bergman, y por último Sandra Fedor. Como verá nombres de todas las nacionalidades posibles... y acaso ninguno se parezca ni lejanamente al suyo propio. Se ha pasado por armenia, sueca, danesa, finlandesa y hasta española, aunque no sé a quién pudo engañar entonces, con esa melena de plata que es su distintivo, así como también lo es su predilección por el color frambuesa.

—Eso es algo, ¿no?

—Sí, pero muy poco. No se haga excesivas ilusiones. No creo que se encuentre, paseando por la Quinta Avenida o tomando *whisky* en el «Club 400», a una rubia platino con traje color frambuesa y un turbante del mismo color.

—No pido tanto —rió Ellery, mirando con simpatía a Sanders—. ¿Y por qué precisamente yo, amigo?

—Ya se lo dije: teniendo prevención a las rubias, siempre le será más difícil ser cautivado por los encantos de esa diablesa de pelo plateado. Es usted joven, bien parecido e inteligente. Dicen que ha tenido éxito con las chicas... ¿qué más se puede

pedir? Adelante, amigo. Fin jase tonto, déjese atrapar en las redes de esa vampiresa, y luego utilice su cerebro. Es todo lo que le pedimos.

—Casi nada. —Ellery se puso en pie, parsimonioso. Su elevada estatura, bien vestida de gris perla, destacó sobre el fondo color naranja del despacho federal, bajo la mirada penetrante de Sanders—. ¿Y hay algún indicio para comenzar la búsqueda?

—Sólo uno: el Barón Schneider.

—¿Quién?

—El barón Schneider, Rolf Schneider, ciudadano alemán, nacionalizado en Cuba a raíz de la derrota del tercer Reich. Un hombre importante... en armamento militar.

—Creí que tenía que buscar a una mujer rubia, no a un traficante de rifles, como en la época de los pieles rojas.

—Su sentido del humor acaso haya influido también en la decisión de Washington de asignarle esta misión específica —dijo secamente Sanders—, pero a mí no me divierte, amigo. Es cosa seria. Schneider es, tal vez, el único hombre que conoce a nuestra adversaria, tal como realmente es.

—¿Razón de esa teoría?

—No es una simple teoría, Ellery. Se encontraron en Lisboa hace dos meses. Hubo un testigo ocular de ese encuentro, el mismo que nos describió a la dama en cuestión, y su misión peligrosa dentro del territorio americano.

—Entonces, ya tiene a alguien más, aparte de ese tal Schneider, que conoce a la jovencita de la melena plateada.

—No, Ellery. Yo nunca miento, salvo en un caso absolutamente necesario. Le dije que ese barón de origen germano es el único enlace entre la dama rubia y nosotros, y es cierto. El testigo ocular de Lisboa era el agente federal Herman Murphy. Fue asesinado después de transmitirnos ese mensaje, al bajar de un avión en el aeropuerto de México, cuando se dirigía a los Estados Unidos siguiendo la pista de los dos misteriosos personajes.

—Ya —el gesto de Frank se endureció. Al ser mencionado un colega muerto, como por ensalmo se borró de él todo rastro de humorismo. Tenía razón Bannister y Sanders: el caso era peligroso. Él podía ser el segundo agente que pasase a la lápida de honor «in memoriam». ¿Dónde está ahora Schneider, puesto que él parece ser nuestro hombre?

—Aquí, en Nueva York —dijo sencillamente Rush Sanders, golpeando su carpeta con un lapicero, muy suave y pensativo—. En el «Hotel Reggie», de la Quinta Avenida, se aloja nuestro hombre.

—Es un desharrapado, ¿eh? —Gruñó Frank—. Pagaré cincuenta dólares diarios de hotel.

—Poco más o menos —asintió Sanders—. Ése es su hombre, Ellery. Mucho cuidado con él. Si advirtiese que de nuevo le sigue un federal, añadiríamos otro nombre a la lista negra. No me gustaría eso, francamente. No se puede proceder contra él, porque es un viejo zorro capaz de ocultar toda prueba contra él.

Aparentemente, es intachable, honrado, y se mueve dentro de la mayor legalidad. Hombre culto, mundano e inteligente, constituye el segundo eslabón de nuestra cadena.

—¿Podría ser el jefe de la rubia misteriosa?

—Podría serlo, pero tengo mis dudas. El F. B. I, imagina que detrás de ambos hay algo más. Lo que ese *algo* pueda ser, es precisamente donde su misión entra de lleno. Descúbralo, y habrá cumplido.

—De acuerdo, amigo. Y si llega la ocasión, procuraré que no se repita el caso del agente Murphy. Aunque sea a costa de la vida de ese Rolf Schneider...

* * *

—El domingo es el día señalado. Nadie esperará que suceda, y mucho menos en un día así. El golpe ha de surtir efecto.

—Suponiendo que Kellerman no esté sobre aviso y...

—¡Calla, estúpido! —le atajó rudamente la mujer sentada frente al que había hablado. Su sinuosa figura enfundada en terciopelo negro, lo bastante escotada como para exhibir el arranque turbador de un busto agresivamente erguido, se retorció sobre el tapizado verde esmeralda, al adelantarse hacia su interlocutor. Unos dedos largos y sensitivos, de uñas barnizadas de plata, sacudieron la ceniza de un largo cigarrillo turco sobre el cenicero en forma de trébol de póker—. No me gusta que pronuncie nadie nombres.

—Pero si estamos solos... —protestó, algo aturdido, el hombre.

—Nunca se sabe cuándo está uno solo. Recuerda Lisboa. ¿O tienes tan mala memoria como para olvidar detalles así?

—Bueno, yo... —El hombre alto, macizo, de cabello cortado casi al rape en su ancha nuca germánica, y en forma de cepillo sobre la estrecha frente, tembló dentro de su impecable «*smoking*» blanco—. Prefiero no recordarlo...

—Pues hay que tener memoria siempre. Para lo bueno y para lo malo. El hombre de Lisboa casi se salió con la suya. Puede haber un hombre en Nueva York, en Miami... en el mismo Puerto Lágrimas, ¿quién sabe eso?

—Ahora es usted quien pronuncia nombres, ¿no le parece? Y más peligrosos aún.

—Yo puedo hacer lo que quiera —le replicó secamente la hermosa dama de uñas de plata—. El Gran Dictador confía en mí plenamente. No así en usted «*herr*» Schneider...

—¡No sé por qué! —Enrojeció el alemán, furioso—. ¡Le sirvo con lealtad en este asunto, aun a costa de mi propia vida! ¡Si aquí se supiera que yo intervine en la muerte del federal...!

—Le he dicho que se calle de una vez. Si habla tanto, un día se perderá del todo —la beldad glacial se irguió, con lo que su impresionante busto amenazó estallar el terciopelo verde—. Usted es leal, de acuerdo. Trabaja para el Gran Dictador a plena

satisfacción suya... por ahora. Pero no cometa deslices ni se fíe de nadie. Mantenga abiertos los ojos. Cabe en lo posible que el hombre de Lisboa muriese después de haber transmitido algún informe secreto —que ignoremos. En cuyo caso, el riesgo sería grande, Schneider.

—Usted dijo que sus hombres le seguían —musitó el germano, inquieto—. Y que únicamente envió un cablegrama inocente a sus padres, en Missouri, diciéndoles que en breve se reuniría con ellos, aparte de otro a Washington, anunciando escuetamente su llegada.

—Todo eso, por sí solo, puede constituir un mensaje —observó pensativa la dama, mirando con inquietantes ojos verdes al hombre del «*smoking*» blanco—. Esperemos aún... hasta el domingo. Si en Miami todo sale bien, será señal de que hemos triunfado, y el F. B. I, no sabe nada de nada. Ni sobre usted, ni sobre mí.

—¿Y si el golpe de Florida fracasa? —aventuró Schneider.

—Entonces... habría que empezar de nuevo. En Staten Island nos espera el yate. Y en otro lugar de la costa dejaríamos el yate, partiendo en el avión particular del Gran Dictador, hacia Puerto Lágrimas.

—De todos modos, incluso triunfando, este asunto no me gusta mucho —gruñó el traficante de armas.

—Debió de pensarlo antes. Ahora está a nuestro lado por completo, ¿no? —Ella hablaba fríamente, estudiándole con suave ironía, mientras una afilada mano rozaba el bolso de terciopelo y adornos brillantes. Schneider sabía bien lo que se escondía allí, así es que tragó saliva y no se atrevió a exponer nuevas dudas.

—Claro, claro. Ahora no tengo otro remedio. Me juego demasiado en esto, para adoptar otra postura.

—Es una idea muy sensata —sonrió la boca roja, carnosa, sensual y cruel—. Arriesga usted mucho, barón. Toda su fortuna, su prestigio de hombre audaz e inteligente... y también su cuello.

Rolf Schneider tragó saliva. Temía a aquella mujer, y ese temor asomaba, incontenible, a sus ojos grises y estrechos. La vio dirigirse hacia la puerta de la estancia, con un contoneo lánguido, perezoso, como de gatito cansado, que marcaba sus redondas caderas y la belleza de las largas piernas, bajo el terciopelo esmeralda. La melena, color plata, golpeaba sus hombros suavemente, pareciendo rozar la sedosa piel femenina con sensual dulzura.

—Ah, y recuerde otra cosa, barón Schneider —dijo ella, volviendo un momento sus ojos rasgados, tan verdes como su traje de noche—. Mi nombre es Alma Neiva... ¿Cree que lo recordará bien?

—Claro, claro que lo recordaré... Alma Neiva... Es extraño, pero fácil de retener —aseguró el alemán, sonriente—. Alma Neiva...

Pero ya la dama de cabellos de plata había abandonado la habitación, cerrando suavemente tras sí.

CAPÍTULO II

HOMBRES MORENOS

Frank Ellery vio por primera vez al hombre moreno en el vestíbulo del «Reggie», cuando esperaba tras una revista ilustrada la aparición de «herr» Schneider camino del comedor. Era el único huésped del suntuoso hotel, el que faltaba por bajar al almuerzo.

Hacía un calor endiablado aquel día de verano, típicamente neoyorquino, en el que hasta el cemento de los rascacielos parecía a punto de gotear sobre las calles, derretido por la fuerza del sol.

Su traje de hilo blanco destilaba sudor por todas partes, y a pesar de todo no se movía de su asiento en el rincón del vestíbulo, bajo la caricia, a ráfagas, del ventilador del techo.

Estaba harto de esperar. Iba a arrojar a un lado la revista y anticiparse en el comedor a la llegada del oriundo germano, cuando vio al hombre moreno.

No tenía nada de notable, ni siquiera en su indumentaria, puesto que vestía ropas color *beige* claro, de hilo. Podía ser mejicano, portorriqueño o brasileño, igual que de cualquier otro país de la América. Central o del Sur. Más bien bajo, de cabellos rizados, tez oscura, casi achocolatada, ojos muy negros y fino bigote sobre los labios carnosos. Estaba abanicándose con un «pay-pay» pasado de moda, bajo una de las palmeras artificiales del vestíbulo.

No le miraba a él ni, aparentemente, a nadie. ¿Por qué le intrigó su presencia allí? Acaso porque su aspecto no respondía al de un cliente del «Reggie». O tal vez porque su expresión tenía una indefinible sombra de peligrosidad, de tensión y amenaza.

Sin querer, como un instintivo reflejo de su natural desconfiado, lo asoció con Schneider, el alemán nacionalizado cubano después de la conflagración mundial. Y con la rubia platino de quien se decía en Washington y Nueva York que procedía de Sudamérica. El sudamericano era tipo latino, con propensión decidida a ser moreno, cobrizo o, simplemente, de tez oscura. Aquel individuo reunía todas esas condiciones. Y además... estaba en el «Reggie». ¿Por qué? ¿Para qué?

Olvidó inmediatamente al hombre moreno cuando un «botones» cruzó el vestíbulo, recitando monótonamente:

—¡Señor Schneider, al teléfono! ¡Señor Schneider, en la cabina cuatro del vestíbulo! ¡Señor Schneider, le llaman al teléfono!...

Mark Ellery puso rígido su cuello y el resto de sus tendones. Si le hubieran pinchado bruscamente en la espalda, el joven federal hubiese dado un brinco de cuatro pies, por lo menos. Pero nadie se entretuvo en semejante experimento. En

cambio, una figura alta, maciza y muy erguida, que concluía, sobre el «*smoking*», en un cráneo rapado y rectangular, de ancho cuello germánico, asomó en lo alto de la escalera, descendiendo con premura los escalones hacia el vestíbulo.

Mark se maravilló de su suerte. Vigilar a un alemán que, en lo físico, resulta de lo más teutón que puede imaginarse, superaba todas las más halagüeñas esperanzas sobre la especie. Pero así parecía ser su suerte actual, y Frank sabía admitir su propia fortuna profesional con verdadero estoicismo.

Se puso en pie, cuando el hombre de aspecto alemán cruzó a no más de dos yardas de su asiento, perdiéndose entre palmeras artificiales, camino de las cabinas de vidrio donde aparecían los teléfonos del «Reggie».

Rápido, se acercó a la conserjería, situada exactamente al lado de la centralilla de teléfonos del hotel, y mostró su insignia federal en una fulgurante exhibición de su carnet. Las tres letras mágicas, F. B. I, parecieron saltar ante la mirada del conserje, que asintió al decir con rápido ademán el joven:

—Pida línea a la cabina cinco, vivo. Quiero oír lo que hablan en la cuatro. Es cuestión de vida o muerte.

Cuando entró en la cabina inmediata a la de Schneider, que en aquel momento descolgaba el teléfono, mirando a través del cristal con un tic nervioso en sus ojos estrechos y azules, sonó el *clic* que marcaba la conexión con la línea ocupada. Mark, apenas aplicó el receptor a su oído, captó palabras lejanas, roncadas y agrias de expresión:

—¿Es usted, Schneider? —inquirió aquella voz, de curiosas inflexiones siniestras.

—Er... sí, yo mismo. ¿Quién llama?

—¿Y aun lo pregunta? —Una voz rió, hiriendo casi los tímpanos de Mark, a la vez que lo hacía con los de «herr» Schneider, mucho más sensibles a tal impacto—. Parece mentira, barón. Parece ser que en las cancillerías europeas goza usted fama de inteligente... Y sin embargo, aún no lo ha entendido. ¿De veras no sabe quién soy yo?

—Claro que no... Y le ruego que no moleste más. Mi tiempo es precioso.

—Y el mío mucho más —aquella risa ácida y metálica al otro lado del hilo se repitió. Mark casi experimentó la proximidad física de un peligro horrible, a pesar de que aquella voz debía de estar bastante lejos del receptor—. Imagínese, Rolf Schneider... Usted sólo tiene que ponerse de acuerdo con ciertas personas para ayudarme a mí... Entre tanto, yo... ¡Yo soy el hombre elegido, la persona que ha de llevar a su país al triunfo, a la gloria, a la cumbre del poder! ¡El Gran Dictador, barón Schneider!...

El alemán lanzó una exclamación asustada y respetuosa, que impresionó a Mark. Mucho tenía que temer Schneider a aquel desconocido, para mostrarse tan abatido, en una simple conversación telefónica.

—Usted..., usted en persona... —musitó, en un hilo de voz el traficante internacional—. No creí merecer tal honor...

—¡Imbécil! —Casi fue un ladrido. El metal de la voz hizo vibrar el auricular—. No es un honor... ¡Es una necesidad! Salga inmediatamente de ese hotel... Antes de que sea tarde. Le vigilan, le persiguen. Son hombres del Gobierno, hombres dispuestos a todo por ganarme la partida. ¿Es que es usted ciego? Aun a distancia, pueda verlos yo. Hombres que le rodean, que van en busca suya... ¡Márchese, antes de que le maten, Schneider!

Súbitamente, en el auricular, sonó un gemido inarticulado, sordo. Pero lleno de un terror vivo, casi animal. Mark Ellery saltó como un millón de nervios tensos golpeados por un martillo. Sabía conocer la proximidad del peligro, de la amenaza, de la muerte...

Soltó el teléfono, por el que asistía a la más fantástica y extraña conferencia que podía imaginarse. Miró a través de los vidrios de su propia cabina, al hombre moreno. Pero el hombre moreno no le miraba a él. Tenía fijos los ojos oscuros en la cabina inmediata, en el número cuatro exactamente. Sus ojos, y además otro, más negro e incisivo, enmarcado por el círculo de metal de un revólver. El arma enfilaba sin duda a «herr» Schneider.

Se oyó crujir la puerta de la cabina número cuatro, en una resuelta pugna por huir de la amenaza latente, real, implacable. Pero era como pretender huir de un alud, de una riada devastadora. Aquel hombre moreno, de ojos fulgurantes, exudaba odio, instinto criminal, avidez homicida... Y el arma vomitó fuego, plomo, estallando en bruscas detonaciones.

Gritos y carreras atemorizadas, en el amplio *hall* del «Reggie», se mezclaron al ronco estertor que sonó en la cabina inmediata, al estallido cruel de los vidrios, arrancados de sus marcos por el plomo mortífero.

Mark Ellery tardó exactamente cinco segundos en abrir su propia puerta y desenfundar su automática del calibre 38. Para entonces, era tarde. Apenas tres segundos tarde. Ya «herr» Schneider, en su cabina, rodaba de bruces, con el pecho abierto en dos puntos, con redondos agujeros sanguinolentos, que enrojecían su impecable camisa de etiqueta.

La automática de Ellery vomitó lenguas rojas y brillantes contra el hombre moreno de trasnochado «pay-pay» y traje fresco de color «beige». El agresor del alemán rebotó contra una barandilla, tocado por el plomo del federal. Pero no había sido tocado de muerte. Y en aquel preciso momento, unas mujeres, gritando con histérico terror, se cruzaron ante el punto de vista de Mark, interponiéndose entre él y su contrario. El hombre de cabellos negros escapó, corriendo, hacia la salida del hotel. Todo en el «Reggie» era ahora un pandemónium inenarrable.

Ellery, vertiginosamente, corrió junto al caído. Schneider yacía en tierra, rodeado de una polvareda de agudos vidrios astillados. Sangraba por el pecho, y un hilo del mismo rojo líquido empapaba su boca por la comisura derecha. Parecía moribundo, aunque acaso no fuera desesperada su situación. Pero Mark no podía perder tiempo en atenderle. Se inclinó a su lado, le alzó un instante la cabeza y preguntó con

crudeza:

—¡Vamos, Schneider, se muere! ¡Soy del F. B. I.! ¿Quién le ha matado? ¡Hable...!

El alemán habló, contra todo pronóstico. Fueron palabras entrecortadas, incomprensibles para Ellery. Pero su rápida mente, de una perfección casi fotográfica, captó los sonidos. Ya nunca los olvidaría, por mucho tiempo que pasara. Ello era producto de su entrenamiento especial en el «Federal Bureau»:

—Alma... Domingo... Miami... Kellerman... avión Cayos... al Sur... Puerto Lágr... Puerto...

No pudo añadir más que un ronco estertor. Cayó atrás su cabeza. Mark no se preocupó de averiguar si estaba vivo o no. Otras cosas urgían más. Schneider era uno de sus objetivos, y había caído, barrido del camión por el plomo asesino de un hombre moreno. Ese hombre, de ignorados motivos para su acto criminal, era su verdadero objetivo ahora, el nuevo peldaño para llegar hasta la enigmática dama rubia que constituía, por sí sola, el término de su misión en Nueva York.

Corrió a la puerta del hotel, entre un verdadero laberinto de gentes alocadas e históricas, que le dificultaron el paso con obstinación desesperante. Un policía apareció en la puerta y le tendió una gran manaza, impidiéndole la salida. Mark, con gruñido, mostró su credencial, mágico «ábrete, Sésamo» que le dejó franco el paso. Siguió aquel rastro brillante, de gotas rojas sobre la espesa alfombra del hotel y continuada en el asfalto gris de la acera. Pero no halló ni rastro de su hombre. Sólo luz, luz lívida, de mil luminosos comerciales, de ventanas y de faroles de alumbrado. Pero que no bastaban, con toda su cegadora brillantez, a aclararle el camino.

De pronto, un chirrido de frenos alcanzó su fino oído. Provenía de la derecha, del chaflán cercano de aquella manzana, con la calle Cuarenta. Volviéronse sus ojos, agudos y fulgurantes de excitación, captando la figura vacilante que salía de la sombra de un porche, para dirigirse, cruzando la amplia acera, hacia la puerta abierta del automóvil oscuro, un «Dodge» si Mark entendía aún algo de coches.

Los pies del federal repiquetearon precipitadamente sobre el macadán en línea recta hacia el coche. Fue tan rápido, que llegó a ver a los hombres que ocupaban el interior del vehículo. Todos ellos eran hombres morenos, vestidos de blanco o muy claro. Mantenían abierta la portezuela, esperando al compañero herido. La figura vacilante se metió casi de una zambullida, dentro del coche. Éste, sin cerrar aún su puerta, arrancó con un chirrido áspero y estridente. Mark, con su automática aún en la mano, alzó ésta e hizo fuego sin vacilar.

La ola de terror se extendió a los transeúntes de Manhattan, muchos de los cuales se precipitaron en veloz carrera a un lado y a otro, huyendo de las lenguas anaranjadas que horadaban la noche luminosa del Broadway.

Pero ajeno a todo, Mark Ellery corría acera arriba, en una vana persecución del coche que se llevaba al asesino del «Reggie». Sin embargo, una de sus balas había llegado al destino elegido por el ojo certero de Mark. Un neumático gimió,

ablandándose al soltar el aire por el orificio abierto en él por el plomo. El coche patinó, entre el tráfico.

La colisión resultó inevitable. Se estrelló contra un gran camión en cuyo exterior aparecían las letras azules y rojas de una lavandería con ideas de reclamo harto llamativas. Ambos vehículos se precipitaron sobre la acera. La gente se replegó, con agudos gritos de terror y alarma. A lo lejos, sonó el silbato de un policía del tráfico.

Mark corría con toda la fuerza capaz en sus piernas y pulmones. Pero la escena de la aparatosa colisión tenía lugar demasiado lejos. Vio volcar el camión de la lavandería, mientras el «Dodge» oscuro le abordaba por su flanco izquierdo. Luego, ambos vehículos se empotraron contra un gran escaparate repleto de modas femeninas. Los vidrios salpicaron la calzada, en un auténtico diluvio de cristal pulverizado.

Mark se detuvo un solo segundo, casi perdida la respiración. No le faltaban energías, sino fe en conseguir objetivo alguno favorable. Porque la puerta contraria al choque, en el «Dodge», se abrió. Vomitó a varios hombres morenos, acaso cinco, uno de los cuales era sostenido en pie por los demás, y todos ellos corrieron a un gran turismo azul celeste, que se había detenido, lleno de buenas intenciones ante la catástrofe.

Algo metálico, largó y macizo, brilló bajo el alumbrado nocturno, haciendo saltar fuera del volante al humanitario conductor del turismo azul, y en su lugar, cinco hombres de piel cobriza y cabellos negros Ocuparon los asientos del moderno turismo, lanzándolo un segundo más tarde por el tráfico bullicioso y lleno de confusión, de Manhattan. Esta vez sí resultó completamente inútil el disparo de Mark y los estridentes silbatos policiales. El automóvil, largo y aerodinámico, de color cielo, se perdió entre cientos de coches similares, mientras su propietario gritaba como un energúmeno, junto al escaparate destrozado, en el que los dos coches accidentados hundieran el morro poco antes.

Mark dio rápidas órdenes a los dos agentes del tráfico que aparecieron en el lugar del suceso un momento después, tras haber mostrado sus credenciales. Pero en el fondo, lo hizo con el mayor escepticismo, convencido de que todo era ya inútil. El asesino y sus compañeros, los hombres morenos que habían triunfado en su ataque a Rolf Schneider, en las propias narices de un agente especial de Washington, tenían muchas probabilidades de salir de la trampa de Broadway, si utilizaban tan expeditivos procedimientos para seguir cambiando de vehículo mientras se supieran perseguidos.

Regresó lentamente al hotel, donde la confusión era delirante en aquellos momentos, pese a los esfuerzos de la policía allí reunida durante su ausencia. Mark Ellery se abrió paso a codazos, encarándose con un *maître* lívido, cuyo rostro hacía la competencia ventajosamente a la blancura impoluta de su pecherín almidonado.

—¿Y el herido? —preguntó con violencia—. ¿Cómo está?

—Muy mal —informó el empleado del hotel—. *Herr Schneider* tal vez no pase

de esta noche. El médico dice que puede salvarse, pero las esperanzas son remotas...

—¿Ha vuelto en sí?

—Oh, no, señor. Y parece ser que no volverá en sí por ahora. Puede morir sin recobrar el conocimiento. Y en el mejor de los casos, si vive tardará cinco o seis días en tener conciencia de sus actos y de sus palabras.

Era todo lo que Ellery quería saber. Y, en el fondo, no menos de lo que ya había esperado. Por ello, no insistió más, ni pretendió ver al herido, aprovechando la gran prerrogativa de su condición. Por el contrario, se limitó a retroceder hacia la salida, eludiendo todo contacto con los de la metropolitana, que en breve llenarían el hotel por sus cuatro costados.

Una hora después, Mark Ellery estaba reunido con su colega Sanders, en el despacho privado del agente federal neoyorquino. El pelirrojo escuchó gravemente sus informes. Cuando llegó a las palabras confusas y cortadas del herido, le hizo repetir con una pregunta interesada:

—¿Cómo ha dicho, Mark?

—*Alma... Domingo... Miami... Kellerman... avión Cayos... al sur... Puerto Lágr... Puerto...* —repitió Ellery con la monotonía inexpresiva de un disco fonográfico, asombrosamente fiel a cuanto pudiera oír una sola vez.

—Hum... —Sanders se reclinó en su asiento, meditando—. *Alma...* Es una palabra española, Mark. Significa «soul», en inglés. Alma, espíritu. No tiene sentido por sí sola, salvo si es el nombre de algo, alguien... o la alusión a un colegio. En latín, la escuela o Universidad donde uno cursa sus estudios, se denomina «*Alma Mater*». No dice nada por sí solo. Veamos el resto de la absurda oración: *Domingo...* Un día de la semana. Y estamos a jueves, ¿no es cierto? Bien luego sigue: *Miami*. Eso nos lleva a Florida, igual que la frase que va a continuación: *avión Cayos*. Los Cayos son las islas situadas al sur de la Península de la Florida. Puede haber allí un avión destinado a algo. Luego, ese punto cardinal, *Sur*, se repite, si su transcripción es exacta.

—Lo es, Sanders —se irritó Mark.

—Así lo creo, Mark —sonrió el pelirrojo, perdiendo algo de su gravedad—. Me han dicho en Washington la clase de memoria que usted tiene. Rara es la cosa que se le escapa o le falla al ser evocada. Pero hemos olvidado algo fundamental, entre las palabras *Miami* y *avión*, ¿no?

—*Kellerman...* —citó en el acto Ellery, con rapidez mecánica.

—Exacto. *Kellerman*. ¿Le dice algo ese nombre?

—No.

—En cambio, a mí sí.

—¿El qué, Sanders? —Se preocupó Ellery, tenso.

—Ah, si lo supiera. Mi memoria no es tan privilegiada como la suya. Sé que conozco el nombre. Pero ¿de qué? Puede ser un actor de Hollywood, la marca de un producto famoso, o el nombre de una personalidad. Sólo recordando, o pidiendo

informes sobre todo Kellerman afincado en los Estados Unidos, daremos con un camino probable.

—Que es como buscar una aguja en un pajar —rió huecamente Mark—. Antes de venir aquí he hojeado la guía telefónica. Figuran casi quinientos, sólo en Nueva York. ¿Verdad que no es halagüeño? Pero sigamos, Sanders. Viene una frase incompleta: *Puerto Lágr...* ¿Qué es eso?

El otro no contestó. Tomó un grueso volumen de un estante. Lo hojeó, en su índice. Luego, buscó una página determinada. Cuando lo hubo hecho, leyó algo en silencio, y terminó tendiendo el libro a Ellery.

—Ahí está la respuesta, Ellery. La única respuesta factible. Está de acuerdo con varios aspectos de nuestro caso. Veá.

Mark miró, absorto, el libro. Éste era una perfecta enciclopedia geográfica. Estaba abierta por la página 679, dedicada a una pequeña república centroamericana. En un lado, la página era en color, y mostraba la geografía verdosa de un Estado en forma triangular, curiosamente accidentado en su costa única, situada al Nordeste, en la faja formada por Panamá, Costa Rica, Nicaragua, Honduras y Guatemala. Entre todas ellas, las letras de MARINO, aparecían, insignificantes, sobre el mapa en color.

Pero no era el nombre de Marino el que le atrajo, sino lo que señalaba el dedo de Sanders. Un pequeño puerto, una cala en la costa sudeste de aquel triángulo reproducido en verde brillante sobre el atlas; PUERTO LÁGRIMAS.

—¡Puerto Lágrimas! —musitó Mark, desconcertado—. Capital de la República de Marino, según dice aquí, en la otra página. Habitantes, doscientos mil. Una pequeña capital, ¿no? Y añaden: Marino, pequeña república centroamericana, sin relieve ni importancia especial, amiga de todos sus vecinos, habitualmente pacífica, dedicada al cultivo de café, algodón, caña de azúcar y arroz, de cuyos productos vive, así como de cierta importante industria de refinerías petrolíferas y algunos pequeños yacimientos. Habitantes, tres millones. Sistema de gobierno, regido por un Presidente electo cada tres años. Actualmente en el poder, el coronel Héctor Robles. Período de mando, desde 19...a 19...

Dejó a un lado el libro, sin cerrar aquella interesante página. Comentó, sombrío:

—Estamos exactamente a la mitad del período presidencial de Héctor Robles. Una geografía de reciente edición la suya, Sanders.

—Me gusta estar al día en relación con el mundo —sonrió el federal—. A veces es útil, como en este caso.

—¿Dónde le ve la utilidad? —Gruñó Mark—. ¿En los hombres morenos que atacaron a Schneider en el «Reggie»? Podían ser de Marino o del Amazonas. Cien países podían disputarse su paternidad, ateniéndonos a lo físico, Sanders.

—Sí, pero según usted, Schneider, en su agonía o cosa parecida, mencionó los Cayos, al Sur, y un puerto de nombre incompleto que encaja con Puerto Lágrimas, a no ser que el herido nos jugase una treta con alguna dificultad fonética, producto de su propio estado. Pero no me gustan las casualidades hasta ese punto. Miami está a

menos de mil millas de Marino. Una distancia no demasiado grande para un avión. Unas horas de vuelo. Y Miami entra en las incongruencias del barón Schneider...

—Ya veo —masculló Mark Ellery—. Usted imagina que el domingo próximo puede ocurrir algo en Miami, y después, un avión partirá de los Cayos con destino a esa pequeña república centroamericana, como consecuencia inmediata de lo que suceda dentro de tres días en la capital de Florida. ¿Estoy en lo cierto?

—Poco más o menos —sonrió Sanders—. Me gusta tratar con un hombre como usted, Mark. Me comprende a la perfección. Pero antes de tomar decisión alguna, será mejor ponerse en contacto con Washington. ¿Quiere acompañarme un momento, por favor?

Ellery asintió, se puso en pie y siguió a Sanders a través de una biblioteca empotrada en el muro, que en realidad no era sino una puerta secreta disimulada por verdaderas montañas de libros. En otras circunstancias, el joven federal se hubiera reído de aquel truco, más propio de una novela policíaca pasada de moda que del moderno y eficiente mecanismo de la Oficina Federal. Pero lo cierto es que todo lo sucedido tenía una apariencia demasiado grave, y el mismo mecanismo oculto del gabinete destinado a radio y transmisión del agente neoyorquino, tenía su utilidad.

Sanders, en clave, se comunicó con Washington, unos minutos después. La respuesta, también en clave, no se hizo esperar. Y una vez descifrada por ambos hombres, de vuelta en el despacho aparentemente inocente del pelirrojo, informó:

«Agente. Ellery debe esperar acontecimientos en Nueva York. Si sábado nada Ocurrió, tomará avión Miami. Investigaremos posibles personajes llamados Kellerman. Esperen noticias sobre ello en próximas horas. Dejen Schneider y dama rubia desconocida».

Aquél fue el informe directo de Washington aquella noche. Pero al otro día, viernes, se recibió a medianoche otro mucho más expresivo y autoritario:

«Herb Kellerman, científico dedicado investigaciones nucleares, de vacaciones en Miami. Revolución de carácter ignorado aun acaba de estallar en Marino. Rígida censura militar sobre noticias de ese Estado. Ellery deberá partir inmediatamente hacia Miami y buscar a Kellerman para advertirle. Todo rigurosamente secreto. Fundamental conservar caso estrictamente confidencial. Gran Dictador puede estar relacionado con revuelta en Marino. Enviaremos informes secretos a Miami».

Y así, en la madrugada del viernes al sábado, Mark Ellery partió con rumbo a Miami, Florida, con la misión expresa de localizar a Herb Kellerman, científico atómico norteamericano. Y también bajo la orden de mantener secreto el caso, sólo Dios sabía por qué.

Lo que ni él ni el propio F. B. I, de Washington podía imaginar, es que la agresión a Rolf Schneider en la cabina telefónica del Hotel Reggie de Nueva York, había precipitado los acontecimientos previstos por ciertas personas que trabajaban en las sombras del anónimo, y Mark Ellery estaba destinado a llegar tarde.

Demasiado tarde para evitar el gran desastre que se avecinaba.

CAPÍTULO III

CATÁSTROFE EN MIAMI

Coleen jamás había estado en Florida. Por eso le gustó su vista desde el aire. Y cuando se posó en el blanco y limpio aeropuerto, sobre el fondo arenoso, salpicado de palmeras, edificios de color de la cal, en los que reverberaba el sol sobre las vidrieras de largos ventanales ultramodernos.

Miami era algo maravilloso. Su compañero de asiento pareció divertido al contemplar su asombro de turista novata, y comentó entre dientes:

—¿Es la primera vez?

—¿Cómo? —preguntó a su vez la joven, volviendo con sorpresa su ingenuo rostro oval, rodeado de suaves ondulaciones color cobre, casi idénticas en color a sus rasgadas pupilas infantiles.

—Le preguntaba si es la primera vez que visita Miami, señorita.

—Pues... sí. No había estado nunca. —Coleen era por naturaleza recelosa, pero la expresión benigna del hombre sentado junto a ella, cuyas sienes blanqueaban en plata sobre el atezado del cutis, le devolvieron la confianza—. He salido pocas veces de casa en realidad.

—Se advierte —sonrió el hombre. Vestía un elegante traje deportivo, en tono claro, propio de la estación veraniega en Florida. A pesar de su juvenil atavío, acaso tuviera cuarenta y cinco años. Llevados con vitalidad, altivez y poder seductor. Su inglés era meloso, dulzón, como teñido de inflexiones latinas. El oscuro brillo de sus ojos inteligentes casi confirmaba la impresión. Podía ser español o sudamericano, pero no yanqui ni sajón. Ahora añadía, sin perder simpatía ni espontaneidad—: Elige usted una época; muy calurosa para visitar Florida. Se veranea bien, pero el calor es intenso en cuanto usted deja el filo del agua. Esto, al fin y al cabo, en la antesala de los trópicos. La puerta del Caribe y de las Indias Occidentales. Cuanto más al sur vaya, mayor será, la temperatura que le marcará el termómetro.

Coleen asintió en silencio. Sí, eso lo sabía, Pero en el acto dejó de pensar en el calor que casi podía palpase allí, al otro lado de las ventanillas del aparato que se estaba deteniendo sobre la llana pista del aeropuerto de Miami. Volvió a pensar en su padre, en la llamada de él, que la traía, llena de ilusiones e inquietudes juveniles. No era habitual en su padre solicitar la presencia de su hija en lugar alguno. Por eso mismo, ahora la había acogido Coleen con el mayor de los entusiasmos.

Viajar desde la lejana Nebraska, su tierra natal, hasta la dorada Florida, de las costas meridionales, de las playas blancas y las aguas azules, era su primer sueño convertido en realidad. Además, hacía casi un año que no veía a su padre. ¿Qué

estaría haciendo allí, en Miami, en plena estación estival? Ahora, la esperaría a ella en aquella dirección adonde ella dirigiera ya varias cartas desde el lejano Lincoln: *Golden Beach*, 186. *Tropical Road*, Miami.

Había visto una postal enviada por su padre a Lincoln. Un chalet blanco y rojo, como en los cuentos de hadas, de tejados, pinos y ventanas barnizadas de verde manzana, en armonía con setos y arriates de jugosa vegetación tropical, salpicadas por las notas naranja y amarilla de algunas flores. Aquello era el ciento ochenta y seis de «Golden Beach», en la llamada Carretera Atlántica, que circulaba flanqueada por el azul del Océano a ambos lados aquel prodigio de ingeniería sobre una lengua angosta de tierra.

Y allí se dirigía ella, en busca del hombre a quien más quería en el mundo. No sólo eso, sino el ser más querido de todos, tal vez porque nunca llegó a conocer a su madre, muerta a cambio de su propia vida, cuando la trajo a este mundo veintidós años atrás.

Coleen no podía imaginar que aquél era el principio de una angustiada aventura, en la que un destino caprichoso iba a mezclarla con personajes en quienes jamás pensó ni a los que nunca viera ni oyera siquiera hablar de ellos.

Y uno de ellos, era precisamente aquel mismo caballero de melena canosa y aspecto señorial que ocupaba junto a ella un asiento en el Super-Constellation de pasajeros procedente del Oeste: Carlos Neiva, una personalidad científica en cierta obscura república de Centroamérica cuyo nombre estaba destinado a popularizarse muy en breve.

Pero lo cierto es que Carlos Neiva, el hombre de tez bronceada y cabellos plateados, siguió un camino diferente al bajar del avión en el blanco aeropuerto de Miami. Un automóvil amarillo y plata le esperaba pegado a la verja metálica de la pista de aterrizaje, junto al largo edificio de vidrio y cemento de las oficinas aéreas. Desde el asiento tapizado de rojo, le saludó un hombre moreno, de pelo ensortijado, lustroso, Neiva respondió a ese saludo con una sonrisa que parecía la exhibición de su envidiable dentadura nevada.

Un momento después, subía al automóvil, que se alejó por la ancha carretera con olor a mar y a vegetación tropical. Sobre ellos, el azul celeste rivalizaba con el tono bruñido y oscilante del mar.

Era una carretera tan amplia y llana, carente en absoluto de curvas, que resultaba difícil accidente alguno. Sin embargo, momentos después, en su tramo menos frecuentado a no más de una milla de la capital, un coche que llegaba en dirección contraria, se cruzó en la banda derecha, cerrándole el paso. El conductor moreno quiso enmendar la marcha, pero un gran camión de carrocería roja llegaba, haciendo sonar estridentemente su claxon. Así, prefirió esperar el paso del mastodonte de la carretera.

El camión no llegó a rebasar al coche amarillo, de cromada carrocería. Frenó, estridente, junto al coche cruzado de través, bloqueando por completo el paso.

Al mismo tiempo, detrás de ellos aparecieron dos automóviles de tono oscuro y sin rasgo característico alguno en sus carrocerías, que se detuvieron, formando un perfecto bloqueo de vehículos. A lo lejos, sobre la banda gris de la carretera, aparecieron algunos coches, procedentes unos del aeropuerto y otros del centro urbano, ninguno de los cuales tardaría más de un minuto en alcanzar el punto bloqueado tan perfectamente.

Carlos Neiva, con expresión sombría, recurrió a su valija, un maletín de color marrón cerrado herméticamente. Tan herméticamente, que perdió quince segundos o más, en abrirlo con una llavecita de forma plana y color dorado. Para entonces, las portezuelas del coche amarillo se habían llenado de hombres morenos, armados todos con largas automáticas planas, asestadas al chofer y a su pasajero.

—¡Cobardes! —aulló Neiva, extrayendo del maletín marrón una cartera de piel que pretendió arrojar a la carretera. No le fue posible. Manos bronceadas, rugosas, se apoderaron de ella. Luego, Neiva intentó buscar el apoyo metálico de su revólver, oculto bajo la americana deportiva. Un mazazo de automática en la sien le convenció, derribándole, de que aquella heroicidad era inútil.

Al mismo tiempo, el chofer del coche amarillo recibió un trato similar y dejó caer la morena cabeza sobre el volante. Segundos tardaron los agresores en sacar del coche a Carlos Neiva y su valija, trasladándolo todo al camión de color rojo. Se le introdujo en el compartimiento posterior, cerráronse luego las puertas metálicas del mismo, y el bloqueo de la carretera se diluyó tan rápidamente como se desenvolviera.

Los coches que llegaban, ni siquiera precisaron pedir paso con sus «claxons». Siguieron los vehículos su marcha: los dos automóviles oscuros, el camión rojo y el coche cruzado. Sólo quedó un turismo amarillo, cuyo conductor parecía víctima de un vahído o insolación.

Cuando la policía dio con él y le trasladó al centro urbano de Miami, ya era demasiado tarde. Fue lo último que se supo de Carlos Neiva, el investigador de energía termonuclear oriundo de Marino, una pequeña República situada entre Panamá, Costa Rica y Nicaragua...

* * *

Coleen hizo parar el taxi frente a la edificación blanca, de verdes ventanas y rojas tejas empinadas. Le recordó aquel chalet las moradas ideales descritas en «Alicia en el País de las Maravillas» o en «Blancanieves». Pero aquello era Florida, otro país maravilloso, donde el asombro acababa por ser vencido a fuerza de sorpresas gratas.

No había tenido siquiera la esperanza de que su padre acudiese a recibirla al aeropuerto. El viejo Herb, como cariñosamente le llamaba tía Cynthia, en el lejano Lincoln, tenía demasiadas cosas que hacer para andar con formulismos, y mucho menos con su propia hija.

Ella había anunciado su llegada a Miami para el domingo. Y he aquí que se

anticipaba en veinticuatro horas. Era el mediodía del sábado, y ya estaba Coleen Kellerman en la capital de Florida, dispuesta a abrazar al viejo y distraído sabio.

Aquel adelanto sobre los cálculos previstos, iba a ser trascendental en la vida de Coleen y de bastantes personas. Pero eso no podía imaginarlo ella, ni nadie en absoluto.

Coleen no advirtió la figura situada junto a la verja pintada de verde claro que circundaba los setos y arriates, entre un laberinto de sendas amarillas, de arenosa grava. Era la de un hombre. Un hombre vestido de blanco, con un «panamá» de igual color sobre la cabeza, que retrocedió vivamente al verla descender del coche, camino del chalet. Su mano, enguantada de blanco también, detalle por completo fuera de lugar en semejante época del año, bajo el cielo ardiente del sur de los Estados Unidos, rozó el pecho, a la altura de su corazón, demasiado abultado para esconder un simple corazón humano...

La joven, con sus cabellos de color cobre ondeando al aire apacible, con olor a salitre y yodo, cruzó la ancha carretera. Dejó pasar un veloz «ranger» de carrocería caoba y «beige», y alcanzó la verja. Sobre un buzón metálico, unas letras esmaltadas rezaban:

H. KELLERMAN

La puerta estaba ligeramente entornada nada más. Bastó un empujón para dejarla paso franco. La grava crujió bajo los tacones de la linda jovencita. El aire del mar jugueteaba con la seda estampada de su vestido vaporoso. Tenía unas lindas piernas rosadas, bajo el «nylon» de sus medias, y el seno batallaba triunfalmente contra la seda, irguiéndose bajo el azote de la brisa atlántica.

Coleen atravesó el serpenteo suave del camino, hasta los tres escalones que daban acceso a un porche. En él, a la sombra apacible, oscilaba aún una hamaca, no mucho tiempo atrás ocupada, al pie de la cual yacían dos o tres revistas ilustradas. Y unas gafas también.

La joven experimentó su primer acceso de temor al mirar aquellas gafas. Podía reconocer nada más verlas, la montura de concha, vetada de oro y gris, de las gafas paternas. Y tenían rotos los vidrios.

¿Por qué? Muy urgente tuvo que ser lo que indujo al viejo a levantarse, para dejar caer su más preciado y, preciso elemento, quebrándose sus lentes. Ella sabía que Herb Kellerman, sin gafas, era un ciego topo, incapaz de dar un paso. ¿Dónde podía estar ahora?

Aquel hormigueo inexplicable de temor, de recelo y de sorpresa, iba a marcar una nueva era en la vida de Coleen. Era como el porche aquel, de sombra fresca y amable. Pero un porche terrible, alucinante, que le abriría las puertas a un futuro incierto, cruel y sombrío. Coleen, cuando subió con un ágil taconeo aquellos tramos y se internó en la casa, dejando oscilar a espaldas suyas la puerta de rejilla, sin postigos,

no podía todavía sospecharlo, aunque algo, en su subconsciente, le avisó de la proximidad del peligro. Un peligro mortal, que se cernía ya sobre otros muchos, en amenaza tenebrosa...

De repente, Coleen llenó la casa con su grito. Un alarido de pavor, de indescriptible pánico. Era la primera vez que se enfrentaba con la muerte. La muerte, cruda, brutal, despiadada. Porque pese a su nula experiencia, aquel hombre estaba muerto.

Yacía ante ella, en el pasillo de la vivienda. Era moreno, vestía ropas claras, de hilo, empapadas en algo rojo y viscoso, que corría sobre su sedosa camisa, escapando de la entreabierta boca, y de un terrible orificio abierto sobre el pecho. Unos ojos dilatados, vidriosos, alucinantes, miraban al vacío. Mechones de pelo negro y lustroso le caían sobre las anchas cejas oscuras.

Tenía engarfiada la mano, a dos pasos de un gran revólver negro, de tipo militar o policial, tan inútil para él como un cañón de grueso calibre. Estaba muerto. Muerto de un disparo. ¡Y dentro de la casa de su padre!

Coleen, histéricamente, cesó de gritar, para mirar, aterrada, la puerta de la cocina. Ésta se abría lentamente. La joven, apoyando sus espaldas en el muro del pasillo, fijó una mirada hipnótica en aquel punto. Ni siquiera soñó con que fuera su padre. No supo por qué, pero era así. Y no era su padre.

En su lugar, otros dos hombres morenos y enjutos, con ropas tropicales, aparecieron, empuñando armas automáticas, de metal empavonado. La encañonaron sin contemplaciones.

—Si grita, no volverá a hacerlo más —dijo uno, sibilante.

—Tendremos que enviarla a hacer compañía a ese hombre —añadió otro, señalando al individuo caído en tierra—. Él también se cruzó en nuestro camino a destiempo. Por eso está así.

—¿Quiénes..., quiénes son ustedes? —gimió Coleen, estremecida de horror—. Yo sólo busqué a mi padre... Ésta es su casa... ¿Qué hacen en ella ustedes... y ese hombre muerto?

—¿Cómo se llama usted? —interrogó uno de ellos a su vez, sin ninguna amabilidad.

—Coleen Kellerman. Soy hija de Herb Kellerman.

—Ya... —Se miraron el uno al otro, burlones, pero algo desconcertados—. La verdad es que no esperábamos visitas inoportunas, como la suya. Pero ya que ha llegado aquí tan a destiempo, tendrá que venirse con nosotros, jovencita. Lo sentimos tanto como usted. Ya es bastante lastre su papáito, para complicar más aún el largo viaje con otra persona.

—¿Viaje? ¿Qué viaje? —estalló, angustiada, la muchacha.

—Pregunta demasiado. ¡Vamos, síganos! Su padre no ha sufrido daño... ni lo sufrirá, si es sensato y tiene la suficiente cordura para no andarse con tonterías. Pero esa indicación vale también para usted, señorita Kellerman. Estese quieta, sea

inteligente, y nada le pasará. No somos asesinos.

—¿No? —Expresivamente, los ojos cárdenos de la joven velaron hacia el hombre inerte.

—Bueno... eso... —Se volvieron a mirar los dos extraños, desconcertados aún—. Fue un accidente desgraciado. Ese hombre era un peligro. Un peligro para todos. Hasta para ustedes dos, aunque no lo crean. Está mejor muerto, créame...

El que no hablaba, avanzó hacia Coleen, la tomó de un brazo, sin que ella tratara de resistir. Por un lado, porque era perfectamente inútil. Y por otro, porque poseía la inteligencia suficiente, a pesar de lo inusitado y terrible de la situación, para comprender que si tenía alguna posibilidad de ver con vida a su padre, era siguiendo a aquellos desconocidos que hablaban el inglés con un curioso tono meloso y dulzón, propio de los latinos.

Tiraron de ella hacia la cocina, una cuidada estancia de baldosines blancos, muy pulcra y reducida, a través de cuya salida posterior se distinguía el jardín, la valla verde y, al otro lado de ésta, una senda vecinal, inmediata a la carretera de Miami, en la que esperaba un coche largo, gris, de aerodinámicas líneas. Vagamente, Coleen distinguió una figura vestida de blanco, con un «panamá» de igual color encasquetado de forma que cubriese su rostro, apoyado sobre el estribo del coche gris, y con los ojos clavados en la casa.



—¡Andando! —ordenó con acritud el segundo de los intrusos—. Los jefes esperan...

Goleen se dejó conducir con docilidad increíble. Miraba con fijeza aquel coche en cuyo interior acaso estuviera su padre. Y también sentíase atraída por aquel hombre de traje y «panamá» blancos, cuyo rostro apenas era una masa de sombras indescifrable.

Cruzaron bajo el sol, por la senda de grava. Se distinguía también la carretera, lateralmente. Un automóvil pasó, vertiginoso, redujo su marcha y frenó a poca distancia de la casa. El hombre del «panamá» hizo un vivo ademán que dejó ver su mano enguantada de blanco. Los captores de Coleen apresuraron el paso, empujándola ante ellos sin miramientos.

—¡Vivo! —musitó uno—. El jefe está inquieto, muy inquieto...

En algún lugar del edificio, crujió la valla de madera. La grava volvió a rechinar bajo unos pasos rápidos. Un chasquido, a espaldas de los tres, marcó la entrada en la casa, por el mismo camino que ella utilizara, de alguna persona imprevista.

Rápidamente, en la mente de Coleen fueron sopesados los pros y contras de la cuestión. Si se dejaba raptar sin resistencia, ¿qué otra cosa lograría, salvo ver, en el mejor de los casos, a su padre? En cambio, si pudiera recobrar la libertad... Estaba mirando el coche gris. Su matrícula era visible para unos ojos tan agudos como los suyos: *Miami*, 786 – 542. El emblema del flamenco rojo, no dejaba lugar a dudas sobre el origen de la matrícula. Sabía que era el utilizado por el municipio de Miami.

En aquel momento, Coleen demostró su indomable valor, todo lo que era ella capaz de hacer, luchando contra viento y marea. Lanzó un grito estridente, angustioso, estremecedor, qué perforó el aire quieto de la casa, y sobresaltó no sólo a sus captores, sino al hombre misterioso del sombrero claro, y a alguien más, situado dentro del automóvil gris, que asomó por la portezuela, a la altura del volante.

Coleen captó, en forma fugaz, un rostro sonrosado, unas largas manos de uñas plateadas, aferrándose a la rueda de conducción, y, sobre todo, una larga melena de color plata brillante.

Después, Goleen dedicó toda su atención al interior de la casa. La carrera se precipitó hacia la puerta de la cocina. Una sombra humana asomó tras el enrejado de la misma. No llegó a asomar. Porque los captores de Coleen Kellerman dispararon a dúo sobre el rectángulo de alambre cruzado. Sus balas rasgaron el enrejado, con agrio chasquido que ahogaron las detonaciones.

Sin embargo, ya no estaba allí el hombre entrevistado. En cambio, la hoja de madera se entreabrió y, a pocas pulgadas sobre el suelo, partieron proyectiles rabiosos, buscando a sus contrincantes. Uno de ellos saltó hacia atrás, mientras el brazo se le enrojecía rápidamente sobre el hilo de su traje. El otro corrió, agazapado, hacia el coche, atendiendo a un grito ronco e inaudible del hombre del sombrero blanco, que subía ya con premura al vehículo.

Goleen, siguiendo el impulso de su instinto, se lanzó hacia un ovalado arriate próximo, sobre cuyo verde rodó, mostrando la belleza de sus piernas enfundadas en «nylon». Pero ninguno de los hombres presentes estaba en condiciones de estudiar su

interesante anatomía.

El herido, ayudado por su compañero, que volvió a disparar, agujereando limpiamente la madera de la puerta, bajo el enrejado mordido poco antes por el plomo, subía ya al coche, al otro lado de la verja. Coleen se incorporó, gritando al hombre oculto tras la puerta de la cocina:

—¡Hay que impedir que huyan! ¡Se llevan a mi padre! —Al mismo tiempo, se incorporó sobre la hierba.

—¡No se mueva o la acribillarán, estúpida! —saltó una voz bronca, tras el parapeto frágil de la cocina—. Esos tipos no tiran precisamente confituras...

Coleen sintió una profunda e instintiva aversión hacia aquella orden y, por reflejo, hacia quien la pronunció, fuese quien fuese. No le gustaba recibir órdenes, y menos tan duras y poco amables. Pero en el fondo, sabía lo cierto que era aquel temor, y no se movió del arriate.

El coche gris arrancó, con un estridente aullido de su motor, y la puerta osciló, vomitando al exterior a un hombre vestido con un traje gris claro, empuñando en su mano derecha un formidable ejemplar de automática, con el que lanzó su saludo final hacia el coche en fuga. Pero no pudo hacer otra cosa que acompañar su huida con el silbido de algunas balas en torno a la carrocería gris, sin tocarle en punto vital alguno.

El automóvil alcanzó la senda de asfalto, perdiéndose con una hábil maniobra hacia Miami. Coleen, poniéndose en pie, pretendió correr al encuentro del desconocido que la salvara, con su providencial aparición, pero un tacón roto de su zapato, frenó la carrera, haciéndola trastrabillar sobre la hierba húmeda, a punto de caer de bruces.

Un brazo masculino, musculoso y fuerte, la retuvo, sin dejarla rodar por tierra. Ella alzó los ojos, clavándolos en el rostro firme, enjuto y juvenil que le sonreía a tres pulgadas del suyo. Sobre ese rostro, un mechón de cabellos castaños, rebeldes, se arremolinaban graciosamente.

—Cuidado, señorita —dijo la voz dura y enérgica del desconocido—. Tiene roto un zapato. Si intenta caminar así, se hará daño.

—¡Pronto, hay que perseguir a ese coche! —exclamó ella, excitada—. ¡Se llevan a mi padre en él! ¡Lo han raptado, tal vez le asesinaron!

—¿Quién es su padre, ante todo?

—Herb Kellerman, el científico. ¡Oh, pero no se quede ahí, parado de ese modo!

—No se excite otra vez. Poca cosa más nos queda que hacer. ¿Vio la matrícula del coche?

—Claro que la vi. *Miami*; 786 – 542.

—Perfecto. Eso me pareció también a mí —se encaminó al interior de la casa, conduciéndola a ella consigo—. Telefonearemos a las autoridades de Miami y de toda Florida. No sé si lograremos algo, de todos modos. ¿Vio a los ocupantes de ese coche?

—Sólo a mis dos captores, a un hombre con un «panamá» blanco que le ocultaba

el rostro, y una mujer, una joven de melena plateada...

—¡Cielos! Ya está ahí ella —gimió el joven, enfundando su revólver y encaminándose a un teléfono, saltando por encima del hombre moreno muerto en el pasillo, con una sangre fría impresionante.

—Pero..., pero ¿es eso todo lo que va a hacer por mi padre? —se escandalizó ella.

—No hay mucho más que hacer. Soy agente federal, señorita. El agente Ellery, del F. B. I., de Washington. He venido a Miami precisamente para salvar del desastre a su padre.

—¡Vaya un triunfo en su carrera! —comentó con dolorido rencor la joven.

—Admito mi fracaso humildemente —confesó Mark, después de dar a los controles del tráfico, tras la magia de su nombre e identidad, los detalles del secuestro. Luego, vio que ella, aun atemorizada, y sin experimentar por él la menor simpatía, tornaba el rostro hacia la casa. En el acto, hizo un instintivo movimiento de retroceso, adhiriéndose al joven, a pesar de su escasa atracción hacia él.

Ellery buscó la causa de aquella reacción. Sonrió, un poco sombrío, al advertir el cuerpo ensangrentado que aparecía tendido en mitad del corredor. Ya lo había visto al entrar en la casa, momentos antes de sonar la llamada de auxilio de Goleen Kellerman.

—Sí, le han dejado en un feo estado —comentó—. Debió de venir a la casa antes que los raptos. Tuvo mala suerte de que le pillaran aquí. Lo de Nueva York parecen haberlo vengado con creces...

—¿Lo de Nueva York? No le comprendo...

—Oh, usted no puede saber eso. No es la primera vez que veo a ese hombre. Claro que antes estaba vivo, aunque tuve el honor de meterle un balazo, mucho menos mortífero que éste.

—¡Dios mío!

—No, no lo lamente demasiado tampoco. Es posible que fuese amigo de su padre, o también podía ser un enemigo de otra especie distinta a la de los hombres que le han raptado. Pero él asesinó a tiros a un hombre, en el vestíbulo del Hotel Reggie.

CAPÍTULO IV

REVOLUCIÓN EN CENTROAMÉRICA

Las noticias recibidas de los distintos controles de tráfico de toda la zona de Miami, en más de cien millas a la redonda, fueron bastante pesimistas para Mark Ellery y su nueva aliada. Nadie había visto rastro alguno del coche fugitivo. Únicamente a media tarde del día del secuestro, llegaron las primeras nuevas sobre un automóvil gris, matriculado en la capital con el número 786 – 542. Pero tampoco resolvieron nada. Porque el vehículo en cuestión fue hallado en un flanco de la carretera atlántica, abandonado y sin ser viviente alguno en su interior. Había manchas de sangre en la tapicería del mismo, y el propietario del coche, localizado por fin, resultó ser un notable ciudadano de Miami, que denunciara horas antes el robo de su coche, aparcado frente a unos grandes almacenes de la Avenida Nacional.

—Ya lo ve —dijo Mark, con un suspiro, dejando el receptor del teléfono, en el despacho federal de Miami. Clavó sus ojos inteligentes y meditativos en la joven de cabellos cobrizos—. Estamos haciendo todo lo posible. Pero esos hombres se han evaporado en la misma carretera atlántica, frente a Key North y Key Green. Por lo que usted puede apreciar, la desaparición de los fugitivos tuvo lugar frente a uno de los mayores Cayos del archipiélago: Cayo Verde. Allí hay, terrenos llanos y amplios, de carácter arenoso, que pueden servir de perfecto campo de aterrizaje y despegue a aviones de no demasiada potencia.

—¿Y eso, qué significa, para su inteligente cerebro? —ironizó Coleen Kellerman, saliendo del marasmo emocional en que la había sumido el rapto de su padre y el cúmulo de sucesos dramáticos ocurridos en el chalet de la carretera.

—Sin burlas, puedo decirle que su padre ha salido va de jurisdicción americana. No creo que podamos hacer nada por rescatarle, si no salimos del territorio nacional en busca suya.

—¿Y qué harán? ¿Recorrer todos los Estados centro y sudamericanos?

—No, la cosa es más sencilla que todo eso, aunque sus dificultades continúan siendo terribles —sonrió Mark, sentándose al amplio ventanal que daba vista a las playas doradas e idílicas de Florida. Podía haber disfrutado de ellas, pero llegó tarde. Su misión era un fracaso total hasta entonces, y ni siquiera podía pensar en perder el tiempo holgazaneando en bañador sobre la arena soleada—. El F. B. I, tiene una pista, que tal vez sea falsa, pero que tiene noventa y ocho probabilidades entre cien de ser la auténtica. Y daremos con el paradero de su padre, usted podrá comprobarlo. Cueste lo que cueste.

—Pero, Dios mío, ¿por qué S6 han podido preocupar de un hombre como él? —

gimió Coleen—. ¿Por qué secuestrarle, por qué llegar a tanto, simplemente por un investigador científico?

—Mi querida señorita, su padre es investigador de carácter termonuclear. Algo así como decir que es de primera magnitud en el horizonte actual. En una era en que medio mundo posee armas atómicas de mayor o menor potencialidad, y el otro medio corre tras lo que ese medio restante sabe, una personalidad como la de Herb Kellerman, profesor especializado en estudios nucleares y armas atómicas, es sumamente peligrosa. Nuestro Gobierno ha pensado en su padre unas horas demasiado tarde. Hasta la más perfecta maquinaria puede demorarse en el funcionamiento, por el fallo leve de un simple engranaje. Me temo que ese engranaje insignificante puedo ser yo.

—No podía ser otro —completó, sarcástica, la joven.

—Admito sus reproches —gruñó Mark, rabioso. Se inclinó hacia ella—. Pero piense un poco: ¿Qué haría usted si le encomendaran el hallazgo de una mujer de pelo platino, a través de un cierto caballero de origen alemán, especializado en el tráfico internacional de armamento, y un hombre moreno disparase sobre ese traficante ante sus propias narices, a la vez que en Miami, los hechos marcados para un domingo se anticipan a un sábado, tal vez por el mismo atentado referido, y uno llega tarde para salvar a un científico nuclear, e incluso para hallar con vida al mismo autor del atentado ocurrido en Nueva York? Esa es concretamente mi situación. El único éxito que puedo anotarme es el de haberla librado a usted del secuestro; pero eso no cuenta para mis superiores. Usted sólo es la hija de un hombre notable, pero no es notable por sí sola, ni el país sufrirá crisis alguna porque usted faltase del censo americano. Así que sigo metido hasta el cuello en mi fracaso. Espero noticias de Washington. Esas noticias acaso lleguen dentro de unas horas, acaso dentro de unos días. Entre tanto, su pregunta es la misma que yo me hago, la misma que se hacen a estas horas en Nueva York, en Washington y en muchos sitios más: ¿Por qué nadie puede tener interés alguno en raptar al inventor de la nueva energía *Gamma Z—65*?

—Parece ser tarea suya descubrir esos puntos, ¿no?

—Sí, creo que sí. ¿Usted sabe en qué consistía la *Gamma Z—65*?

—No soy experta en ello, señor Ellery. Mi padre decía que podía ser un arma tan eficaz como la misma bomba de hidrógeno, e incluso tan peligrosa para el mundo como el arma de cobalto, pero ahí acaban mis conocimientos de la materia. Parecía ser un tipo de arma radioactiva, con la propiedad de provocar una reacción en cadena, capaz de aniquilar en breve plazo extensiones incalculables de terreno habitado. Mi padre se asustó un día de las propiedades aniquiladoras de su arma, y renunció a seguir el estudio de ella. Por último, parecía en vías de limitar su tremenda capacidad destructora, basándose en ciertas condiciones climatológicas... Pero no concretó más.

—Ya. —Mark se había quedado igual que antes. El hecho de saber lo que era el *Gamma Z—65*, arma atribuida a Kellerman, según informes recibidos de Washington, no le ayudaría evidentemente a dar con el paradero de secuestrado y secuestradores.

—¿Ha oído usted hablar del Gran Dictador?

—¿De quién? —Coleen abrió enormemente sus ojos.

—No, ya veo que no. Lincoln está muy lejos de Miami y de Nueva York, es evidente. Usted ha vivido encerrada en una torre de marfil. Algo ideal para la hija de un sabio especializado en la desintegración de la materia, pero nulo para un pobre investigador desconcertado como Frank Ellery. Muchas gracias, señorita, de todos modos. La tendré al corriente del curso de los descubrimientos que hagamos.

En la madrugada del sábado al domingo, recibió Mark noticias de Washington. Era un telegrama ordinario, dirigido a un turista desocupado de su oficina de trabajo en Nueva York. Podía verse en él la mano del avieso Sanders. Una vez adaptado a la clave, su texto indicó a Mark el camino a seguir desde el día siguiente. Y, como dijera alguien en una ocasión similar: «Allí se perdía toda esperanza». De ahora en adelante, continuaría por sus propios medios, guiándose sólo por sus reacciones e ideas, sin apoyo directo —ni indirecto— de Washington.

Tomó el papel con mano temblorosa. Pasó los ojos vivaces sobre las letras rápidamente trazadas tras su adaptación al código secreto federal:

«Alquile avión particular o adquiéralo en propiedad. Fondos a nombre suyo en el Banco Federal de Miami. Empresa ruta Sur, con piloto especializado en esas líneas. No se fíe de nadie. Busque a Kellerman donde sea. Asunto de vida o muerte. Aterrice cerca de Puerto Lágrimas. República Marino en armas por revolución dirigida por coronel Acevedo, llamado “El Gran Dictador”. Al salir de territorio yanqui perderá todo apoyo oficial. Tendrá siempre a alguien dispuesto a ayudarle en caso desesperado, pero no se fíe demasiado. Puede fallar rotundamente el plan. Si es capturado y juzgado en Marino, imposible evitar ejecución. Ley Marcial le convertirá en espía. Extreme precauciones. Vuelva con Kellerman al país y descubra complot a toda costa».

Un hermoso viaje a la muerte. Porque sólo un loco o un ser sobrenatural podía salir de aquel enredo con vida. Era una misión suicida, sin la menor probabilidad de éxito. En cuanto dejara atrás los Cayos de Florida y se internase con el avión adquirido sobre el Caribe, sería como perder todo contacto con la vida y con los amigos. Aquella vaga alusión a *alguien* que velaría por él muy cerca, era demasiado problemática. Mark no se fiaba de semejantes afirmaciones, una vez sobre el terreno. Y el terreno, en aquel caso concreto, era tan resbaladizo como una pendiente helada. ¿Cuánto tardaría en deslizarse por ella, hacia el barranco de la hecatombe?

Pensó en la desdichada Coleen, con una sonrisa. No podía comunicarle el

contenido de aquel mensaje, estrictamente confidencial. Mientras ella seguiría pensando en la inactividad desesperante de las autoridades, un hombre estaría lanzado a la gran aventura de rescatar al profesor desaparecido de su residencia veraniega en Miami.

Durmió apenas tres horas aquella noche. A las siete, ya estaba vestido, y preparando su equipaje para la nueva travesía hacia el Sur. Bastó una llamada telefónica al Banco Federal para que, pese a ser festivo, se le indicase que podía ir a las oficinas a recoger los fondos necesarios. Antes de ello, Mark Ellery preparó su valija, y ya antes de salir del apartamento ocupado en el «Flamingo», telefoneó a la policía de Miami, poniéndole línea con el propio inspector Markham, encargado del caso Kellerman.

—¿Es usted, Ellery? —inquirió al otro lado del hilo la voz del policía local—. Tengo noticias malas para usted. Muy malas. Han aparecido prendas del profesor Kellerman en las playas de Cayo Verde, en su zona sur. Un sombrero, una cartera de mano de piel de becerro, descerrajada y vacía, y un reloj de pulsera, con correa de metal niquelado, propiedad de él, según ha identificado su hija hace una hora apenas.

—Ya. —Mark meditó el hallazgo. No indicaba necesariamente que el propietario de todas aquellas prendas estuviese muerto. Incluso podía interpretarse como un esfuerzo por hacerlo aparentar así—. ¿Nada más?

—Sí, aun hay más —rió Markham, huecamente—. El hombre muerto en el chalet de Kellerman, agresor de Rolf Schneider en Nueva York, ha sido identificado.

—¿De veras? ¿Quién es? —Ahora sí contuvo la respiración Ellery.

—El coronel Oswaldo Acevedo, del ejército de Marino, un pequeño Estado centroamericano recientemente trastornado por una guerra civil, ahora en curso.

—¿El Gran Dictador? —estalló Mark, demasiado asombrado para disimular.

—Eso es. ¿Había oído hablar de él? Se le llamaba así, porque era el dirigente del movimiento revolucionario en Marino. Y hay más aún: estaba casado con la hija de un famoso hombre de ciencia de Marino, especializado como Kellerman en asuntos nucleares, aunque no tan eminente como nuestro hombre. Se trata de Alma Neiva, la hija de Carlos Neiva, el investigador radioactivo más importante de Centroamérica.

—¡Alma! —Otro enigma casi aclarado: «Alma»... Musitó—: Me asombra usted, inspector.

—Pues eso no es nada. Agárrese ahora. Carlos Neiva llegó esta mañana a Miami, procedente del Oeste, en el mismo avión que Coleen Kellerman, pero ha desaparecido, como tragado por la tierra, en el trayecto de carretera comprendido entre el aeropuerto y la capital. ¿Le gusta el cuadro, Ellery?

—Me asombra... y me aterra —confesó Mark, estremecido. Cuando colgó, parecía realmente asustado por el curso vertiginoso de los acontecimientos.

* * *

El avión despegó en la mañana de brillante sol. Abajo, sobre el espejo azul del océano, Los Cayos, la península de Florida y la larga línea de tierra gris de la carretera atlántica, trazaban su exótica geografía verde, amarilla y pizarrosa. La masa borrosa y descolorida de los Everglades se perdió en la cola del aparato.

Éste era un hidro bimotor de fuselaje plateado, con matrícula de Miami. Mark Ellery, sentado junto al joven piloto, se estremecía cada vez que recordaba el fajo de billetes que le costara el arrendamiento de aquel aparato, a todo riesgo. Los propietarios del mismo no habían querido exponerse a perder un ejemplar de su escuadrilla por el mero capricho de un hombre a quien parecía sobrarle el dinero. Y cuando oyeron decir que pretendía aterrizar en tierras panameñas, con la proximidad de un Marino en pleno estallido civil, aumentaron acto seguido su petición monetaria. Mark no vaciló. Pagaba el Gobierno, y recuperar a un hombre como Kellerman de las garras del infierno en que pudiera haber sido confinado, tras el complot siniestro nacido en Nueva York con la presencia de una sospechosa rubia platino, y continuado en Miami con la muerte de un notable militar marinista y la desaparición de un sabio nuclear yanqui, era barato a cualquier precio.

El piloto se llamaba Stuart Moore, y era un virginiano desocupado, con el título de piloto especializado en el bolsillo y la fama de una gran pericia en el vuelo sobre territorios americanos, al sur de la frontera norteamericana. Alto, delgado y de cabellos ensortijados, color oro pálido, parecía indiferente a todo lo que fuese la cantidad percibida a medias al despegar, y que cobraría íntegra, según la palabra de su caprichoso viajero, cuando llegasen a su destino.

Hacía un tiempo espléndido y había escasa nubosidad y carencia total de baches o vientos contrarios. Stuart Moore puso el piloto automático, se retrepó en el asiento y encendió un cigarrillo. Luego, clavó sus ojos verdosos en Mark Ellery.

—¿De veras le gusta hacer turismo de este modo, señor? —preguntó con poco interés.

—Me encanta —confesó Mark, sonriéndole casi agresivo—. ¿Tiene algo de malo?

—Para mí, nada —el otro se encogió de hombros—. Mientras de medios de vida a otros como yo, me parece de perlas. Pero no sé lo que puede buscar en Panamá en esta época del año, si no es calor, calor y calor, elevado al cubo. Y para eso, Florida basta y sobra.

—Puedo ser un espía internacional —se mofó audazmente Ellery.

—Oh, claro. He visto algunas películas en que ocurren cosas así. Acostumbran a ser en tinte color, pantalla ancha y todo eso. Los actores hacen el tonto durante dos horas o menos, el director demuestra ser tan estúpido como el guionista, que no es cosa floja, y cuando uno sale del cine, lamenta los cincuenta centavos gastados en la entrada. ¿Se refiere a eso?

Ellery miró con cierta admiración a su compañero de vuelo. No le suponía tan agudo. Pero por toda respuesta, se inclinó hacia el aviador y desgranó lentamente sus

palabras:

—Supóngase que yo ahora le ofreciese dos mil dólares por aterrizar en Marino, en vez de hacerlo en tierras panameñas.

—Supóngase que yo he aceptado —dijo fríamente el piloto—. ¿Qué sucedería entonces?

—Que podrían fusilarnos a ambos, acusados de espías o saboteadores, si algún pelotón rebelde o leal al Gobierno actual, da con nosotros antes de llegar a presencia de los que yo busco.

—Eso ya lo sé. No he nacido ayer, amigo. He preguntado qué sucedería si hacíamos eso. ¿Llevamos bombas de mano o cañones en el equipaje?

—No llevamos nada. Pero yo tengo que poner el pie en Marino.

—Eso no fue lo convenido, señor.

—Ya sé. Por eso le he ofrecido dos mil dólares.

—¿Y si subiera usted al doble?

—¿Cuatro mil? Hágase a la idea de que he subido ya.

—Hágase a la idea de que he aceptado. Aterrizaremos en Marino.

—¿En Puerto Lágrimas? —puntualizó Mark.

—¿Está loco? Eso es la capital. Según noticias de Costa Rica, el cerco rebelde a Puerto Lágrimas es casi completo. Punta Caimán, La Trinidad, Temistes y otras doce o catorce ciudades importantes, en torno a la capital, han sido ocupadas por el dirigente rebelde.

—¿El coronel Acevedo? —observó Ellery.

—Usted sabe muchas cosas de ese trozo de tierra —dijo con la misma frialdad el piloto—. Demasiadas, para ser un turista desocupado. Si no lo disimula desde ahora, puede que se encuentre con el piquete de ejecución nada más aterrizar.

—¿Rebelde o gubernamental?

—Usted lo dijo antes —volvió a encogerse de hombros el aviador—. Cualquiera de ellos puede fusilarnos, acusándonos de espías. No creo que la Embajada nos pueda sacar del lío.

—Y en cambio, usted acepta.

—Cuatro mil dólares pueden forzar a un hombre a hacer muchas tonterías, amigo, pero me gusta ver antes el color de la moneda. No es desconfianza. Es que eleva mi moral.

—Entiendo. —Ellery sacó cuatro billetes de color verde, de su cartera repleta—. Aún hay más, Moore. Si volvemos a salir de Marino sin novedad, después de nuestra excursión tierra adentro, subiré la recompensa a diez mil. Usted tendrá seis billetes más de igual valor.

—Vaya, vaya —se abanicó con los cuatro pliegos verdosos, acariciando en cada uno, con su mirada, el uno y los tres ceros estampados en los ángulos. Sudaba copiosamente, sin saberse si lo producía el calor o la codicia de la tentadora oferta—. Usted es un turista muy raro, señor.

—Y usted un piloto sorprendente, amigo mío —sonrió Mark, desafiante.

—En eso, tiene toda la razón —masculló el otro, desconectando el piloto automático—. Dios quiera que los dos salgamos con bien de nuestra locura... Que es bastante dudoso.

Mark no respondió. Se limitó a retrepase en su asiento, clavando la mirada en la distancia, en las brumas del sur, que perfilaban las costas cubanas. Más allá estaba Guatemala, Honduras, Costa Rica, Marino, Panamá... La aventura, la duda, la gran incógnita, el misterio vivo y latente de su arriesgada expedición.

En el fondo, experimentaba los mismos temores expuestos por el singular piloto que le había tocado en suerte. Pero mirando de soslayo al yanqui perezoso que se ofreciera a guiarle por las rutas del aire hacia el eje de las Américas, se preguntó:

«¿Podré confiar en este hombre? ¿O será otro engranaje negativo en la maquinaria?». Resultaba terrible la duda, pero no podía confiar en otro que en el abúlico e interesado aviador que contratara a todo riesgo en Florida. Un hombre que conocía al dedillo los recovecos más ignorados del Centro y Sur de América. ¿Pero hasta qué punto?

El avión siguió su ronroneo monótono y áspero, en el azul del cielo atlántico.

* * *

Un pájaro de plata, penetró en el Caribe, proyectando su sombra sobre las azules aguas. México... Guatemala... Honduras... Nicaragua...

El ave de acero bordeó las costas de todos los Estados centroamericanos, en busca del pequeño triángulo, casi invisible, perdido en la espesa geografía central del continente americano.

Marino...

Un Estado ignorado casi. Tres millones de marinistas. Puerto Lágrimas, la capital. Una ensenada abierta al Caribe. Doscientos mil habitantes, respaldados por junglas espesas, amplios territorios en blanco sobre la cartografía local, ríos caudalosos, pueblos y villorrios perdidos en la extensión de aquel triángulo geográfico, entre Punta Caimán y Cabo de la Plegaria.

Los ojos de sus ocupantes, fijos en tierra, en el trozo de suelo sacudido por el estallido bélico interno, no pudieron alcanzar a ver lo que ocultaba la jungla, la floresta exuberante y lujuriosa del trópico. No pudieron saber, ni siquiera sospechar, que su llegada era esperada...

CAPÍTULO V

EN LAS ZARPAS DEL PELIGRO

Entre el verde estallante, feraz y espeso, se abría el círculo azul de un amplio lago. El hidroavión descendió después de describir dos o tres curvas cerradas, posando suavemente sus flotadores en el agua. Ésta hirvió unos segundos en torno al cuerpo plateado, para finalmente calmarse, mientras las dos hélices iban disminuyendo su rápido giro, hasta convertir los dos cercos de metal fulgurante, bruñido en otras tantas aspas de metal inertes, mientras en torno al extraño pájaro metálico otras muchas aves exóticas iban saliendo de su mutismo atónico, para lanzarse a la contemplación del rival de acero detenido en el centro del lago.

Stuart Moore abrió la portezuela de la cabina, oteando al exterior. Una sinfonía extraordinaria de sonidos selváticos llegó a sus oídos. Mark Ellery, curiosamente, escrutó el paisaje tras los anchos hombros, cubiertos de cuero color café, de su piloto.

—Esto parece arrancado de una película en color —dijo, asombrado del panorama verdaderamente policromado que se ofrecía ante él.

Porque Ellery jamás había visto un azul como el de las aguas de aquel lago, ni un verde tan mórbido y asombroso como el de la jungla ruidosa que les rodeaba, en armonía perfecta con el blanco dorado de la arena, el siena rubio de la tierra, el blanco algodonoso de las nubecillas perdidas en el palio azul desvaído del cielo, y en los troncos cobrizos de los árboles tropicales. Todo esto, poblado por pájaros de raro plumaje, por aves exóticas y musicales, por ruidosos seres vivos, de una fauna ignorada al norte. Aquello era el trópico, el Sur fabuloso en el que acababa de meterse de bruces, con pocas probabilidades de volverse atrás a tiempo.

—Es lo de siempre —observó con desinterés el piloto—. El que está habituado a ello, lo encuentra desesperante. En cuanto dejemos el refugio relativo de este lago, miles de insectos, de mosquitos u hormigas, de alimañas molestas, de calor bochornoso y de pesadez caerán sobre nosotros como plagas incontables e invencibles. El colorido que ahora le asombra, dejará de tener valor alguno. Pedirá al cielo que le saque pronto de este infierno, deliciosamente escenificado para cazar incautos como usted.

—¿Y está seguro de que nos hallamos en Marino, y no en territorio panameño o costarricense, por ejemplo?

—¿Me ha tomado por un novato? —Se ofendió Moore—. Conozco esto como la palma de mi mano. Estamos a unas ciento ochenta millas de Puerto Lágrimas. De aquí allí, sería suicida continuar. Esto no es tierra salvaje en su totalidad. Como en el Brasil, habrá zonas inexploradas y deshabitadas, pero en ellas se emboscarán fuerzas

rebeldes, en su avance hacia la capital, procedentes de diversos puntos del país. Nos podrían alcanzar con un antiaéreo o interceptar nuestro vuelo con una escuadrilla de reconocimiento que nos enviara al diablo en menos de cinco minutos. Creo que lo más prudente es detenernos aquí y seguir el camino por tierra o por río, hacia la capital. Si salvamos las posiciones rebeldes, tanto mejor. Si nos cazan... bueno, a lo mejor usted trabaja para los antigubernamentales y se alegra por ello. Pero de todos modos, líbreme Dios siempre de un jaleo civil como éste, en el que uno no sabe nunca a qué carta quedarse.

—La sensatez más elemental, nos advierte que nos quedemos a la primera carta que se cruce en nuestro camino —sonrió Mark, comprobando el engrasado y funcionamiento de su pesada automática. Por si ello fuera poco, se palpó la tela del pantalón. Bajo el liviano tejido, el ancho cuchillo de caza se mantenía bien encajado en su funda de goma. Anexo a ella, en otra reducida funda de materia plástica, impermeable, herméticamente cerrada, una pequeña pistola de calibre 32, constituía lo que él llamaba en circunstancias similares su última oportunidad. Si precisaría llegar a tanto, era algo que estaba por ver. Dios quisiera que no fuese así.

—Andando, Moore —dijo roncamente, dirigiendo una nueva mirada de desconfianza al cerco verde de la jungla—. De ahora en adelante, estoy en sus manos. No olvide lo que le va en la aventura. Si es leal a mi causa, aunque yo muera, habrá quien le pague en Miami, a su regreso.

—Debe de ser usted un pez gordo, compañero —observó sin demasiada diplomacia el piloto—. Pero sobraba esa indicación. Soy una persona medianamente decente. Y sólo un canalla de la peor especie le dejaría perdido en esta selva. Está bien seguro de que jamás regresaría a la civilización, desconociendo estas zonas, llenas de pantanos, ríos laberínticos, senderos inaccesibles y montañas cortadas a pico. Marino es algo así como una trampa mortal, en la que un hombre confiado caería como un niño de dos años, para no salir nunca más.

«Una trampa de muerte, de la que no se salía nunca más»... Mark Ellery, el agente federal, meditó sobre esto. ¿Sería él la víctima de ese terrible cepo?

* * *

Les cercaba ya la floresta verde, espesa, exuberante hasta convertirse durante algunos tramos en impenetrables. Gracias a la experiencia de Stuart Moore, el piloto, en la travesía de floras tropicales, le era posible a Mark ir cruzando los macizos de vegetación delirante, voluptuosa y hostil.

Moore se había armado de un pequeño machete afilado, que Dios sabe para qué usos llevaría entre el instrumental del avión, y su filo de acero cortaba las lianas, troncos y ramajes con la precisión de un alfanje árabe. El camino se iba abriendo ante ellos, angosto pero accesible.

Mark tenía que luchar con el terreno, el calor y la plaga de insectos que agredían

su piel con voracidad de tigres hambrientos. Por fortuna, el tamaño no les acompañaba, o él no hubiese llegado jamás a sitio alguno.

Llevaban recorriendo aquella jungla durante un par de horas o tal vez más, cuando se detuvo Moore. Bajo la melena rubia, los ojos verdosos adoptaron una expresión cautelosa.

—Escuche —dijo, prestando oído hacia el nordeste. Mark aguzó sus sentidos.

Si aquella especie de tronar lejano no pertenecía a cañones de buen calibre, es que no entendía de armas de fuego. Y por cierto que el F. B. I, no se quedaba nunca corto en esa enseñanza durante el adiestramiento especial de sus agentes en Quántico.

En el silencio relativo de la selva, alterado por gritos, aleteos, murmullos incomprensibles y toda clase de extraños y sordos rumores, Mark sonrió al evocar las preguntas de sus profesores: «*Alumno Ellery, díganos el ruido que acaba de escuchar: ¿es el producido por un arma al amartillarse, o por mía cerradura Yale?*». «*Alumno Ellery: ¿es capaz de distinguir entre una serie de truenos, un martilleo de artillería pesada y el sonido de un tam-tam en la selva?*». Muchas veces, igual que otros compañeros, había fracasado estrepitosamente en el examen de sonidos grabados en cinta magnetofónica. Pero ahora no era un simple alumno. Era un agente especial, y podía distinguir bien el cañoneo lejano de potentes armas de grueso calibre y moderna fabricación.

—Son cañones ultramodernos —dijo a guisa de explicación. Moore le miró, torvo, asintiendo—. Tal vez obra de un tal «herr» Schneider a quien usted no conoce.

Moore se limitó a encogerse de hombros, continuando con su tarea de abrir paso a través de la muralla verde. El machete sonaba seco, restallante, sobre cada tallo cortado.

—Deben de estar cercando Puerto Lágrimas. O acaso Tocozales.

—¿Tocozales? —Gruñó Mark, intrigado.

—Es un villorrio de mucho valor estratégico —hizo notar Moore, sin cesar de alzar y abatir el machete sobre la vegetación—. A unas cincuenta millas de Puerto Lágrimas. Tal vez no esté aún en poder de los rebeldes.

Mark no dijo nada. Cada vez le asombraba más el profundo conocimiento de aquel curioso yanqui acerca de la geografía de Marino. ¿Sería general esa cultura, o se limitaba sólo a la pequeña república sacudida por el convulsivo movimiento antigubernamental? No sabía a qué atenerse. Pero cada vez confiaba menos en su guía y compañero, sin saber por qué.

Nuevamente en el transcurso de pocos minutos, Moore se detuvo, con su machete en alto. Miró en torno, receloso. Luego, volvió los ojos a su compañero de excursión.

—Creo que en esta selva hay demasiados gritos —observó enigmáticamente.

—¿De veras? —Ellery captó la intención de sus palabras—. ¿Qué sospecha?

—No todos esos gritos y sonidos proceden de los animales selváticos. Hay hombres cerca de nosotros. Hombres que nos vigilan..., y tal vez nos van cercando lentamente.

—¿Enemigos?

—¿Y yo qué sé? —Moore se encogió de hombros, desganado—. Ni siquiera me ha dicho usted cuáles son sus enemigos y cuáles no.

—Si yo lo supiera... —musitó para sí. Luego dijo en voz más alta—: Escuche, Moore: tengo buenas razones para creer que correremos peligro en cualquier bando de Marino, mientras no aclaremos nuestra posición ante personas de cierta solvencia. Y me temo que quien nos cace en esta maldita selva, no merecerá demasiada solvencia. Pueden ser guerrilleros de uno u otro bando. O meros asesinos, merodeadores que medran al amparo de las contiendas civiles. ¿No pudo elegir sitio mejor para tomar tierra?

—Le parecerá mentira, pero no —sonrió Moore fríamente—. El lago era el mejor. Pero de eso a garantizarle la vida... No sé, no sé, amigo. Usted se buscó este lío.

Mark le mandó al diablo y continuaron los dos americanos camino adelante. Un papagayo aulló a su derecha. Una especie no identificada, respondió a la izquierda. Y el grito surgido frente a ellos, formó el cuadro completo. Moore soltó súbitamente el machete, alzando los brazos. Ellery le miró con el ceño fruncido.

—¿Qué pasa ahora? —masculló, irritado.

—Más vale que levante también sus manos, amigo —aconsejó el aviador—. Estamos rodeados.

—Yo no veo a nadie.

—Ya lo verá dentro de un momento. Detrás de cada ramaje hay un fusil y una gorra verde aceituna. Eso quiere decir que son las tropas rebeldes las que nos han cazado. Y no toque sus armas, si no quiere ocupar una ignorada tumba en el corazón de Centroamérica. En cuanto levante los brazos un poco, empezarán a salir hombres por generación espontánea.

Stuart Moore podría ser lo que se quisiera, pero tenía verdaderos aires de profeta. Nada más olvidarse Mark de que llevaba un arma de fuego a mano, y levantar sus brazos conforme a lo indicado, la jungla cobró vida súbita. Cada ramaje, cada matorral y cada árbol se materializó en la presencia de un hombre uniformado de verde oliva, con gorra de plato igualmente verde, un tono más oscuro, las armas de la infantería marinista, sobre una ancha franja roja, y fusiles modernos en sus manos morenas.

Era como si los hombres cobrizos de Nueva York y de Miami volvieran a presentársele, vestidos para una opereta extraña. Aquellos hombres podían ser leales al Gran Dictador o al presidente Héctor Robles. Eso, sólo Dios lo sabía. Porque Mark no iba a fiarse de un simple uniforme, en un mundo caótico y revuelto como Marino.

—No se muevan, señores —dijo una voz melosa, en inglés, sin ninguna incorrección en el lenguaje, a pesar de su fuerte acento latino—. Lamentaría tenerles que acribillar a tiros antes de lo previsto.

Eso podía indicar muy bien que lo previsto era, de todos modos, acabar con ellos ante un buen paredón de fusilamiento. Sin embargó, Moore y su pasajero no

perdieron la compostura.

—¿Quiénes son ustedes? —preguntó fríamente Ellery, mirando al hombre que, con las estrellas de capitán, dirigía el grupo y había hablado anteriormente.

—«Dijo el ladrón a los dueños de la casa» —rió el oficial marinista—. Tiene gracia. Esa pregunta debería de estar reservada a mí, si no fuera porque hay personas por encima de mí que tienen más derecho que yo a hacer las preguntas de rigor. ¿Quieren acompañarme, por favor?

No respondieron, porque en realidad no hacía falta. Aquella supuesta pregunta era una orden tajante. Un par de morenos soldados les cachearon. Arrebataron a Moore un revólver de calibre 45 y una navaja de buena hoja. A Mark, sólo le encontraron la automática y el cuchillo de caza. Ya la bolsa de plástico con la 32 oculta, estaba situada de forma que no fuese fácil dar con ella en un cacheo rápido. Y aquél había sido casi protocolario.

Desarmados, fueron puestos en el centro de una columna de hombres uniformados, a cuyo frente se puso el capitán de ademanes suaves y voz afable. Lea sonreía de nuevo al añadir:

—Ahora, una pequeña excursión para completar su viaje por tierras marinistas, señores. ¿Me siguen, por favor?

Hay favores que no pueden negarse, y aquél era uno de ellos. Ambos hombres siguieron la marcha, sin un comentario ni un cambio de miradas siquiera. Se preguntaba Mark dónde estaría el final de la nueva aventura, mucho más obscura que todas las corridas hasta entonces desde que le encomendaran la misión de dar con cierta dama de cabellos platinos.

* * *

La puerta del despacho se abrió.

Un hombre alto, bronceado, de espeso bigote y ojos negrísimo, se puso en pie. Su estatura era formidable, así como su potencia muscular, dibujada bajo el claro uniforme de tejido de hilo, en color verde aceituna. No llevaba gorra, pero la tomó de encima de la mesa y se la echó descuidadamente sobre los ensortijados cabellos. Lucía el emblema de teniente coronel. El pecho aparecía cubierto de medallas y condecoraciones.

—Los prisioneros cogidos en Selva Verde están aquí, señor —dijo un oficial, saludándole con enérgico ademán.

—Que pasen —reí jefe hizo un ademán vivo y autoritario con una ancha manaza velluda. Por la puerta del despacho, hicieron su entrada el capitán de la patrulla y los dos americanos capturados cerca del lago.

—A sus órdenes, señor —se cuadró el capitán. Luego se hizo a un lado—. Éstos fueron los hombres sorprendidos en Selva Verde. Debieron de tomar tierra cerca del lago o en el lago mismo, con un avión. Son norteamericanos. Se niegan a hablar, de

no estar en presencia de alguna persona responsable.

—Bien. Yo soy responsable, señores —dijo el militar, enarcando las cejas—. Teniente coronel Barrios, de las fuerzas revolucionarias marinistas. ¿Quiénes son ustedes, y qué hacen en territorio de Marino?

Mark se adelantó, con expresión resuelta.

—Soy corresponsal de Prensa norteamericano —dijo con soltura—. El redactor Mark Ellery, del «Washington News», enviado especialmente a Marino para informar del curso de la guerra civil entablada aquí.

—Ya. ¿Tiene credenciales, por favor? —solicitó untuosamente el militar.

—Por supuesto —asintió Mark, extrayendo un carnet de su bolsillo. Lo tendió a Barrios. Era, en efecto, un documento de Prensa a su nombre. En misiones como aquélla, era elemental despojarse de toda credencial gubernativa y suplirla por otros documentos falsos, perfectamente simulados. El militar lo examinó con calma, en silencio, comprobó el parecido de la fotografía con el prisionero, y por fin devolvió el carnet a Ellery, sin despegar aún los labios.

—¿Y bien? —preguntó Mark, un poco inquieto.

—¿Su acompañante es también periodista? —preguntó.

—No. Es aviador, un piloto contratado por mí para llegar a Marino. No tiene arte ni parte en mí aventura profesional.

—Ya. Pero es prisionero extranjero, igual que usted. —Barrios se puso las manos a la espalda. Tenía una expresión cordial y humana. Pero los ojos eran duros, fríos. Cuando habló, lo hizo con inflexiones metálicas, nada esperanzadoras—: Lamento mucho lo que voy a comunicarle, señor Ellery, pero cumplo órdenes superiores. Yo soy el jefe de las Operaciones en esta zona de Marino. Llegaremos a la capital dentro de una semana lo más tarde. Hemos ganado virtualmente la guerra, pero siempre estamos sujetos a posibles riesgos: espías, saboteadores, agentes enemigos, enviados con los más absurdos y perfectos disfraces. Por eso las órdenes del Gran Dictador al respecto, son concretas, severas e inflexibles. Aunque quisiera hacer algo por ustedes dos, me sería imposible. Señores, son ustedes prisioneros sospechosos de actividades secretas, nocivas para el movimiento revolucionario de nuestro país. El Gran Dictador ordena la pena de muerte para todo extranjero sin salvoconducto especial del nuevo Gobierno provisional. Serán fusilados ustedes mañana, al amanecer.

Mark Ellery saltó adelante, furioso.

—¡No pueden hacer eso! —aulló—. ¡Soy ciudadano norteamericano, soy periodista en función informativa! ¡Mi Gobierno arrasará este trozo de tierra cuando sepa que...!

—Su Gobierno no hará nada de eso, señor Ellery —sonrió, melifluo, el teniente coronel Barrios—. Porque no sabrán nada de su fin. Nadie va a reclamar su cadáver ni nadie va a declarar que fue usted fusilado, junto con un piloto profesional, por flagrante delito de entrada ilegal en un país en guerra. No va a asustarnos usted con la mención de su poderoso país, señor Ellery. ¡Llévenselos! Y envíen informe radiado a

Punta Caimán. El Gran Dictador ha de saber lo que ocurre aquí...

Moore no hizo resistencia. Y Mark, al principio tan furioso como para gritar y gesticular, acabó comprendiendo que era mejor ceder de momento, en espera de una oportunidad en su desesperada situación.

Se les condujo a los sótanos situados bajo las oficinas militares del puesto lindante con la selva adonde fueran conducidos por el capitán y su destacamento de patrulla. Allí, una gran puerta metálica rechinó al ser abierta con gran ruido de llaves, y de un par de empujones nada amables se les hundió en su negrura húmeda y hostil.

Ambos hombres rodaron por tierra. La puerta, metálica y poderosa, se cerró a sus espaldas. Como la última esperanza, perdida definitivamente para los dos prisioneros.

El impacto de sus cuerpos sudorosos sobre el frío empedrado del calabozo, despertó ecos agrios en la lóbreguez de la celda subterránea. Parecían estar solos allí, lejos del mundo, de la vida y de la salvación. Pero únicamente lo parecía.

Porque aun no habían tenido tiempo de incorporarse sobre el rezumante suelo, cuando alguien se movió en la oscuridad, a unos pasos de ellos, y una voz joven preguntó en español:

—¿Quiénes son ustedes? ¿Qué han hecho para que les condenen a muerte?

De modo que era la celda de reos a la última pena. Mark digirió esa desagradable idea, y escrutó en vano la oscuridad. Un rayo de luz se filtraba por una abertura del muro, pero tendría que habituar más los ojos a la oscuridad, para distinguir al prisionero con quien les habían enviado los rebeldes.

—Dos estúpidos —bramó Mark, irritado—. Un periodista yanqui y un aviador. ¿Y usted?

Había contestado en español también, pero el hombre encerrado allí, suspiró hondo, hablando con un inglés correcto y limpio, que marcó más aún la juventud de su voz fuerte:

—¡Santo cielo! Esta gente se está atreviendo ya a todo... No sólo practican un baño de sangre sobre todo marinista patriótico y de nobles ideales, sino que ejecutan impunemente a ciudadanos de países tan fuertes como el suyo... ¿A dónde van a ir a parar?

—Ellos, no sé. Pero nosotros, no creo que vayamos muy lejos ya. ¿Y usted?

—Estoy condenado también al fusilamiento —prosiguió la voz en las sombras—. Me ejecutarán al amanecer. Soy el teniente Marcos Oviedo, del Ejército leal al Gobierno de Héctor Robles.

CAPÍTULO VI

EL PATRIOTA

—¡Un momento! ¡Mirad hacia el lago!

A la exclamación, varias cabezas se volvieron hacia las quietas aguas, oscurecidas por el crepúsculo. Vetas rojas hendían el horizonte, tras los perfiles verdes de la jungla. Las inciertas luces de la tarde mostraron el color parduzco de los uniformes militares. Gorras galoneadas de azul y oro, asomaron entre la floresta, sobre el brillo de los fusiles.

—Es un avión no militar, mi comandante —dijo un oficial, escrutando el fuselaje del hidro amarrado en el centro del lago—. Y lleva emblema norteamericano...

—¡Cielos! ¿Qué mil diablos puede significar eso aquí? —Gruñó el comandante, un hombre alto, bronceado hasta parecer mulato, ojos claros, cabellos canosos y facciones enérgicas—. Si se trata de una avería y sus ocupantes, se han adentrado en la selva, hay noventa y nueve probabilidades contra cien de que hayan caído en poder de los rebeldes.

—Eso puede complicar mucho las cosas. La muerte de unos súbditos yanquis, traería una serie de problemas internacionales difícilmente solubles —observó el oficial—. Incluso podrían culpar de ello al Gobierno, señor.

—Eso no me preocupa —masculló el comandante—. Lo que cuenta ahora es esto: ¿Quiénes ocupaban ese avión, y por qué tomaron tierra en Marino? A ver, capitán, tome usted a unos cuantos hombres y visite ese aparato. Tráigame, todo lo que considere de interés para nuestras pesquisas. Deberá obrar rápida y sigilosamente. La Trinidad no está lejos, ni tampoco las posiciones avanzadas de los rebeldes. No quiero un nuevo encuentro con ellos en estos momentos.

El capitán asintió. Hombres silenciosos se despojaron de las guerreras, y a nado alcanzaron los flotadores del pequeño hidro. Con su oficial al frente, ascendieron por el fuselaje, penetrando a través de la portezuela, dentro del aparato.

El comandante, ceñudo, asistió a la maniobra. Su gesto se tornó más hosco al oír ruidos y voces dentro del aparato. Sus hombres no cumplían demasiado fielmente las órdenes dadas.

Momentos después, reaparecieron los oficiales. La claridad diurna era ya casi inexistente en el paraje. La selva se silenciaba por momentos bajo el azul intenso y cálido de la noche. De nuevo cruzaron las aguas del lago varias sombras cautelosas, en rápido braceo. Cuando el capitán y dos de sus hombres alcanzaron la orilla, el comandante se tragó todas sus irritadas palabras, para lanzar una exclamación de enorme sorpresa.

—¡Diablo! —exclamó—. ¿Qué es esto? ¿De dónde han sacado a esa mujer?

Porque era una mujer la que traían con ellos, sin el menor género de dudas. Y hermosa, si el crepúsculo no engañaba a la aguda percepción del militar. Tenía adherido el traje claro al cuerpo, por efecto de la mojadura, mostraba una expresión, mezcla de ira y de temor, y las líneas de su cuerpo se dibujaban tan nítidamente bajo la tela húmeda, que constituía todo un peligro metida en un destacamento militar.

—Estaba dentro del avión, señor —informó el oficial—. Puso dificultades a su captura, y a lo que parece, debía de ir de polizón, oculta en el aparato sin conocimiento de sus ocupantes, porque estaba acomodada en el compartimiento de material, donde difícilmente podía ser vista en un viaje corto, como el que sin duda ha hecho ese avión.

—Bien, señorita —el comandante se volvió hacia la muchacha—. ¿Quién es usted y qué hacía dentro de ese avión? ¿Entiende el español o prefiere el inglés?

—No sé nada de español —respondió ella fríamente—. ¿Puedo saber en manos de quiénes me encuentro? ¿Y qué lugar es éste? Debí dormirme, mientras los ocupantes de ese avión se ausentaban. Me asustó mucho al verme sola, en mitad de ese lago...

—¿De modo que es cierta nuestra teoría? ¿Iba usted clandestinamente en ese aparato?

—Sí.

—¿De qué lugar vienen ustedes?

—De Miami, Florida.

—¡Miami! —El comandante lanzó una enigmática exclamación—. Empiezo a ver claro... Y sus compañeros, ¿quiénes eran? ¿Son amigos o aliados suyos?

—Apenas les conozco. Ni siquiera sé sus ocupaciones o la razón del viaje, pero sé que venían —a Marino y decidí aprovechar la coyuntura para llegar aquí cuanto antes.

—Pues lo ha conseguido —sonrió el comandante—. Señorita, es usted muy valiente y decidida, a lo que veo. ¿Puede decirme su nombre, y el motivo de ese interés suyo por nuestro pequeño país? Si quiere tranquilizarse antes de serme sincera, le diré que soy el comandante Santacruz, de las fuerzas leales gubernativas. Puede confesarse, y si no oculta nada delictivo o dañino para nosotros, no correrá la suerte que hubiera corrido en poder de otros hombres.

—Mi nombre es Coleen Kellerman —explicó la joven con serenidad—. He venido en busca de mi padre, el profesor Herb Kellerman, secuestrado al parecer por elementos de este país, aunque ignoro la razón todavía.

—¡Kellerman! —El comandante Santacruz lanzó una interjección—. El sabio atómico norteamericano... Eso me suena a complot rebelde. Sé que hay agentes revolucionarios desplazados a los Estados Unidos para una labor secreta. Si esa labor era la de capturar a su padre, entonces hemos de reconocer que los planes del Gran Dictador son mucho más amplios de lo que nadie imagina. Y terriblemente

ambiciosos...

—¿El Gran Dictador? ¿Quién es? He oído hablar de él en Miami...

—Un cerebro perverso y demasiado poderoso para, combatirlo por medios normales, señorita —informó escuetamente el militar—. Un hombre influenciado por ciertas corrientes políticas modernas, importadas de lejanos países, que no sólo planea ser amo de todo Marino, sino del resto de Centroamérica. Y tal vez ese vasto plan sólo sea el principio.

—¿El principio de qué? —Se atemorizó Coleen.

—De algo horrible e imprevisible, señorita Kellerman. Quiera Dios que su padre no le de el arma que precisa para llevar a cabo sus proyectos de dominio...

—¿A qué se refiere?

—¿Es usted su hija y no lo imagina todavía? Su padre ha inventado una nueva arma, basada en un principio de energía termonuclear muy superior a todo lo utilizado en tales ingenios hasta hoy. La energía tiene un nombre extraño y oscuro: Gamma Z-65.

—He oído ese mismo nombre cierta vez, en labios de mi padre... Gamma Z-65...

—Pues ahí tiene usted la siniestra razón de todo esto: si el Gran Dictador llega a poseer esa arma, será virtualmente el amo de todo. Y sus ambiciones no tienen límite.

—Parece conocerlo usted muy bien... —dijo, con súbito recelo, la joven.

—Oh, demasiado —el comandante Santacruz se echó a reír—. Pero no tema, no soy yo el Gran Dictador, ni tampoco pertenezco a sus leales. Mi puesto está al otro lado, junto a mi Presidente, Héctor Robles. Y es precisamente a éste a quien va usted a ver en Puerto Lágrimas, porque tengo que llevarla conmigo a la capital...

* * *

—Estoy harto de encierro —dijo en la obscuridad Stuart Moore—. Usted me ha metido en un buen lío, señor Ellery.

—Se metió usted solito. Si no hubiese aceptado mi dinero, no estaría ahora aquí.

—Vamos, no discutan eso —les interrumpió la voz del joven prisionero, cuyo rostro aun desconocían—. No les resolverá nada a fin de cuentas. Sería mejor ver el modo de salir de aquí. No es que haya demasiadas esperanzas de éxito, pero todo vale más que rendirse al destino.

—Usted conocerá mejor la situación, teniente —dijo con viveza Mark—. Para mí, un periodista poco experto en política y menos en estrategia, la situación es nueva.

—Nuestro caso se cuenta en pocas palabras —habló Marcos Oviedo, el oficial gubernamental—. Estamos en el cuartel general de los rebeldes que avanzan en flecha hacia la capital, flanqueados por los núcleos más fuertes de hombres del Gran Dictador. Esto es La Trinidad, antigua Misión franciscana, y plaza fuerte del Gobierno, que ellos ocuparon por sorpresa. Ahora dominan las carreteras hacia Puerto Lágrimas, y en cuestión de días que avisten la capital, a la cual bombardean

sistemáticamente, iniciando el golpe de gracia contra Héctor Robles y su Gobierno.

—¿Existen esperanzas de sofocar la revuelta? —inquirió Mark.

—Yo, como leal a mi bando, debería decir que ganaremos nosotros. Pero la verdad, no es hora de andar con fingimientos, ya que nos quedan horas de vida. La situación es grave, hay mucha infiltración enemiga en nuestras líneas, y creo que lo tenemos todo perdido. Sólo un milagro nos salvaría ya del desastre final. No creo en los milagros de esa especie.

—Entiendo. Y usted, que tan bien conoce el curso de la lucha, ¿qué opina sobre ese Gran Dictador que dirige el movimiento revolucionario? ¿Cuál es su auténtica política?

—Nadie lo sabe. Hay quien asegura que es un auténtico rebelde contra los métodos actuales. Otros, llegan a insinuar que está influenciado por doctrinas comunistas o revolucionarias. Pero yo no me adhiero a ninguno de esos criterios. Tal vez sea una mezcla de todo eso, con la soberbia de un nazi, la egolatría de un loco y la inteligencia de un genio en potencia. En resumen, una mezcla peligrosísima.

—¿Responde eso al retrato del coronel Acevedo? —ironizó Mark.

—¿Acevedo? —El teniente rió francamente—. He oído ese cuento. No, el coronel no encaja en eh tipo. No puede ser Acevedo quien dirige el movimiento rebelde. Le falta imaginación. Más bien juzgo la desaparición de Acevedo como un resultado de su propio pánico ante el curso de los acontecimientos. Habrá huido al extranjero. Pero el Dictador ha de ser alguien con mayor imaginación y personalidad.

—¿Es que nadie sabe quién es en realidad? —inquirió Mark Ellery, meditativo.

—Nadie ha conocido de él más que su voz. Creo que incluso los rebeldes ignoran su personalidad real. Eso sí, pronuncia arengas vibrantes, con una extraña voz metálica, agresiva y violenta, que enardece a sus fanáticos seguidores. Pero a veces, se me antoja que no es un ser de carne y hueso, que es meramente un ser irreal, de humo, creado por un hombre inteligente, como el teniente coronel Barrios, nuestro captor. Ése sí encajaría en el personaje. Pero lo cierto es que el Dictador, sea quien sea, ha ganado la partida en toda línea. Y eso es terrible. Porque sus planes son ambiciosos, vastísimos. Se ha llegado a murmurar en los corrillos de Puerto Lágrimas que está llevando a cabo un vasto plan de secuestro de personalidades —en diversos países, para su proyecto de dominio. También recibe armamento moderno en cantidades fabulosas, sin duda gracias a los traficantes internacionales, como un tal Rolf Schneider, alemán, víctima de un atentado en Nueva York hace unos días, a manos de un patriota marinista no identificado.

Mark, mientras escuchaba las explicaciones del joven oficial, recordaba el atentado del «Reggie», el papel enigmático representado por el coronel Acevedo, a quien muchos juzgaban jefe de la revuelta, salvo el sensato criterio de aquel teniente Oviedo, que ahora proseguía:

—Pero todo eso no pasa de ser meras especulaciones. Lo único cierto es que tres cuartas partes de Marino son ya de sus fuerzas. Y luego invadirá Panamá, tratará de

enfrentarse con Costa Rica y Honduras. Será como un cáncer, creciendo y creciendo sin que nadie logre extirparlo. Lo penoso es que nuestro querido país, este entrañable trozo de tierra de Marino, haya dado semejante monstruo al mundo...

—¿Cómo le hicieron prisionero a usted, teniente?

—Iba con una patrulla a mi mando. Pertenezco a las fuerzas del comandante Santacruz. Un hombre muy curioso Santacruz, por cierto. Algunas de sus órdenes parecen favorecer decididamente al enemigo. NO me fío de él. Pero es buen militar y nos hace falta. Por aceptar una misión suya de exploración, me arriesgué hasta el lago con mis hombres. Ellos fueron capturados y fusilados inmediatamente. A mí me prometieron vida y libertad si me pasaba a los suyos.

—¿Y no aceptó? —Gruñó Moore.

—Aquí me tiene, esperando lo mismo que ustedes —sonrió en la sombra Marcos Oviedo.

Ambos yanquis enmudecieron. Comprendían la lealtad del hombre que iba a morir con ellos. Y le admiraban, aunque no lo confesasen.

* * *

Era un amanecer lívido, precursor de grandes cataclismos. El último para los tres: el de su ejecución.

Oyeron avanzar por un patio no muy lejano las recias botas militares, marcando el paso. El pelotón se detuvo, sonó una voz seca. Varios pies se deslizaron un minuto más tarde por el corredor de la prisión subterránea. Mark Ellery, a la acre luz azul que se filtraba por el ventanuco del techo, vio por fin el rostro pálido y sereno de su desconocido compañero de celda. Era joven, de rasgos afilados y atractivos, profundos ojos claros, cejas rubias, cabellos algo menos rubios, aunque tirando a claros, ondulados, tez cetrina y nariz recta, bien formada. El uniforme le sentaba como a un galán cinematográfico, a pesar del polvo y la suciedad acumulados en él. Los dos hombres se miraron con simpatía, mientras Moore estudiaba hoscamente a ambos, como ajeno al trágico destino que iba a unirles en el viaje final a la Eternidad.

—Bueno, llegó la hora —suspiró Marcos Oviedo, tendiendo una mano abierta a Mark—. Lamento que nuestra amistad acabe tan pronto. Sólo le pido una cosa: si por cualquier milagroso acontecimiento, usted quedara vivo, procure llegar hasta Héctor Robles, nuestro Presidente. Y dígame que tenga cuidado. Hay traidores entre sus hombres de confianza. Que no se fíe de nadie... y que si quiere ganar esta guerra, procure rescatar Punta Caimán, la base rebelde donde tiene el Dictador su cuartel general. Allí tienen oculto a Carlos Neiva...

—¿Carlos Neiva? —Mark casi dio un respingo. Los pasos llegaban frente a la puerta de la celda—. ¿El suegro de Acevedo?

—Sí, el mismo. —Oviedo pareció asombrado de sus conocimientos sobre Marino y su gente—. Usted no es tonto, ¿eh? Celebro confiarle esto, aunque no creo que

llegue jamás a relatarlo... Pero dígame al Presidente que haga detener inmediatamente a Alma Neiva. Esa maldita rubia es la culpable de muchas cosas...

—¿Ha dicho rubia? —Mark trató de saber más, lleno de excitación. Pero la puerta se abrió, con un chirrido de goznes enmohecidos, y aparecieron varios militares de uniforme verde. A su frente iba un teniente, que miró en derechura a Marcos Oviedo.

—Teniente Oviedo —recitó fríamente—. Usted primero. Dentro de media hora, serán fusilados los dos norteamericanos espías.

—¡Eso es una atrocidad! —protestó Moore, rabioso—. ¡Somos inocentes, no sabemos nada de espionaje y...!

—No pierdan el tiempo —sonrió Oviedo, muy pálido, pero dueño de sí—. No les van a escuchar. Ellos no escuchan a nadie. Gozan derramando sangre, sea de quien sea...

Salió erguido, lleno de dignidad y valor, entre los seis soldados armados, que marcaban el paso. La puerta empezó a cerrarse. Entonces, Mark Ellery asomó el chato hocico negro de su automática calibre 32. Disparó, sin dar oportunidad alguna a los hombres situados en el pasillo. Alcanzó al oficial en plena frente, cuando éste iba cerrando la puerta. Murió con los ojos abiertos de estupor, cayendo atravesado en el umbral, sin llegar a cerrar la hoja metálica.

Oviedo, atónito, volvió la cabeza. Vio el arma en manos de Mark. Una luz nueva, rebelde y enérgica, brilló en sus ojos serenos. Se lanzó como una catapulta contra los soldados, sin haberse apagado aún los ecos de la detonación sorda, áspera, de la 32 de Mark.

Stuart Moore, como si todo estuviese ensayado y sincronizado, no se dejó sorprender tampoco por la imprevista virulencia de Ellery, armado por artes aparentemente mágicas. Se lanzó con todo su peso encima de los últimos soldados, y aplastó sus manazas sobre las nuca de ambos, en doble golpe contundente. Sin un gemido, ambos hombres doblaron las rodillas, abatiéndose de bruces.

Los dos primeros militares batallaban con Oviedo, convertido en un feroz luchador, y sólo quedaban dos para encararse con Mark Ellery. Desprendieron los fusiles del hombro, disponiéndose a acribillar a los prisioneros, mientras en el patio se escuchaba un sordo rumor de pasos precipitados. Oviedo gritó:

—¡Al menos, es mejor morir matando! —Y como había arrancado un fusil de manos de uno de sus adversarios, lo usó como maza, hundiendo dos cráneos a culatazo limpio.

Mark apretó el gatillo dos veces, apuntando a cada uno de los enemigos. Las balas de la automática frenaron a los soldados en el umbral. Moore, dueño del pistolón de uno de los soldados abatidos, contribuyó a dominar la situación, aunque ya no hacía falta. Se habían quedado sin enemigos.

Los tres hombres, coma de mutuo acuerdo y respondiendo a un plan previsto, recogieron armas del suelo y miraron al largo corredor rezumante de humedad que conducía al patio destinado a la ejecución.

Pronto aparecerían por allí docenas de hombres. Los tres audaces retadores de la muerte, se sonrieron mutuamente, como modernos mosqueteros dispuestos a enfrentarse solos contra todos, y aguardaron pacientemente. NO había otra salida para ellos.

El pelotón de hombres uniformados de verde, con los fusiles en ristre, aparecieron en el fondo de la galería, precipitándose hacia ellos Mark, que había guardado su automática, supliéndola en sus manos un pesado pistolón rebelde, igual que sus dos compañeros de peripecias, empezó a disparar, bien secundado por ambos.

Una verdadera tromba de plomo abrió enormes grietas en la solidez del grupo armado adversario, provocando un súbito desconcierto en las filas rebeldes. Ellos sabían que aquello no significaba un triunfo, sino un mero precio a sus vidas. Tarde o temprano, morirían en el corredor, aplastados por un verdadero rodillo humano.

Y entonces, llegó el milagro.

Sonó fuego nutrido de fusilería cerca de donde ellos estaban. Después, el martilleo violento y sordo de la artillería ligera, barriendo las posiciones rebeldes. Hubo un movimiento de retroceso en el final del corredor. Los tres héroes avanzaron, cosiendo a tiros a los fugitivos, en una salida a la desesperada; aprovechando el milagroso movimiento psicológico.

—¡Los nuestros! —gritó Marcos Oviedo, radiante.

¡Los hombres de Santacruz! ¡Estamos salvados, muchachos! ¡Duro con ellos, que los nuestros atacan!

Mark Ellery y Stuart Moore no entraban ni salían en el conflicto interno de Marino, pero su apego a la vida les hizo tomar partido inmediato. Si unos habían tratado de fusilarles, su suerte no debía de ser peor con los otros. Así que habían de decantarse por los gubernamentales. Y es precisamente lo que estaban haciendo.

Cuando alcanzaron el final del corredor, el patio medio en ruinas de la vieja Misión convertida en plaza fuerte, era un verdadero pandemónium. Las cargas de mortero de los leales a Robles llenaban de cráteres humeantes las tapias y claros, entre los que hombres vestidos de uniforme aceitunado, corrían a la desbandada, sorprendidos por el ataque por sorpresa de los leales al Gobierno.

El desconcierto general se incrementó con la intervención efectiva de los tres prisioneros que, parapetados tras un montón de cascotes, batieron con sus armas la zona por la que escapaban los dispersos efectivos del orgulloso teniente coronel Barrios, en busca del refugio de la selva.

Momentos después, en la vieja Misión, no quedaban más que tres hombres que nada tenían que ver con los rebeldes. Marcos Oviedo salió corriendo hacia la torre, la escaló arriesgadamente, y arrió la bandera blanca y púrpura de los rebeldes. Desde allí mismo, hizo frenéticas señas a los atacantes. El color de su uniforme gubernamental era bien visible bajo la claridad nubosa del día.

Y así, cesó el tiroteo en torno al lugar. Momentos después, por los boquetes abiertos en las tapias de piedra de La Trinidad, aparecieron las columnas armadas, de

uniforme pardo. Y Mark Ellery aferró con fuerza un brazo del sorprendido Moore, al distinguir una figura de mujer entre los militares recién llegados.

—¡Cielos! —gritó—. ¿De dónde sale esa chica? ¡Si es la hija de Kellerman...!

Stuart Moore, con expresión de completa ignorancia, volvió los ojos hacia la primera mujer que veía desde que abandonara Miami, bien ajeno a que había sido pasajera suya en el hidroavión.

CAPÍTULO VII

ALMA NEIVA

Puerto Lágrimas al fin.

Era una ciudad blanca, cuajada de palmeras, de iglesias y cuevas. Una ciudad tropical, latina, como un paraíso perdido entre el marasmo de la guerra civil. Era cuestión de días, o acaso sólo de horas, que su paz se trocara en violencia, sangre y pólvora. Pero aun era un rincón idílico. Con una bahía semicircular, en forma de herradura, con casas de pescadores, embarcaderos de madera, embarcaciones veleras o a motor, y arrecifes en los que el Caribe jugueteaba con encajes de blanca espuma.

Olía a calor, a vegetación, a trópico en suma. Las mujeres se cubrían apenas con ligeras blusas la morena carne maciza, que luchaba ventajosamente con la tenue resistencia del tejido, marcando sus opulencias.

Los hombres, morenos por nacimiento y por la fuerza del sol, ni siquiera en la mayoría de los casos lucían camisa sobre los torsos atezados. También en aquello, Puerto Lágrimas era tropical.

—Se llama así esta ciudad, según la tradición, porque hace muchísimos años aparecieron miles de ostras perlíferas en sus costas —explicó Oviedo, mientras cruzaban calles silenciosas, por la que las gentes caminaban presurosas y cabizbajas, entre rondas de soldados armados y fachadas desconchadas por los bombardeos rebeldes—. Entonces los marinistas fueron tan ricos como jamás lo habían sido, pero una profecía les advirtió que su riqueza traería un final de llanto, y cada perla sería como una lágrima derramada por sus ojos. Con el tiempo, los pescadores dejaron de dedicarse a su oficio, por coger perlas, pero un día, los bancos de ostras se agotaron, y allí terminó la riqueza de Marino. Los pescadores, desilusionados, comprobaron que habían olvidado su oficio y apenas pescaban para vivir. Derramaron tantas lágrimas como preveía la profecía, y así se bautizó esto con el nombre de Puerto Lágrimas. Como verán, es pura leyenda. Pero es bonita, tal vez por eso —concluyó con una sonrisa el oficial.

Ellery escuchaba fascinado al joven sus historias amenas y sugestivas del lugar. Su patriotismo era casi fanático, ingenuo en cierto modo. Pero admirable de todo punto. Mark empezaba a conocer aquel idílico pueblo azotado por la furia de la guerra fraternal.

Aún no había cambiado palabra alguna con Coleen Kellerman, cuya presencia tanto le sorprendiera. El comandante Santacruz les había conducido con sus fuerzas hasta la capital, a lo largo de cinco interminables días de travesía de la selva, rehuendo el contacto con las fuerzas rebeldes. La joven fingía no conocerles, y lo

único que supieron él y Moore, con el consiguiente asombro, es que la muchacha había llegado a Marino viajando clandestinamente en su hidro.

Mientras Oviedo informó a su superior de las peripecias vividas en poder de los rebeldes, Mark advirtió que entre ambos existía una mutua aversión y desconfianza, sólo dominada por la rigidez castrense.

El federal yanqui estudió en silencio la alta y enjuta figura de Santacruz, su salvador. ¿Sería aquel uno de los traidores aludidos por Marcos en la celda? Cierto que el teniente no había vuelto a hablar de ello una vez a salvo del fusilamiento, ni tampoco de lo que hablara sobre Punta Caimán y Alma Neiva, la hija del científico Carlos Neiva.

Mark tampoco aludió nada al respecto, pero fue el propio Marcos quien le dirigió unas rápidas palabras cuando llegaban frente a un antiguo y sólido edificio de piedra, de influencia arquitectónica española, en el que ondeaba la enseña presidencial de la República de Marino.

—Óigame, Ellery —dijo el oficial en su correcto inglés, sin levantar el tono—. No diga nada al Presidente de todo cuanto le dije entonces. Creí que iba a morir y por ello habló así. Pero dado que he salido con vida..., es mejor esperar, amigo mío. Esperar a tener pruebas para acusar a los traidores emboscados en esta ciudad.

—De acuerdo, teniente —dijo Mark—. Pero dígame una cosa: ¿Alma Neiva es rubia platino?

—Sí. Alma Neiva tiene el pelo del color mismo de la plata. Es hermosa como ninguna, pero también es cruel y enemiga de Héctor Robles, aunque éste la quiere como a una hija. Sé que conspira contra él y su Gobierno, sé que colabora con el Gran Dictador y que acaso ella sea la única que ha llegado a ver en persona a ese fantástico personaje. Pero no tengo pruebas para acusarla. Y el Presidente no me creería. Es demasiado bueno para creer una falsedad así, en su propio seno.

—Entiendo. —Mark pensó en su objetivo de Nueva York: la dama platinada de los nombres distintos. Alma Neiva parecía ser el suyo propio. ¿O tal vez no? Pero ¿por qué estaba relacionada con los enemigos de su propio padre y de su marido, el coronel Acevedo, a quien habían asesinado en casa de Kellerman, en Miami, a unos pasos del coche donde, según Coleen Kellerman, se escondía durante el rapto la propia dama rubia? ¿Qué misterios se escondían aún tras aquel cúmulo de factores desconcertantes y contrapuestos?

Acaso la solución estuviese allí, en Puerto Lágrimas. Y concretamente, en la misteriosa y terrible mujer de cabellos platinos. Alma Neiva...

* * *

Héctor Robles era ancho, grueso, sólido. Un hombre que daba impresión de fuerza y de buena fe. Tenía ojos negros, que miraban fijamente, boca carnosa y firme, nariz halconada. El uniforme, con las estrellas de coronel sobre una impresionante

fila de condecoraciones, le sentaba bien a pesar de todo.

Saludó con cordialidad a Marcos Oviedo y al comandante Santacruz. Luego miró, lleno de curiosidad, a los dos americanos y a la muchacha de igual nacionalidad. Evidentemente su presencia en tierras marinistas, le dejaba perplejo.

Hasta que Marcos no hubo contado la historia de sus peripecias en La Trinidad, que el Presidente escuchó con profunda atención, no ordenó este que le dejaran a solas con los tres norteamericanos.

En el despacho de dorados muebles, tapizados brillantes y grandes espejos, quedaron los cuatro personajes, mirándose con curiosidad. El primero en hablar fue el propio Héctor Robles, y lo hizo dirigiéndose a la muchacha.

—¿De modo que es usted la hija de Herb Kellerman, el descubridor nuclear secuestrado en Miami? ¿Y cómo se ha decidido a venir a Marino? Es una osadía tremenda, señorita.

—Cualquier osadía se justifica cuando una hija busca a su padre, que puede estar en peligro —dijo la joven, mirando con sus ojos cobrizos, muy abiertos, al afable militar—. Y a estas horas, acaso mi padre esté en poder de los rebeldes, sufriendo torturas.

—No le oculto que es toda una posibilidad. —Sonrió Robles—. Los gubernamentales no nos dedicamos a secuestrar a la gente como si fuéramos «gánster». Son métodos del Gran Dictador, señorita. Y sería ingenuo suponer que van a mimar a su padre. Sólo si él accede a trabajar para ellos, en la obtención de ingenios bélicos termonucleares, se librará de lo peor. Ellos son gentes despiadadas y feroces, dispuestas a todo con tal de salir adelante en sus proyectos de dominio. Sus doctrinas son ponzoñosas, inhumanas y mecánicas. Aplastan todo lo que se interpone, porque el fin justifica sus medios. Por eso no creo que haya logrado nada práctico viniendo a nuestro país, salvo complicarse usted misma la existencia.

—A pesar de todo, no me arrepentiré de haberlo hecho —dijo Coleen, decidida.

—Esperemos que sea así —sin borrar su sonrisa, miró a Moore. Luego, hizo igual con Mark Ellery. Y le espetó—: ¿Es usted el supuesto periodista de Washington?

—Sí, señor. —Mark enarcó las cejas—. Asistí a la muerte de un traficante de armas alemán, en Nueva York: «herr» Schneider. Luego, llegué tarde para salvar a Kellerman del secuestro, aunque sí libró de igual suerte a su hija. Y al venir hacia acá, después de atar cabos, en busca de reportajes sensacionales, de indudable interés para mi país, esta obstinada jovencita debió de seguirme mientras buscaba medios de transporte, y decidió formar parte de la expedición sin mi consentimiento.

—Muy interesante —dijo Robles, inexpresivo—. Para ser un simple periodista, tiene usted una gran imaginación y una asombrosa rapidez en sus fuentes informativas. Le felicito.

Mark supo que no había engañado al Presidente. Por ello, sonrió, admitiendo:

—Mi historia es pueril para usted, señor. Soy Mark Ellery, del «Federal Bureau of Investigaron». Eso aquí sé que no es nada. Soy un mero ciudadano extranjero, sin

jurisdicción alguna para actuar. Pero yo no he venido contra el sistema gubernamental de Marino, sino contra los secuestradores de un ciudadano americano y los inductores de varios delitos federales. Para eso estoy aquí. En sus manos está echarme del país, fusilarme sin cargo alguno de conciencia ni posibles responsabilidades... o prestarme su ayuda para combatir al Gran Dictador. Yo sólo quiero a Kellerman. A usted, eso también le interesaría mucho. Porque significaría impedir que su enemigo utilizase...

—La energía Gamma Z-65 —sonrió el presidente, completando su frase. Paseó por el suntuoso despacho, meditando las palabras de Mark—. Le entiendo muy bien, señor Ellery, y desde un principio he comprendido que usted era una autoridad norteamericana enviada por su Gobierno extraoficialmente, a la caza de la pista de Kellerman.

—¿Y qué resuelve?

—Aún no he resuelto nada. Pero creo que le ayudaré, amigo mío. Al menos, tenemos algo en común: el adversario contra el cual luchar. Marino siempre fue un leal aliado de su Gobierno. En este caso, podemos unir las fuerzas.

—Las mías son escasas —respondió Mark Ellery—. Solo y en territorio desconocido, frente al misterioso cabecilla de un amplio movimiento revolucionario, difícil es que consiga algo positivo.

—A veces, un solo hombre puede lograr milagros —dijo el Presidente, estudiando calmadamente a su interlocutor—. Usted es de la clase de hombres capaces de conseguirlo. Si localiza a Kellerman, le ayudaré a rescatarlo. Pero es más difícil de lo que cree su misión. Cualquier lugar ignorado de Marino puede ser el refugio de los rebeldes, donde su hombre de ciencia sea forzado a trabajar en la fabricación del arma nuclear que le daría la victoria. Yo puedo indicarle tantos lugares distintos...

—No es ése el medio de dar con él ni con sus captores. —Ellery miró en torno—. ¿Estamos completamente solos los cuatro, sin posibles testigos ni escuchas cerca de nosotros?

—Por supuesto. —Héctor Robles pareció asombrado—. ¿Por qué esa pregunta?

—Uno de sus hombres leales, precisamente ese joven oficial que estuvo a punto de perecer con nosotros en La Trinidad, el teniente Marcos Oviedo, me habló de algo, algo de lo que luego se arrepintió, porque carece de pruebas para mencionárselo a usted. Pero yo sé que él está convencido de su creencia. Y ésta es que hay espías rebeldes aquí dentro, que existen traidores alrededor de su persona, coronel.

—¿Traidores aquí? —Robles mostróse atónito—. ¡No es posible! Todos son leales...

—Déjese de ingenuidades, señor. Ésta es una lucha muy peculiar. Yo no creo en la lealtad de nadie. Cualquiera puede unirse secretamente a ese movimiento revolucionario del Gran Dictador, y continuar aquí fingiendo fidelidad al Gobierno. Tienen que enfrentarse con la perfidia, la brutalidad y el odio de un movimiento civil nacido bajo la sombra de consignas extranjeras, bajo la influencia de doctrinas extrañas, llegadas de muy lejos y que hoy conmueven al mundo. Ése es el peligro. Un

hombre, sea quien sea el que se encubra bajo el nombre dramático del «Gran Dictador», rige los destinos del movimiento renovador, encaminado a terminar con viejos moldes de paz, tradición y caridad cristiana. Ustedes son los hombres que han de luchar contra ello aquí, en este trozo de tierra, como ya otros lo hacen en lugares remotos. No les debe importar que las rimbombantes organizaciones mundiales pierdan el tiempo discutiendo y enmarañándose con absurdas polémicas, mientras la sangre corre. En su propio esfuerzo y no en el de burócratas ajenos al problema, está la solución. Y esa solución es: luchar, luchar, siempre luchar. Aunque se pierda todo en la lucha. Pero habrá valido la pena arriesgar tanto.

—Un bello discurso —sonrió el Presidente, con ojos brillantes—. Me gusta usted, señor Ellery. Me permitirá que tampoco me fíe de usted, sin embargo, atendiendo a su instructivo alegato, y telegrafíe a Washington pidiendo informes confidenciales sobre cierto agente federal llamado Mark Ellery. ¿Tendrá la bondad de esperar a las noticias de Washington, sin que le entregue toda mi confianza, señor Ellery?

—Por supuesto —asintió Mark, sonriendo—. Me halaga su desconfianza más que otra cosa.

—Gracias —reí Presidente pulsó un timbre—. Oficialmente, para mis hombres, incluso los de más confianza, seguirá siendo usted un periodista entrometido. Esta noche quedan invitados a mi mesa, señores. El Gran Dictador ha ofrecido a la nación un discurso realmente sensacional desde su base secreta de Punta Caimán. Lo escucharemos por radio durante la cena...

* * *

—«Radio Libre de Marino, transmitiendo para todos la Voz del Gran Dictador...» —el locutor hizo un alto, sonaron las notas de un himno militar, y el silencio más profundo se extendió por el comedor. La larga mesa de invitados presidida por la maciza figura de Héctor Robles, se sumió en la contemplación del altavoz disimulado tras el muro. El comandante Santacruz frunció el ceño, meditativo. Marcos Oviedo, el joven teniente, dejó el tenedor en el aire, escuchando tensó. Coleen Kellerman, pálida e impresionada, clavó los ojos en la pared adornada de cuadros al óleo representando diversos Presidentes de Marino. Mark Ellery y Stuart Moore se miraron un breve instante, y cesaron también de saborear el exquisito «*pudding*» de pescado.

La voz que partió ahora por el receptor, tuvo sonoridades extraordinarias, se extendió, vibrante, apasionada y dominadora, por el amplio comedor presidencial. Hubo un revoloteo casi imperceptible de cabezas y manos nerviosas. Y la voz habló:

—«¡Ciudadanos, marinistas ansiosos de libertad, todos mis leales y amigos! ¡Os hablo yo, el Gran Dictador! ¡Y os hablo con la mayor de las alegrías, porque al fin estamos a un paso de la victoria! ¡Es cuestión de horas, apenas de días, barrer los corrompidos salones del Palacio gubernamental de Puerto Lágrimas! ¡Es la víspera grande del triunfo, mis leales, y vuestro futuro Presidente os promete una nueva era

de glorias, triunfos y poder, como jamás Marino lo tuvo en su historia! ¡Es una nueva etapa de resurgimiento, de poderío en el mundo entero! ¡Y para ello, nuestros triunfos son muy grandes, son demasiado poderosos para que el débil régimen gubernamental que hoy os arrastra al hambre y a la destrucción, pueda combatirlos con una leve esperanza de éxito! ¡Yo, el Gran Dictador, os anuncio un derramamiento inevitable de sangre! Morirán muchos de vuestros amigos, de nuestros compatriotas, pero toda renovación lleva consigo su tributo sangriento. Y esta vez es necesario. Armas nucleares terribles, que ni siquiera las grandes potencias mundiales han utilizado jamás, están en nuestras manos. ¡Y las utilizaremos si el Gobierno no escucha nuestra emisión de hoy! ¡Escucha, Presidente Robles! ¡Rendíos, y todo se habrá salvado! ¡Pero si rechazáis este ultimátum, dentro de cuarenta y ocho horas se hundirá no sólo vuestro Gobierno, sino Puerto Lágrimas en pleno! ¡El fin se acerca!...».

Volvió a sonar el himno militar, tras una dramática pausa bien calculada. Mark Ellery no dijo nada. Había escuchado las teatrales palabras del rebelde, cuajadas de un dramatismo casi falso, tal y como las escuchara en Nueva York, a través del hilo telefónico, pero en el fondo de tanta farsa, advertía una siniestra y terrible verdad. La amenaza nuclear existía. Y casi todos allí la presentían. Se advertía en sus rostros contraídos, pálidos. Alguien cortó la emisión, pero la Voz, metálica, cruel y dominadora, siguió flotando en el ambiente con ecos inaudibles salvo en sus propios cerebros.

Stuart Moore, más sereno, fue el primero en atacar de nuevo el «*pudding*». Santacruz le imitó. Pero Marcos Oviedo parecía haber perdido el apetito. Un brillo de odio desfiguraba su mirada franca, y apartó de sí el plato intacto.

—El Gran Dictador —musitó—. ¡El Gran Comediante! No es un patriota, no ama a nadie ni respeta nada. Sólo busca su propia ambición, no la grandeza de Marino. Y hay locos que creen en él...

Mark no dijo nada. Por la sencilla razón de que estaba incapacitado para decir cosa alguna. Un nuevo comensal, cuyo puesto vacío aparecía a la derecha del Presidente, había surgido en la puerta dorada del comedor.

Alma Neiva...

El agente norteamericano supo que era ella nada más distinguir su cabellera color plata, larga y lisa, sus ojos profundos, las manos sensibles y largas, rematadas por afiladas uñas de laca argentada, así como el intenso color frambuesa de su vestido de raso, muy descotado, le dieron a Mark la clave. Aquélla era la hija del desaparecido Carlos Neiva, colega de Herb Kellerman. La esposa del difunto coronel Acevedo. En fin, Alma Neiva, la dama de Lisboa, complicada en el asesinato de un federal y reclamada por el Servicio de Seguridad Interior del F. B. I.

—¡Alma, pequeña! —exclamó el Presidente, poniéndose en pie. Todos le imitaron a lo largo de la mesa rectangular—. Ven, siéntate a mi lado. Creo que conoces a todos mis invitados. Oh, no, por cierto que no: te presento a la señorita Coleen Kellerman, norteamericana, y a sus compatriotas los señores Mark Ellery y

Stuart Moore, periodistas.

—Encantada de conocerles —dijo Alma, mirando penetrantemente, sin tomar asiento, a uno tras otro. Su mirada relampagueó al chocar con los ojos fríos de Coleen. Y se posaron más largamente sobre el rostro inexpresivo de Mark.

—Les presento a la señora Alma Neiva, hija de nuestro más importante científico, desaparecido en Miami recientemente..., igual que el padre de la señorita Goleen.

De nuevo despidieron chispas las invisibles espadas cruzadas de los ojos femeninos. Alma tomó asiento con languidez, aparentando no ver las ávidas miradas masculinas a las sinuosidades de su figura enfundada en color frambuesa.

—Has llegado tarde a la cena —dijo cortésmente Robles a la dama platinada.

—Oh, no tengo apetito. Venía tan sólo a verte, Héctor. En estos últimos días, con tantas actividades como diriges, no es fácil hallarte.

—Pero ¿no ha estado usted fuera del país estos días, señora Neiva? —inquirió Mark, zumbón.

—¿Yo? —Aquellos desconcertantes ojos le midieron en silencio. Luego, remachó —: No me he movido últimamente de Marino. Lo único que he hecho es visitar unos días la hacienda de mi marido, en Tocozales. ¿Por qué supone eso, señor... Ellery? ¿No es ése su nombre?

—Exacto —asintió Mark, comprendiendo que chocaba con una rival difícil—. ¿El frambuesa es tal vez el color de luto en Marino?

—¿Luto? —Alma se irguió, con un imperceptible estremecimiento—. ¿Qué quiere decir?

—Nada. Me refería al asesinato de su marido, el coronel Acevedo, en Miami.

Mark Ellery había preparado concienzudamente el golpe teatral. Pero en realidad, jamás había esperado una reacción así en el comedor. Todos los rostros, atónitos, se volvieron hacia él, Héctor Robles perdió casi su color moreno, y la propia Alma Neiva lanzó un gemido, mortalmente pálida, poniéndose en pie. El movimiento fue tan brusco que derribó una copa de vino y los cubiertos rodaron por el suelo.

—¡Asesinado! —balbució, llena de horror—. ¡No, Dios mío!

—Señor Ellery —intervino ásperamente el coronel Robles, poniéndose también en pie. Su broma carece de gracia por completo...

—Perdone, señor, pero tal vez no le conté antes todos los acontecimientos vividos últimamente en Florida. Uno de ellos, fue la muerte de un hombre moreno, que trató de salvar a Kellerman del secuestro, siendo sorprendido por los hombres del Gran Dictador en el chalet del inventor. Y le mataron a tiros, precisamente cuando él, unos días antes, había hecho lo mismo con un tal Rolf Schneider, traficante en armas asociado al Dictador. Ese hombre moreno fue identificado posteriormente por las autoridades como Acevedo... ¿De veras no sabía usted nada de todo esto, señora Alma Neiva?

Habíase mostrado duro a conciencia. Robles lanzó una interjección, y llegó con el tiempo justo para recoger entre sus brazos a Alma Neiva, cuando ésta se derrumbaba,

perdido el conocimiento.

CAPÍTULO VIII

PUNTA CAIMÁN

La puerta de persiana verde se abrió lentamente. La mujer tendida sobre el lecho que cubría una espesa mosquitera, miró hacia la entrada. Vio entrar la figura de Mark Ellery. Por un momento, la alarma y el temor brillaron en los claros ojos de Alma Neiva. Después, dejó caer la melena rubia sobre la almohada, con un suave gemido.

—¿La molesto? —preguntó secamente Mark.

—Sí. Pero deseaba hablar con usted, señor Ellery —respondió con ronco acento la joven—. Así que me alegro de esta visita suya.

—Es una visita extraoficial —informó Mark, conciso—. No tiene más que gritar un poco, y los guardianes del Presidente vendrán a echarme de esta habitación. ¿No va a hacerlo?

—Ya le he dicho que tengo interés en cambiar impresiones con usted. Siéntese aquí, por favor. No voy a llamar la atención de nadie para expulsarle de mi alojamiento.

—Gracias. —Mark tomó asiento a la cabecera del lecho. A través de la gasa del mosquitero las pálidas facciones de Alma Neiva tenían un vago aire fantasmal—. No esperaba esas facilidades por su parte..., sobre todo después de lo de anoche.

—Anoche estuvo usted demasiado duro —suspiró ella—. No sabía nada de mi marido desde que estalló la revolución. Desapareció, era enemigo personal de Robles, y se creyó que él era el cabecilla de la rebelión contra el Gobierno. Yo siempre supe que no podía ser él.

—¿Porque acaso usted sabe quién es el verdadero Dictador?

—Podría ser ésa la razón, pero no lo es. Yo no sé quién es el Dictador.

—¿Ni siquiera lo sospecha?

—Sospecharlo, sí.

—¿Quién?

—Es sólo una sospecha. No resolvería nada comunicándosela. Es mejor esperar los acontecimientos, y que ellos digan si tenía razón o no. De todos modos, no era mi marido. Al no saber nada de él y enterarme de que marchó al extranjero, imaginó que iba en busca de ayuda o de acciones violentas que pusieran en claro su inocencia.

—¿No suponía que él se dirigió a Nueva York, donde atacó a un tal Rolf Schneider?

—Claro que no. Es la primera noticia que he tenido de ello, así como de su muerte en Miami. Sin duda quiso prevenir a ese Kellerman. Él sabía algo, sin duda alguna. No me sorprendería que incluso conociera la identidad del Dictador y sus

planes. Eso le llevó a luchar contra los proyectos de los rebeldes, inútilmente.

Una vez que se puso al lado de Robles, fracasó... y perdió la vida.

—De modo que era enemigo de Robles. En cambio, usted es gran amiga del Presidente, ¿no?

—Sí —ella le desafió con la mirada. Tina mano de uñas barnizadas en plata alzó la mosquitera y se tendió hacia Mark, demandando suavemente—: ¿Un cigarrillo, por favor?

—¡Oh, sí, sí! —Mark le tendió un paquete, ella tomó un cigarrillo y Mark se lo encendió, haciendo lo mismo con otro que se puso en los labios—. Aun no me ha contestado. ¿Por qué es amiga del enemigo de su marido?

—Acaso porque mi marido y yo tuvimos pocos puntos en común siempre. Él era enemigo de muchas cosas que a mí me parecían bien. Terminamos separándonos, poco antes de la revolución. Robles siempre había apreciado a papá, y también a mí. Aprobó mi decisión de dejar a mi marido, y por eso sigo al lado del Presidente, protegida por él.

—Una historia interesante, pero poco convincente, ¿no le parece? —juzgó Mark, con dureza—. ¿Y sabe por qué? Porque el F. B. I, norteamericano la reclama a usted como persona peligrosa para la seguridad interna de nuestro país, porque está relacionada directamente con el asesinato de un agente federal que la seguía desde Lisboa y fue muerto en México. Porque estaba usted presente en el secuestro de Herb Kellerman, el hombre que puede dar al Gran Dictador la llave de su poder, y en definitiva, porque he venido a Marino en busca suya, Alma Neiva. Para que me acompañe a los Estados Unidos, como prisionera. Héctor Robles cederá, cuando reciba noticias de Washington, o tendrá que encararse no sólo con la siniestra amenaza del Gran Dictador, sino también con la fuerza norteamericana.

—¡Pero todo eso es absurdo! —exclamó Alma, incorporándose en el lecho, más pálida que nunca—. ¡Usted no puede acusarme de tales cosas seriamente... porque ninguna es cierta! ¡Yo no he estado en su país desde hace mucho tiempo, no sé nada de Kellerman, de Lisboa o México, y mucho menos de todos esos delitos que usted me ha nombrado...! Tiene que haber cometido un serio error para venirme con tales pretensiones, señor Ellery...

—No va a convencerme. Usted vendrá conmigo a los Estados Unidos, reclamada por mi Gobierno. No cabe error —se puso en pie—. ¿Piensa huir o resistirse a ese arresto? Si es así, le anticipo que ni siquiera venciendo el Gran Dictador estará usted en la impunidad. Porque si ese hombre o demonio hace algo criminal en el caso Kellerman, la amistad con Marino terminará bastante mal... y no hay lugar lo bastante lejano en el mundo adonde no llegue la mano justiciera del F. B. I.

Se encaminó a la puerta. Vacilante, estremecida, Alma le dirigió una pregunta débil:

—¿Qué es lo que va a hacer ahora, señor Ellery?

—Nada. Nada en absoluto. Sólo esperar...

La puerta de persiana se cerró. Perdiéronse los pasos del norteamericano por el largo corredor del palacio presidencial. Alma Neiva, sola y vencida, dejó caer de nuevo la cabeza sobre el lecho. La mosquitera volvió a deslizarse como un velo protector. Pero Alma sabía que aquella tenue gasa no iba a poderla proteger del más terrible de todos los peligros...

* * *

Llegó la noche. Rápida, calurosa, con olor a humedad y a jungla. El rumor de la selva y su fauna, era como un vago y continuo aletea sonoro, que rozase la blanca capital de Marino. Sólo de tarde en tarde, un lejano cañoneo ponía sordas notas bélicas.

Los jardines del Palacio gubernamental, silenciosos y oscuros, cercaban el edificio por su muro posterior, cara a la negrura del mar Caribe. La puerta de persiana crujió muy levemente. Una sombra asomó bajo la floresta tropical.

Los pasos, vagos y presurosos, corrieron sobre la arenisca, en dirección a las tapias del jardín. Apenas produjeron ruido, pero otra silueta se despegó de los ramajes, siguiendo a la que había salido del edificio.

Cuando la primera sombra furtiva alcanzó una reducida puertecilla posterior, un fulgor de estrellas se reflejó sobre su plateada melena. Hubo un frufú de faldas de seda, y la figura salió al exterior, sin ser vista por los centinelas nocturnos del palacio de Robles.

Detrás de ella, la segunda figura misteriosa abandonó el jardín presidencial. Los duros ojos de Mark Ellery, fijos ante sí, expresaban su determinación de seguir a la dama de cabellos plateados hasta el mismo fin del mundo, si era preciso.

No fue preciso tanto. Porque tras una larga caminata entre sombras, a través de calles oscuras y fachadas blancas, como si estuviesen realizando una alucinante galopada por un mundo extraño, sinfonía silenciosa en blanco y negro, el mar, negro también, brilló ante ellos. Reflejaba luces débiles, amarillentas, difusas. Todo en torno acusaba la pavorosa proximidad de la guerra. El silencio, las tinieblas, la tensión latente, casi palpable. Y salvo unas pocas estrellas dispersas allá arriba y unas luces inciertas, algunas de las barquichuelas pescadoras ancladas en los muelles desiertos de Puerto Lágrimas, la tierra entera parecía haberse aliado con la jungla en aquel trágico mutismo, precursor de todo cataclismo, como la marabunta brasileña o el tifón tropical.

Allí, a poca distancia de él, sobre la humedad empedrada de los muelles marinistas, seguía corriendo la vaga silueta femenina, cubiertas sus sedas por la negrura de un manto que armonizaba con la misma noche. Mark Ellery, implacable, seguía su rastro. Era como si Alma Neiva, la enigmática rubia platino cuyo rastro había seguido desde Washington hasta el corazón de los trópicos, se hubiera también aliado con la noche, con la sombra, el silencio y la furtiva ferocidad de la selva. Allí

estaba, sin embargo, a escasos pasos suyos. Porque Mark Ellery no estaba dispuesto a ceder en su carrera.

Era una carrera hacia la Muerte, hacia el Peligro, hacia el fin, en definitiva, de una aventura fabulosa, en un mundo desconocido y hostil. Calles blancas, negro pavimento, aguas tenebrosas, cielos indiferentes, con el brillo astral del trópico... Y entre todo aquello, vidas humanas en un juego cruel, saltando sobre los cuadros de un tablero de ajedrez siniestro... Alma Neiva era la Reina negra. El Gran Dictador, el Rey. A Mark, mientras seguía el rastro de la joven, casi le hizo sonreír el símil. ¿Qué era él? ¿Un alfil, una torre... o un simple e ingenuo peón, lanzado a una ofensiva sin esperanza?

De repente, dejó sus elucubraciones. Había llegado a su objetivo inmediato. Alma daba, al fin, forma y sentido a su absurda fuga nocturna del palacio de Robles. Una fuga que él había previsto, sin embargo. Y por eso vigiló horas enteras, en espera de que sus crudas acusaciones contra la enigmática mujer diesen su resultado práctico. Ese resultado, estaba al fin ante él.

Alma saltó a la superficie oscilante, de bruñidas tablas, de una canoa a motor detenida entre dos grandes balandros veleros. Mark se deslizó, pegado a un blanco muro de cal, hasta avistar la negra sombra de la joven, cuya «echarpe» había rodado de su cabeza a los hombros. La plata de los cabellos brillaba, moviéndose sobre la cubierta.

Un hombre apareció en la puerta de la cabina de la canoa. Mark corrió, agazapado, procurando que las suelas de goma de sus zapatos no produjesen ni siquiera un leve «ploc-ploc» sobre el empedrado reluciente de agua. Alcanzó la sombra triangular de las velas. Y oyó:

—Será mejor que lo haga con el balandro, señora... Puede haber aviación del Dictador... o del Gobierno... y el ruido del motor... Soplará buen viento dentro de un par de horas...

Sólo recogía fragmentes de la conversación, pero era bastante. Vio asentir a la joven, y ambos, juntos, saltaron al balandro inmediato. Un tercer personaje en la cubierta del velero de aguda proa. Todos ellos charlaron vivamente. Parecieron ponerse de acuerdo. Alma entregó algo a cada uno de ellos, y el hombre de la canoa motora volvió a ésta. En cambio, Alma y el segundo de ellos entraron en la cabina del balandro.

Mark sabía ya lo suficiente. Palpó, bajo su americana blanca, la forma pesada de la automática que poseía. Después, aguardó en la sombra.

Tuvo que esperar exactamente unos veinte minutos. Entonces, el balandro empezó a evolucionar lentamente, apartándose del borde del muelle. Mark supo que no podía esperar más.

Salió de la sombra, corrió a la motora, y saltó a ella de un limpio brinco. Sus felinos músculos bien entrenados le hicieron aterrizar sin perder el equilibrio sobre la cubierta de bien cuidado entarimado. Sus suelas apellas produjeron ruido.

Desenfundó la automática, curvó el dedo sobre el gatillo y avanzó hasta la puerta del camarote. Una vez en ella, miró al balandro, que le ofrecía ya su popa, redonda, al salir del muelle. Acto seguido, golpeó con la culata de su arma la madera. Sonaron pasos suaves al otro lado, se encendió una débil luz que escapó por las rendijas, y una voz interrogó:

—¿Qué ocurre ahora? ¿Qué mil demonios queréis...?

La hoja de madera se abrió. Y el hombre retrocedió un paso, instintivamente, al encararse con la automática de Mark Ellery y su endurecido rostro, a la vez que se le hacía una seca pregunta conminatoria:

—¿A dónde ha ido Alma Neiva con ese balandro? ¡Pronto, o disparo!

* * *

—Es una verdadera locura, señor. Nos cogerán antes de salir de aguas de Puerto Lágrimas. O, lo que es peor, nos harán volar por los aires con una buena píldora.

Mark escrutó fríamente al piloto de la motora. Bajo la afilada quilla de la embarcación, rugían las aguas revueltas por su marcha de flecha. Le dolía el dedo, curvado aún sobre el gatillo de su pistola, pero no veía otro modo de intimidar a aquel temeroso marino.

—No pasará nada, amigo —replicó con aspereza el federal—. Si Alma Neiva va a Punta Caimán, yo también llegaré a ese lugar.

—Eso es territorio rebelde. Allí manda el Gran Dictador. Y él no se anda con bromas si un intruso o un espía del Gobierno se le mete dentro. La muerte espera a todo el que haga lo que estamos haciendo nosotros ahora.

—No me impresiona. El Gran Dictador me tuvo ya una vez en su poder, y salí de sus garras. Procuraré que la historia no se repita.

El piloto de la motora le miró con renovado interés, muy impresionado.

—¿Usted estuvo prisionero del Dictador? —inquirió, como si lo dudara.

—Sí. Y aquí me tiene. Nunca es el león tan fiero como lo pintan.

—Ustedes, los americanos, se burlan de muchas cosas que desconocen —el marino se estremeció—. No conoce a esa gente ni a su jefe. No son leones, sino serpientes, reptiles de la peor especie. En Marino se vivía bien, con paz y tranquilidad, hasta que un loco pensó que podía ser su amo y el de otros países vecinos. Ése es el Dictador que lucha hoy contra Robles. Cruel, ambicioso, egoísta y despiadado. Marino tenía sus problemas, ¿qué país no los tiene? Pero éramos felices en nuestra insignificancia, sin que un loco ególatra nos lanzase a una lucha de hermanos. Si hizo eso, ¿qué no hará ese hombre?

—Entiendo. Usted es leal al Gobierno, ¿eh? —Mark estudió al hombre, admirado—. No hay muchos como usted hoy en día en Marino. Pero dígame, ya que tan leal es a Robles, ¿por qué acepta dinero de una mujer como Alma Neiva, para conducirla a tierras rebeldes?

—Eso es cuestión suya. No me imparta adonde esa dama vaya —dijo dignamente el marino—. Lo que cuenta es «ella». Y ella es la mujer más leal a Robles, a nuestro pueblo y a sus amigos, que conocí jamás.

—¿Es posible que diga eso? —Mark se quedó de una pieza—. Usted no conoce bien a Alma Neiva si cree tal cosa. Yo podría decirle de ella cosas horribles...

—Pues no las diga. No voy a creerle ninguna. Si alguna vez hubo una persona en Marino que estuvo en todo momento al lado del sentir del pueblo y de los hombres honrados de nuestro pequeño país, ese alguien es Alma. Tan noble como su padre, que tanto ama a su tierra y cree en nuestro futuro como pueblo digno de un mundo libre contra el que nada podrán las injerencias del extranjero...

Mark se quedó asombrado. Aquel hombre que parecía conocer tanto a Marino y a sus gentes... creía en Alma Neiva, la mujer tras la cual iba ahora, por aguas del Caribe, bordeando la costa hacia Punta Caimán, uno de los grandes bastiones rebeldes.

* * *

—Señor, hemos llegado. Eso es Punta Caimán. ¿Debo llevarle a tierra acaso?

Mark despertó violentamente. Llevado de su instinto, quiso oprimir con mayor fuerza su pistola. Pero no tenía nada entre las manos. Abrió unos ojos dilatados, sus nervios se tensaron... y se encontró con el piloto de la motora, que estaba de pie ante él, sonriendo obsequiosamente con su cara morena, y tendiéndole complaciente su propia pistola.

—Se le ha caído durante el sueño, señor —dijo el marino—. No la necesitaba, si es eso lo que temía. Usted no parece agente rebelde. Ignoro lo que le hace estar tan equivocado respecto a la dama a quien usted sigue, pero no es un hombre del Gran Dictador... o yo estaría muerto hace horas. Buen viaje, señor, y tenga mucho cuidado. Estas costas son verdaderos nidos blindados de ametralladoras, y la selva una ratonera constante.

Mark se frotó los ojos, sintiéndose un poco en ridículo. Evidentemente, o las gentes de Marino resultaban desconcertantes, o aquel pequeño mundo de la América Central era un lugar donde aún existía la buena fe, la simpatía natural y la pureza de ideales. Mark no creía que quedasen muchos rincones así en el mundo actual.

—Gracias por la lección y por el viaje, amigo —dijo, sonriendo al fin. Enfundó su arma, estrechó la mano que se le había tendido y miró por el ojo de buey de la cabina. En el amanecer, de un azul lívido y crudo, destacaba un cabo rocoso de extraña forma, como las fauces cerradas de un caimán dormitando al sol, en la ribera de un gigantesco río. Sobre él, una fortaleza gris y siena, de lúgubre aspecto. Y a ambos lados, largas líneas de un verde casi lascivo, exuberante y pastoso. La jungla, cuajada de amenazas para el intruso.

Debajo de aquella interminable línea verde, las playas dorábanse al albor primero

del día. Y las aguas del Caribe las acariciaban, melosas, con crestas blancas de espuma.

—Desde aquí puede llegar fácilmente a nado... si sabe nadar —ante el asentimiento de Mark, el marinista sonrió—. Después... que Dios le ayude, amigo. Porque eso es un infierno.

—¿Y Alma Neiva? ¿Habrá llegado ya a su destino?

—He viajado con lentitud durante la noche, para no forzar el motor. De haberlo hecho, nos hubiesen podido oír y no estaríamos aquí ahora. Además, hemos seguido al balandro donde ella se dirigía a Punta Caimán. Creo que habrá desembarcado ya, tal vez en otra zona menos peligrosa; pero eso es fácil de saber. Tome.

Le tendió unos gemelos, con los que Mark oteó a lo largo de la arena. Distinguió una lejana sombra blanca que se alejaba sobre el mar, de regreso a Puerto Lágrimas. Y, después, siguiendo la extensión de la playa, captó un menudo puntito móvil, cada vez más próximo a la selva. Devolvió los gemelos al hombre de la motora, y empezó a despojarse de sus ropas.

Una vez reducida su indumentaria a un simple «slip», introdujo la automática en su inseparable bolsa impermeable junto con cigarrillos, dinero americano, el reloj de pulsera y una credencial federal enfundada en plástico. Se lo ciñó a la cintura, bajo el «slip», estrechó la mano del piloto, y dijo sencillamente:

—Vuelva a Puerto Lágrimas cuanto antes. Si llega con vida, solicite audiencia privada con el Presidente y cuénteles todo esto. Dígale que voy a acabar, de un modo u otro, con el Gran Dictador y su amenaza. Y que Kellerman no será obstáculo para ello. ¿Cree que recordará todo eso?

—Ya lo creo —el hombre lo repitió textualmente—. Pero permítame que le diga que...

—No diga nada. No hay tiempo... Si lo que empiezo a barruntar es cierto, en esa fortaleza está Kellerman. Y Neiva también. Y acaso el propio Dictador. La jugada merece la pena, y acaso salga bien. Si no... al menos se habrá intentado lo imposible. No es sólo la suerte de Marino, sino la de muchos otros países, la que está en juego. Ese Dictador es un asesino, un monstruo enloquecido por la ambición y el afán de poder, que no se detendrá ante nada. Pero ha chocado con Mark Ellery, que tampoco se detuvo jamás ante nada... Adiós, y suerte.

—Que toda sea para usted. La va a necesitar —dijo fervientemente el hombre. Le hizo un ademán de despedida cuando el cuerpo bronceado y atlético de Mark se hundió en las azules aguas. Puso proa en dirección contraria a Punta Caimán, y se alejó vertiginosamente hacia Puerto Lágrimas.

Entre tanto, Mark Ellery, hendiendo la superficie del Carine, avanzaba como un pez, hacia las arenas de la orilla. Ante él, Punta Caimán y su fortaleza siniestra, eran una amenaza recortándose contra el sangriento fondo de una aurora sin esperanzas...

* * *

Exhausto, cayó sobre la arena. Se dejó acariciar por el sol, redondo y cálido, que pronto hizo arder la arena y su propio cuerpo, rápidamente seco por el clima tropical, a pesar de haberse hallado sometido al agua durante casi un cuarto de hora; hasta alcanzar la arena.

Mark se recuperó durante aquel reposo obligado, ejercitó sus músculos atrofiados, con rápidos y precisos ejercicios, y pudo continuar a través de la playa, hasta dejar atrás el espesor candente de la arena y pisar la benigna alfombra de hierba selvática, entre altas palmeras combadas y extraños árboles umbrosos. Todo era allí lujuriente, espeso y feraz, como perteneciente a la jungla de los trópicos. Mark no disponía de cuchillo alguno, y bien lo lamentó. Hubo de abrirse camino a través de la verde espesura, con la sola ayuda de sus manos, a veces espinadas por pinchos y ramajes agudos.

De ese modo, pudo alcanzar un trecho menos dificultoso, donde parecían existir angostas rutas trazadas entre vegetación y floresta, por una mano caprichosa y hábil. El silencio, aparte los gritos de las aves marinas o selváticas, y los mil rumores de la jungla, era impresionante. En dos o tres ocasiones, creyó oír motores de aviación, que el viento marino le traía de detrás de Punta Caimán, pero ningún aparato se alzó en el azul, confirmando la existencia de algún campo de aterrizaje cercano.

Los pies descalzos le dolían, ensangrentados y cubiertos de llagas. El paso se hacía más lento por momentos, y hubo de detenerse en dos o tres ocasiones a tomar aliento. Durante aquellos altos forzosos, su mente volvió a barajar las extrañas incógnitas de aquel caso. ¿Era leal o traidora la misteriosa Alma Neiva? ¿Qué había ido a buscar en Punta Caimán, y qué rumbo siguió ella, una vez en tierra? ¿Se había equivocado él en sus deducciones, y no se dirigía la joven de rubia melena a la fortaleza de los rebeldes?

Era peor pensar que caminar. Cansaba más, con aquel calor, el trabajo mental que el puramente físico. Por ello, Mark Ellery siguió adelante, como una máquina infrahumana, dispuesto a alcanzar su objetivo. Preguntándose si tendría siquiera un objetivo en aquella alocada expedición por territorio enemigo, basándose en una loca y remota idea que tal vez ni siquiera fuese real...

Lo único real, de repente, fue su tropiezo con algo tendido en tierra. Quiso desasirse de ello, pero pronto comprendió que era una red, hábilmente dispuesta, como las que algunos cazadores utilizan para capturar incautas fieras. Y él había sido incauto. Disimulada entre hierbas y ramajes, ni siquiera sospechó la existencia de la malla metálica, súbitamente contraída con su captura, que ahora se cerraba alrededor suyo.

Se vio envuelto por ella, aprisionado totalmente. Hombres bronceados, morenos, con uniformes de color verde aceituna, gorras de franja roja y bruñidos fusiles, aparecieron alrededor, vomitados por la traicionera selva, hasta formar un espeso cerco.

Y supo que estaba prisionero. Prisionero del Gran Dictador, en Punta Caimán...

CAPÍTULO IX

GAMMA Z-65

—Kellerman, tiene usted un compatriota por compañero de celda —dijo la voz del invisible carcelero, a través de la rejilla metálica incrustada en el muro de acero.

Al mismo tiempo, se abrió un rectángulo en el mismo. Un bloque de blindado metal, de casi quince pulgadas de grueso, similar al de una caja-fuerte de un Banco, se abrió. Un cuerpo en «slip» rodó al centro del suelo de frío cemento.

Cerróse de nuevo la puerta, y el prisionero, apoyado silenciosamente en el alféizar del angosto ventano cuajado de barrotes acerados, se volvió al recién llegado. Ambos hombres quedáronse mirando durante largo rato. El anciano, de cabellos canosos, expresión fatigada y ojos protegidos por lentes de montura de carey, estudió al nuevo prisionero, nada confiado de su condición norteamericana.

En cuanto a Mark Ellery, que jamás esperó, durante la breve travesía de la jungla y los bastiones de Punta Caimán hasta el corazón de la fortaleza rebelde, la suerte o la desgracia de ser compañero de celda de su presa, sonrió al científico con amistoso gesto.

—Hola, profesor Kellerman —dijo, incorporándose, sin importarle el dolor, de sus pies llagados—. Tantos días en busca suya..., y al fin le encuentro. Precisamente en el cuartel general del Gran Dictador...

—¿Quién es usted? —Gruñó Kellerman, desconfiado.

—Creo que sería ingenuo ocultarle mi identidad, profesor. Estoy seguro de que el Dictador la conoce ya a maravilla. Soy Mark Ellery, agente federal de Washington destinado a dar con su paradero y a retornarle a nuestro país, sano y salvo.

—Eso es lo que usted dice. Pero también puede ser un agente a sueldo del Dictador, contratado en Norteamérica.

—No sea tonto, profesor. —Mark extrajo lo único que le habían cejado los soldados de verde. Su tarjeta de identidad. La mostró a Kellerman, que la leyó en silencio—. Si aun no cree en mí, vea eso. Y si aun así no se fía, recuerde que tiene poca gente de quien fiarse.

—Bien, supongamos que es usted el agente Ellery, del F. B. I. ¿Qué piensa hacer ahora? ¿Salir por los aires de esta maldita fortaleza?

—Lo importante era dar con usted, profesor —miró en torno, a aquella trampa cúbica de acero, sin muebles, aberturas accesibles ni nada confortador—. Buena celda. ¿Le obligan a estar en ella hasta que les entregue la Gamma Z-65? ¿O ya lo ha hecho y por eso está aquí?

—Aun no tienen mi arma —dijo Kellerman, altivo—. Ni la tendrán jamás.

—Cuidado. Acaso tengamos aquí micrófonos ocultos. Incluso rendijas para vigilarnos, y hayan jugado una baza atrevida: la de ver lo que decimos ambos juntos. Yo puedo ser el conejillo de Indias, el cebo del anzuelo. No lo muerda... todavía.



Kellerman miró sorprendido a Ellery. Luego, estudió la estancia de acero. No parecía habersele ocurrido la idea de estar vigilado allí dentro. Empezó a confiar en su nuevo amigo.

—Sí, es muy posible —admitió al fin—. Pero ya se lo he dicho a ellos. No haré nada. No les daré mi invento para destruir a seres inocentes. Creo que las armas nucleares deben de ser salvaguardia de la paz, no contribuir a quebrantarla. El mundo necesita temor, para no lanzarse a su vez al ataque. Eso busco con Gamma Z-65, y no ayudar a un cruel asesino ególatra y feroz.

—¿Le ha visto usted alguna vez mientras está aquí?

—En una sola ocasión —confesó Kellerman.

—¿Cómo es ese hombre? —interrogó ansiosamente Mark.

—No creo que pueda decírselo muy detalladamente. Estaba uniformado, con traje de mariscal, la gorra hundida sobre los ojos, y con un pañuelo cubriéndole la parte inferior del rostro. Ni siquiera sus hombres leales le han visto sin ese disfraz, a lo que oí. Debe de tener su interés en que nadie sepa su identidad real. Disfraza la voz con un raro acento metálico, profundó y ronco. Me amenazó y me dio un plazo hasta mañana para que acceda a trabajar en mi invento. Yo me negué. Él se echó a reír, y dijo que

Neiva y yo tendríamos que acceder, o pagaríamos con la vida, estérilmente para todos.

—¿Ha visto a Neiva alguna vez en esta fortaleza?

—No. Le conocí en dos o tres ocasiones, con motivo de algunos Congresos internacionales científicos, y puedo jurarle que entre los prisioneros que tienen aquí, aun no he visto a Neiva. De no ser por lo que dijo el Dictador, ignoraría su presencia en Punta Caimán.

Mark Ellery miró en torno, inquieto. Sabía, presentía que se les oía y vigilaba. Tenía que buscar un medio cualquiera de hablar con Kellerman, sin que sus escuchas les comprendiesen. Pero si utilizaba algún idioma, corría el riesgo de ser igualmente entendido. Miró al bolsillo derecho de Kellerman, y tuvo una idea.

—¿Me permite su lápiz, profesor? Es sólo un momento. Quiero trazar un plano de lo que he recorrido desde el desembarco frente a la costa. Tengo mis ideas al respecto.

Sorprendido, Kellerman le tendió el lápiz. Con toda naturalidad, Mark lo empuñó. Era un cilindro de metal, un lápiz con puntas de cuatro colores. Extrajo el negro con una presión sobre el resorte plateado de su punta posterior, y empezó a trazar líneas absurdas sobre el cemento. Kellerman las miró. Entonces, entre línea y línea, Mark escribió apresuradamente:

«Acepte fabricar explosivo nuclear. Recuerde truco nazi guerra. Lápices incendiarios...».

—No, no era así —dijo al comprender que Kellerman entendía, al advertir el brillo en la inteligente mirada del anciano. Rápidamente, humedeció su mano y la pasó, borrando plano y letras. Luego, insistió en el plano, sin trazar letra alguna ya—. Ahora sí. ¿Ye, profesor? Ésta es nuestra situación exacta...

Kellerman asentía, pero con la mente muy lejos de allí. Sin duda, había captado la idea sugerida por el federal. Miraba, como hipnotizado, el lápiz metálico. Debía de estar recordando el ingenioso procedimiento de los alemanes durante la guerra, cuando sus saboteadores en los Estados Unidos empleaban lápices automáticos y plumas para portar reducidas cargas de alta potencia explosiva.

Ellery calculaba las posibilidades de éxito de aquel arriesgado plan. Para ello, lo primero era que Kellerman aceptase como buena su identidad y confiara en él. Después, que pudiera fabricar el arma nuclear y por último que le fuera posible negar su hallazgo durante el tiempo preciso para poner en acción la reducida carga que cabía en aquel lápiz. Suficiente, tratándose de energía nuclear, para abrir brecha en Punta Caimán...

* * *

Al llegar la noche, se les trasladó a otra celda más cómoda, en la que pudieron dormir sobre unos camastros de cuartel. La vigilancia no cesaba sobre ellos, eso era indudable. A veces, durante la noche, Mark despertaba, con la sensación de que unos ojos brillantes permanecían fijos en él, desde algún punto al otro lado de las paredes.

Las comidas que les pasaban eran malas y escasas. Sin duda, hasta que Kellerman no actuase, ése sería el sistema implantado por los opresores. Durante las horas de cautiverio, Kellerman explicó a Mark todo lo ocurrido desde el secuestro en su chalet de Miami. Cómo Acevedo llegó para advertirle, y fue muerto cuando le ayudaba a escapar. El intento de fuga resultó inútil, y le cogieron, narcotizándole hasta que llegó a Marino.

Se le informó del país adonde había sido trasladado, presentándole la disyuntiva de colaborar, entregando la preciada arma al Dictador rebelde, o sometiéndose a una condena mucho peor que la misma muerte ante un pelotón de fusilamiento.

Después, es cuando el propio Dictador le recibió, con aquel truculento disfraz que encubría su personalidad ante todos, y le puso en el dilema final. Kellerman confesó, esto destinado a sus escuchas, que estaba vacilando entre su deber y su apego a la vida. Mark fingió discutir con él, recordándole su importancia en aquella contienda. Pero Kellerman terminó diciendo que no quería morir, porque su hija quedaría sola en el mundo.

—¿Su hija? —Mark, fingiendo una gran ira, le informó—. Está ahora aquí, en Marino. Tal vez sea ella una de las víctimas de su arma, si usted se resuelve a fabricarla.

—¿Aquí? ¿Coleen aquí? —Realmente impresionado, Kellerman asió a Mark por los hombros—. ¿Es cierto eso? ¿No es una treta suya, para...?

Mark le cortó vivamente, por si la emoción le forzaba a decir algo imprudente:

—No, no es una treta mía. Haga lo que quiera, entregue esa arma a los rebeldes, desencadene usted una guerra mil veces peor que ninguna otra, y acaso mate a su propia hija.

—No, Ellery, usted no comprende... —Kellerman era evidente que se estaba serenando en su interior, aunque continuó la ficción, ahora más convincente.

Por ella lo hará... Porque estos canallas serían capaces de amenazarme con dañarla a ella. Sé que el único medio de evitarle a ella males peores, está en mí. Aceptaré la orden del Dictador. Fabricaré la Gamma Z-65...

Mark, fingiéndose desalentado, dejó caer su cabeza pesadamente. No insistió más.

Aquella tarde, tres soldados entraron en la celda, se llevaron consigo a Kellerman, y Mark Ellery quedó solo.

Estaba hecho lo único que se podía hacer. Ahora, Dios tenía la palabra. Que él ayudase a Kellerman en su proyecto, y todo saldría bien...

* * *

Transcurrieron los días, monótonos y lentos. Mark no volvió a ver a Kellerman. No supo nada de nada, en aquel encierro al cual sólo le llegaban los ruidos del mar estrellándose en los arrecifes de Punta Caimán, los chillidos de la fauna tropical en la selva, y el taconeo sordo de las patrullas militares a la hora del relevo dentro de los puestos de la fortaleza.

Mark, aun despojado de su reloj, podía calcular ya con cierta exactitud la hora de esos relevos, el primero de los cuales en la noche, lo situó entre nueve y diez, el segundo a las dos de la mañana, y el tercero a las seis o poco antes. Acaso le sirviera de algo, si todo iba bien. Pero ésa era la gran incógnita, la duda lacerante: ¿iban realmente bien las cosas?

Al sexto día de cautiverio, Mark Ellery se vio sorprendido con la entrada en la celda de un grupo de soldados armados. Les miró, sin moverse del lecho. Uno de ellos traía un pantalón blanco, zapatos y una camisa. Se los arrojó, ordenando secamente:

—Vístase, yanqui, y venga con nosotros. El Dictador quiere verle.

Mark sintió un escalofrío de emoción. ¡El Gran Dictador en persona! De modo que estaba allí ahora... Y aunque le obsequiara con una mascarada similar a la citada por Kellerman, no dejaba de tener su interés. Se enfrentaría con el jefe supremo de aquella revuelta, con el cerebro perverso que ambicionaba tanto...

Se vistió rápidamente, y fue conducido por largos corredores húmedos, de cuyos muros escapaban vaharadas de calor viscoso, a través de un amplio patio que le permitió ver la luz del sol por primera vez desde muchos días atrás, para finalmente descender una escalinata rezumante.

En el subsuelo de la fortaleza, se habían habilitado las estancias con el debido confort para el dirigente de la revuelta. Y estaba a salvo de posibles bombardeos por mar o aire, bajo la mole del castillo o plaza fuerte.

Una amplia puerta metálica, vigilada por dos soldados, se abrió al fin, mostrándole el interior de una sala de banderas, repleta de mapas de Marino y Estados vecinos. Banderitas de colores rojo o negro marcaban los avances de los rebeldes a través del suelo marinista. Un mapa en relieve cubría una amplia mesa rectangular. Y detrás de esa mesa, erguido con fría indiferencia, estaba el Gran Dictador...

La puerta se cerró a espaldas de Mark Ellery, que se vio enfrentado con un personaje y una situación que parecían arrancados a un melodrama o una novela folletinesca. Porque el Dictador, vestido con uniforme de mariscal, verde aceituna, gorra roja, con insignias en oro, y visera negra, bruñida, cubría su rostro con una máscara, consistente en un pañuelo oscuro, anudado a la nuca, que sólo permitía distinguir sus ojos, estrechos y brillantes.

Tenía las manos sobre los relieves del mapa, y éstas se hallaban enguantadas en piel. Estudió largamente a Mark Ellery, antes de hablar gravemente; con una extraña voz ronca, brusca y disonante:

—Buenas tardes, señor Ellery. Otra vez volvemos a encontrarnos...

—¿Nos hemos encontrado ya antes? —interrogó con suave ironía Mark.

—Sí. La primera de todas, en Miami, cuando libró usted a la señorita Kellerman de nuestras manos. Yo estaba en el estribo del coche, con un sombrero blanco, ¿no recuerda?

—Ahora sí. —Mark se esforzaba por identificar la voz. ¿Le era conocida o no? Hubiera jurado que no. Y sin embargo, sus sospechas...— Bien, ¿para qué me ha mandado llamar?

—Usted me interesa mucho, señor Ellery —dijo aquella voz anómala. Bajo el uniforme, hinchó el pecho ostensiblemente—. Mi propósito es albergar bajo mi bandera a los hombres que pueden ayudarme a alcanzar la cima que ambiciono. Primero Neiva, luego Kellerman, después usted...

—Yo no soy investigador atómico.

—Ya lo sé. Es agente federal. Del F. B. I, Un hombre inteligente, rápido, activo y dinámico, capaz de servir de mucho a una persona como yo... si está a mi lado.

—Pero no lo estoy.

—No, claro. Está al lado de su país, de Kellerman, que es mi prisionero, y de Robles, porque así se lo ordena su Departamento. Pero ya no está usted en Washington ni en Nueva York. Ni siquiera en Puerto Lágrimas, que mañana o pasado será nuestro, a pesar de la resistencia de los leales. Aquí es dueño de elegir bando, sin prejuicios. Elija el mío, el nuestro, y será rico, poderoso. Tendrá cuanto quiera, ¿comprende? Absolutamente todo lo que pida. Volverá a Puerto Lágrimas, como agente nuestro en este caso. Pero sin traiciones, porque tendrá que dar su palabra, y las vidas de los demás cautivos responderán de la suya propia.

—Una oferta interesante, que no me impresiona, sin embargo —sonrió Mark—. Creo que no aceptaré. Kellerman es débil y ha cedido. Neiva, acaso también. Pero yo no. A ellos les pueden amenazar con rehenes y represalias. A mí, no...

El Dictador le escuchaba en silencio. Mark, mientras hablaba, estaba procurando recordar la voz oída por radio aquella noche, en la cena del palacio de Robles. Y comprendió Jo que había de raro en la voz de aquel enmascarado: ¡no se parecía en nada al tono vibrante y metálico de la radio, ni al del teléfono de Nueva York!

Un receptor no podía variar tanto el sonido de una voz. Pero entonces, ¿por qué aquella diferencia entre ambas voces? El Dictador volvió a hablar. Su delgada figura se adelantó sobre la mesa, aplastando con sus manos enguantadas dos o tres banderitas de color.

—¿Ésa es su última palabra, Mark Ellery? —preguntó, rabioso.

—La última de todas —sonrió Mark—. A mí no me asusta todo este teatro grotesco, señor enmascarado. Es más, estoy seguro de saber quién es el Dictador. ¿No

se ha dado cuenta de que debajo de esa gorra tan bien encajada, escapan aún unos cabellos platinos?

Fue algo instintivo. El Dictador llevó la mano a su cabello. Pero no asomaba ni uno solo bajo la gorra. Irritado, captó la sonrisa triunfal de Mark Ellery. Y rabiosamente, se arrancó la gorra, dejando caer sobre los hombros de la guerrera una cascada de cabellos plateados. Arrancó el pañuelo, exhibiendo un rostro hermoso, cruel y bronceado, de claros ojos femeninos. De nuevo el pecho, bajo la guerrera, se abombó, pero con turgencias muy lejanas de un torso varonil.

—¡Maldito estúpido! —rugió, ya sin disfrazar la voz pastosa, femenina—. ¡Con esto se ha condenado a muerte usted mismo! ¡Nadie puede ver cara a cara al Gran Dictador, y seguir viviendo!

—No me haga reír, señorita —se mofó Mark—. ¿De veras va a hacerme creer que es usted el Gran Dictador? Si acaso, un comparsa, una contrafigura bastante desastrosa... A Kellerman pudo engañarle, pero a mí...

—Es usted muy listo, ¿eh? ¿Ni siquiera esperaba que fuese Alma Neiva? —preguntó.

—Claro que no. Es bien cierto que sospeché siempre de Alma Neiva. Pero la actitud de la muchacha era demasiado clara para ser culpable. No, tenía que ser otra mujer la que ocupaba su puesto en Florida, en Nueva York, en Lisboa... Una mujer con cabellos plateados, ropas color frambuesa y uñas laqueadas de plata, se hace notar lo suficiente para que nadie piense, si no ha visto a las dos, que no pueda ser aquélla a quien todos conocen. Y por eso Alma Neiva era la sospechosa número uno... hasta que la vi tomar un simple balandro, arriesgándose tontamente en un viaje sin protección posible. Y hasta que supe que los amigos de Alma eran todos leales, y ella tenía fama de ser leal. Leal a Robles y a Marino, excepto para una persona. ¿Usted me comprende ya, no es cierto, señorita? ¿O tal vez la debo decir señora?

—Señora está mejor —la «sosias» de Alma Neiva, que sólo se parecía a ésta en el color de los cabellos, en la sinuosidad de la figura, que el uniforme no bastaba a ocultar, y acaso en las ocultas uñas de sus manos enguantadas, sonrió por fin con calma—. Soy la esposa del Gran Dictador. ¿O no necesito decirle eso tampoco?

—No hacía mucha falta. Lo imaginó en cuanto ató cabos. ¿Cuál es su nombre, señora? Al de soltera me refiero, claro está. El de su marido ya lo conozco.

—Usted no me ha oído nombrar jamás. Mi nombre es Sonia, y nací aquí, en Marino. He viajado por el mundo entero, he aprendido mucho de otros países. Sé que mi marido puede llegar a ser, con su inteligencia, un hombre grande en el mundo de hoy. Un gobernante genial, un ambicioso líder, capaz de regir los destinos de muchos pueblos, llevándolos a la gloria. Y la gloria sólo se alcanza en nuestra época con la destrucción, la violencia y la fuerza. Al débil, se lo comen los demás. No se puede ser débil ni pacifista. Hay que luchar, arrollar, hundir al mundo en sangre, si hace falta, para liberarlo de su ceguera y su esclavitud de hoy...

Hablaba fanática, exaltada, con ojos llameantes, fijos en el vacío. Evidentemente,

creía y defendía apasionadamente todas aquellas atrocidades que decía. Mark, pensativo, la estudiaba sin despegar los labios. Aquella mujer era el alma del Dictador, su guía y su impulso vital. El día en que él fuera todo aquello que ella soñaba, si es que llegaba a serlo alguna vez, sería Sonia quien dictase las leyes del Gran Dictador.

—Todo eso es imposible —la atajó de pronto, con rudeza—. Sueños absurdos, de locos, que la realidad se encargará de disipar. No lograrán ni vencer siquiera en Marino. No se le puede aplastar al mundo con ideas así. No se puede resquebrajar la fe, la convicción en los propios sentimientos y en la propia libertad humana. Se triunfa de momento, para hundirse luego. Porque las gentes quieren paz, vida noble y digna, amor y caridad. Todo lo que Dios puede darles. No lo que les prometa un loco ególatra y cruel como su marido, o lo que sueñe una demente maniática y sanguinaria, por bella que sea, como usted.

Los ojos femeninos, metálicos y fulgurantes, se clavaron en Mark con odio incontenible. Estuvo a punto de extraer su automática de la funda y dispararle, terminando allí con su vida. Pero se dominó, sonrió con crueldad, y dijo al fin:

—Bien, usted lo ha querido, Ellery. No estará con nosotros el gran día. Estará bajo el peso de nuestras botas y de la tierra. Mi marido llegará hoy o mañana, para hacerse cargo de la fórmula del profesor Kellerman y destruir Puerto Lágrimas de una sola vez. Pero usted no llegará a vivir ni siquiera ese acontecimiento. Le dejo a él la decisión de elegir su muerte.

Golpeó un timbre, Entraron los soldados de nuevo, mientras ella se encasquetaba otra vez la gorra. Mark Ellery salió con ellos, de regreso a la celda. Se le arrojó dentro, como a un perro, y salieron, dejándole solo.

Mark tuvo algunas horas para poner en orden sus confusas ideas. Ahora tenía en las manos todos los hilos de la trama. Pero era igual, porque no tenía a quien comunicárselo.

Por la noche, la puerta volvió a abrirse. Herb Kellerman entró, tratado aún peor que Mark. Su cuerpo rodó por tierra, hasta caer de bruces junto al federal. Éste le ayudó a ponerse en pie, y procedió a tenderle en el lecho. El desdichado sabio gemía de dolor.

—Me han golpeado —gimió—. Brutalmente, sin piedad. Cuando supieron que carecía de medios para fabricar el arma, y ellos no los tenían disponibles, se enfurecieron. Creo que me fusilarán con usted, o me harán padecer torturas peores que la misma muerte, si no consigo el Gamma Z-65.

—Pero Kellerman, ¿es cierto que no puede obtener la fórmula? —se excitó el federal.

—Completamente cierto, amigo mío. Lo he intentado todo, pero faltan materiales precisos —al tiempo que hablaba, extraía su lápiz automático y una estilográfica prendida junto a él. Depositó ambas cosas sobre la cama, mirando significativamente a Ellery. Luego, dijo con acento suave—: Tal vez sea mejor así. Una simple porción

de mi fórmula, bastaría para volar entera esta fortaleza y cuanto hay dentro, desintegrándolo hasta el último de sus átomos.

—Entonces, para hacer volar un trozo de pared, poca cantidad haría falta, ¿no?

—Casi nada, aunque resultaría peligrosísimo, de haber contado con ello, porque la radioactividad se produce aun utilizando ínfimas cantidades de fuerza nuclear.

Mark asintió en silencio. Estaba mirando el lápiz y la pluma, comprendiendo la muda indicación del profesor. Era indudable que, siguiendo el sistema nazi durante la guerra, el contacto de algunas partes del lápiz, unido a otras de la pluma, formarían un mecanismo retardado, en este caso de explosión nuclear, cuya intensidad graduarían, aun corriendo gravísimos riesgos de quemaduras radioactivas. Pero era mejor aquello que morir estúpidamente.

La pluma y el lápiz... Dos cilindros de metal, aparentemente inocentes. Pero ahora eran algo más que eso. Porque Kellerman había llevado a cabo su fórmula, en una reducida cantidad, en los laboratorios del Dictador. Y allí, en aquellos dos cuerpos cilíndricos, estaba la materia pavorosa, la fuerza más terrible desencadenada por la Humanidad, para defender con ella la paz del mundo, por curiosa paradoja.

Gamma Z-615... Era la última carta a jugar en aquella trágica partida.

CAPÍTULO X

EL GRAN DICTADOR

La columna militar se detuvo en mitad de la jungla. El comandante Santacruz y el teniente Oviedo se miraron con cierta indecisión. Aquél era territorio enemigo, Punta Caimán estaba cerca ya, y las órdenes de Robles, al recibir el mensaje de aquel piloto de una motora, habían sido tajantes:

—Alcancen Punta Caimán, destruyan esa fortaleza si es preciso, con todo cuanto haya dentro. No me importa que mueran Kellerman, Neiva, su hija y el propio Ellery. En realidad, ellos desearán mejor ese fin que ser instrumentos en manos del Dictador. Con esa idea envían su mensaje. Si pueden, rescátenlos. Si no... ya saben lo que hay que hacer.

Rescatarlos era una idea utópica, y ambos lo sabían muy bien. Pero siempre quedaba el último recurso. Ordenaron un alto, y los soldados se dispersaron, formando una línea emboscada entre la alta maleza. Cerca de ellos, el mar susurraba en la arena de la playa.

Detrás de la avanzada militar, a no mucha distancia, los ramajes se agitaron levemente. Dos rostros asomaron entre ellos, escrutando las posiciones.

—Han hecho un alto —dijo uno de los dos observadores. Estarán midiendo sus posibilidades para atacar la fortaleza.

—¿Cree usted que la atacarán? —inquirió el otro.

—No lo sé. Acaso se resuelvan a destruirla, con todos sus ocupantes.

—¡Dios mío! —El sollozo del otro fue puramente femenino, en contradicción con sus ropas—. No pueden hacer eso. Papá... papá está dentro...

—Sí, señorita Kellerman —dijo gravemente Stuart Moore, el aviador—. Y también Ellery. La guerra es cruel a veces. Muy cruel... Y esta sobre todo. Estamos asistiendo al nacimiento de un tirano ambicioso y enloquecido. Si triunfa en Marino, será sólo el primer escalón hacia un triunfo mayor, absoluto, que le lleve a tierras extrañas, en plan de conquista. En ciertos momentos, se hace preciso extirpar el mal de raíz, aunque ello cueste la vida del enfermo. Pero así no llega el contagio, ¿entiende?

—¿Quién es usted, que habla así? —preguntó, sorprendida, Coleen, mirando al piloto.

—Ya lo sabe usted: un aviador poco escrupuloso, que se metió en este lío por dinero.

—Pero ahora no viene usted conmigo por dinero. No podría pagarle su ayuda.

—Bueno, uno tiene también su lado romántico —sonrió Moore, sin añadir más.

Siguieron contemplando la columna. Parecían resueltos a acampar allí. Pero la intención de la expedición militar estaba clara: el teniente o Santacruz saldrían en avanzadilla, con la mitad de la fuerza, para tratar de llegar a la fortaleza, mientras los demás aguardaban allí el resultado de la maniobra.

—¿Y nosotros? ¿Qué haremos? —interrogó Coleen, preocupada.

—¿Y aun lo pregunta? —Moore la miró, calculador—. Seguir a la avanzadilla. Tenemos que llegar a esa fortaleza como sea...

Entretanto, en el campamento, el comandante Santacruz, al mando de la fuerza, cambiaba impresiones con el teniente Marcos Oviedo.

—Usted se aproximará a Punta Caimán con los hombres. Todos llevan bombas de mano, llévense los morteros y el «bazooka» y busquen el punto vulnerable, el claro para atacar. Entonces, cuando todo esté dispuesto, usted lance una bengala roja. Será la señal para mí.

—¿Y usted nos apoyará en el ataque? —preguntó el joven, con evidente desconfianza.

—Naturalmente —replicó con aspereza el comandante—. ¿Cree que voy a dejarles en la estacada?

—Todo sería posible —fue la agria réplica de Marcos—. Me he acostumbrado a no fiarme de nadie, comandante. Cualquiera de nosotros puede ser traidor a Robles... y a sus aliados.

—Acabará usted por acusarme de ser el Gran Dictador, a ese paso —masculló Santacruz.

—No deja de ser una posibilidad —sonrió, divertido, Marcos Oviedo, alejándose del claro. Santacruz le miró, con ira y resentimiento. Musitó entre dientes:

—¡Maldito estúpido! A veces es malo pasarse de listo...

* * *

—Ya está dispuesto el explosivo, Mark. Apartémonos. Cuando haga explosión, parte de ese muro saltará por los aires. Y la radioactividad será muy reducida pero peligrosa. Hemos de pasar rápidamente... y buscar la celda donde esté Neiva, para librarle. No podemos irnos de aquí sin él.

—Claro que no. Haremos todo lo humanamente posible, antes de volar todo esto por los aires —musitó Mark, alzando muy ligeramente la voz, para no ser oído fácilmente—. Allá va, profesor Kellerman...

Se retiraron al muro opuesto. El delicado e ingenioso mecanismo dispuesto por Kellerman con el dispositivo de un solo fragmento de su lápiz, hizo explosión.

La microscópica reacción atómica provocó un alud impresionante de polvo, el derrumbamiento y desintegración del muro casi en su totalidad, unido a un fulgor incandescente y cegador, que llenó el largo corredor de la fortaleza situado al lado opuesto. Dos hombres, situados de guardia junto al calabozo de los dos prisioneros,

rodaron por tierra, abrasados por gravísimas quemaduras radioactivas. Mark Ellery, aun asombrado, no perdió tiempo. Arrastrando consigo al sabio, saltó al exterior, desafiando a la nube de radioactividad, cuyo margen de riesgo no era muy grande. Hasta entonces, jamás la energía atómica pudo ser dosificada hasta el punto en que lo podía ser la Gamma Z-65 de Kellerman.

Corrieron por el pasillo, después de inclinarse a tomar las armas de los soldados caídos en tierra. Kellerman dijo roncamente.

—Mark, ya he dejado la pluma con su carga fuerte de Gamma Z-65, en el calabozo. Dentro de media hora, todo esto volará por los aires, desintegrado.

—Dios quiera que para entonces hayamos conseguido nuestro propósito —pidió Mark fervorosamente, sin dejar de correr. Varios soldados aparecieron, al final del pasillo. El federal y Kellerman abrieron fuego, poniéndolos rápidamente en fuga, no sin dejar en tierra tres cuerpos inertes.

Si Neiva estaba en algún lugar de la fortaleza, no podía ser lejos de allí. Mark gritó:

—¡Neiva! ¡Neiva, responde! ¡Somos amigos!

Costó repetir varias veces el nombre. Partieron disparos del final del corredor. Mark volvió a disparar. Luego, una débil voz sonó muy cerca, ahogada por unos muros. Ellery se volvió, presuroso, al sabio.

—¿Cuántas cargas lleva encima aún, Kellerman? —inquirió roncamente.

—Dos. Ambas muy pequeñas, como la utilizada para abrir el muro. Pero eficaces...

—Ya lo vi. Pronto, arroje una contra esos soldados. Provocará el pánico que necesitamos para liberar a Neiva.

Kellerman obedeció. De su mano escapó una reducida porción de pluma, su capuchón, repleto de energía atómica y del dispositivo microscópico destinado a hacerla estallar.

Cuando se alzó el fulgor deslumbrante al final del pasillo, el suelo y las paredes de éste saltaron como disueltos por un ciclón. Parecieron fragmentos arenosos, disolviéndose en el aire, convirtiéndose en humo y polvo. Alaridos terribles, carreras, un ramalazo de horror casi tangible, llegó a los dos fugitivos desesperados. Y también, de nuevo, los gritos de alarma, procedentes de un calabozo cercano.

Mark señaló una puerta metálica, con cerradura maciza a prueba de esfuerzos. De allí procedían las llamadas. Kellerman preparó su última carga de Gamma Z-65, pero Mark le frenó.

—Aún no, profesor —dijo, excitado—. Conviene utilizarla para salir de aquí. Recuerde que hay que abrirse paso, o pereceremos, haciendo inútil todo este sacrificio actual. Déjeme probar antes con procedimientos más vulgares. No creo que la cerradura sea tan invulnerable como todo eso...

Pegó el largo cañón negro de la pistola al ojo de la cerradura, gritó un aviso a los de dentro, y apretó el gatillo hasta tres veces, mientras Kellerman vigilaba la

polvareda radioactiva que sumía el corredor en sombras, sin rastro de ser humano viviente.

Al segundo impacto de plomo candente, saltó la cerradura. Al tercero, colgó ésta, inútil por completo. Mark, de un tremendo patadón, terminó de abrir, la sólida puerta metálica.

—¡Dios sea loado! —exclamó dentro una voz, en puro español—. ¡Salvados al fin!

Mark sonrió, viendo aparecer un rostro pálido, noble e inteligente, bajo la sombra blanca de las canas. Allí estaba Carlos Neiva, el segundo sabio nuclear secuestrado por el Gran Dictador. Y detrás de él...

—¡Alma! —exclamó Mark, mirando largamente a la joven de melena platino que aparecía tras el prisionero.

—¿Sigues sospechando aún de mí, señor Ellery? —preguntó ella, sarcástica.

—No sabía que hubiese caído prisionera también —dijo el federal—. Aunque debí imaginarlo... Pero no hay tiempo de hablar, señores. Vamos, el tiempo urge. Hay que salir de aquí.

—Nos ha sacado del calabozo —admitió Neiva—. ¿Pero cree que podrá abrirse paso hasta el exterior?

—La Gamma Z-65 nos abrirá ese camino, como abrió otros. Y a toda prisa, porque dentro de veinte minutos, todo esto no será más que una nube radioactiva con millones de protones, neutrones y electrones disueltos en su atmósfera.

—¡Cielos! Pues hay que correr —dijo Neiva, muy pálido, comprendiendo la gravedad de la situación.

Y corrieron los cuatro, hacia la cercana salida. Todavía les quedaba por jugar la última carta, y si la suerte seguía ayudándoles, la libertad estaba cercana.

Cuando el dispositivo de relojería con la carga nuclear hiciese volar por los aires, convertida en polvo, aquella fortaleza siniestra, marcaría su triunfo... o su fracaso definitivo.

* * *

Él cielo pareció estallar en fragmentos. Sobre las rocas de Punta Caimán, se formó una espesa nube negra y blanca, un fulgor vivísimo hirió los ojos de los soldados y de Marcos Oviedo que estremecido de horror, retrocedió ante el cataclismo.

La noche se trocó por unos momentos en día claro, para extinguirse el cegador destello de luz termonuclear en un instante. A nadie se le ocurrió pensar en una voladura normal. La idea de la energía atómica en libertad llegó a todos con la misma penetrante agudeza. Se dispersaron, asustados e impresionados, por la jungla. Grandes masas de roca viva parecían disgregarse como arena movediza, deslizándose pendiente abajo, formando remolinos y cataratas de espuma en las aguas del cabo.

Los riscos, al pie de la fortaleza gris, se disolvieron, hundiéndose en el mar... De la fortaleza, no quedó nada. Nada en absoluto.

Los soldados miraron a Marcos Oviedo. Éste parecía haber enloquecido. De sus labios, muy abiertos, brotó un grito ronco, inarticulado, que hendió la noche, tras el rastro sonoro, ensordecedor de la explosión atómica, como un alarido animal:

—¡Sonia!... ¡Sonia!

—Sonia ha muerto, teniente Marcos Oviedo —dijo de pronto una voz ante él. Los ojos desencajados del teniente miraron a los macizos de selva, que volvían paulatinamente a su quietud y negrura, tras el estallido de la fuerza nuclear desencadenada por el hombre.

—¡Ellery! —rugió Oviedo—. ¡Ellery, ha sido usted..., usted el que la ha matado!

—Sí, Oviedo, he sido yo. Mejor diga que yo fui el instrumento, el que puso la energía en funcionamiento. Pero antes hizo falta que otro hombre, el prisionero de Sonia Oviedo, realizase su fórmula destructora, que Dios nos ayudase a limpiar de podredumbre esa cumbre rocosa, y que usted, teniente, provocase con su criminal ambición todo este caos.

—Ellery... ¿es que me acusa a mí de...? —Oviedo se estaba serenando, pero algo tarde. Sus hombres, atónitos e incrédulos, estaban viendo aparecer, tras la figura pálida y erguida de Mark Ellery, a Herb Kellerman, a Carlos Neiva, el investigador, a su hija Alma, rubia y extenuada, todos mirando fijamente a Marcos Oviedo, con la más terrible e inesperada de las acusaciones en sus ojos llameantes de cólera y de sed justiciera.

—Sí, Oviedo, le acuso a usted de ser el Gran Dictador. El hombre que ha creado un nuevo movimiento rebelde en Marino, encaminado a apropiarse de su país, ese país al que usted tanto parecía amar, ese país que sólo era en sus manos ávidas y colosales un instrumento insignificante, con el cual alzarse como un nuevo tirano, como un Alejandro, un César o un Napoleón, a la conquista del mundo entero... ¡Usted, Marcos Oviedo, el marido de Sonia, que halló la muerte en su siniestra fortaleza de Punta Caimán!

Oviedo parecía vencido. Pero su mano voló al revólver que lucía en la cintura. Le espumeaban los labios, tenía la mirada juvenil y ardiente, convertida en la desquiciada y cruel de un loco.

Mark Ellery dirigió su propia mano al cinto, donde lucía el arma arrebatada a uno de los soldados de la fortaleza. Pero no llegó a tiempo. En la noche, sonó un disparo. Uno solo, certero, preciso.

Alcanzado en la espalda, Marcos Oviedo se tambaleó, osciló lentamente, volviendo poco a poco la cabeza hacia atrás. Su mirada se encontró con la fría expresión del comandante Santacruz, en cuya mano humeaba una automática recién disparada.

Oviedo balbució algo entre dientes, se estremeció y terminó por rodar de bruces, sin tiempo de apretar el gatillo de su arma. Se quedó con el rostro hundido en la

hierba alta y espesa de la jungla.

—Muy oportuno, comandante —dijo Mark, mirando al oficial—. Me ha evitado terminar con un canalla de la peor especie.

—Siempre sospeché de él —dijo Santacruz, torvamente—. Su fidelidad al presidente era demasiado ardiente para ser clara y sincera. Pero no pude imaginar que fuese él el Dictador. Carecía de genio militar para eso, aunque no de audacia, eso es cierto.

Mark Ellery asintió gravemente. Los soldados leales al Gobierno de Marino, formaban un cerco en torno a ellos. Parecía una escena de pesadilla, con el fondo barrido de la punta rocosa adentrada al mar.

Carlos Neiva y su hija se inclinaron sobre el muerto. La joven de cabello platino, musitó entre dientes:

—Nunca lo hubiera creído. Era un buen muchacho... o al menos lo parecía. Y nunca supe que estuviera casado con Sonia Santacruz...

—¿Qué? —Mark Ellery se volvió hacia ella en redondo. Luego, levantó los ojos hacia el comandante. Vivísimamente, se lanzó en una zambullida fantástica sobre Alma Neiva, derribándola por tierra. La segunda bala de la automática del comandante Santacruz pasó silbando rabiosamente sobre la melena de la joven, que era una llamarada de plata viviente.

Al mismo tiempo, Mark alzó la pistola hacia el comandante, y apretó el gatillo sin esperar una sola fracción de segundo. El militar fue alcanzado en el pecho por la bala de Ellery. La sangre formó una roja condecoración sobre la guerrera. Sin embargo, no frenó del todo su impulso, y disparó sobre Mark. Éste sintió la mordedura del plomo en su hombro derecho. El dolor le hizo soltar el arma, y se estremeció, al ver la furia asesina en los ojos centelleantes de Santacruz.

De nuevo llegó el disparo salvador de las sombras en torno. En realidad, soldados y amigos de Mark estaban demasiado asombrados para tomar decisión alguna, aunque era evidente para todos que la actitud del comandante distaba mucho de ser natural.

Pero rasgó una llamarada la oscuridad de la noche, a espaldas de Santacruz, y un proyectil del 45 se metió entre las costillas del militar, lanzándole adelante con la fuerza de su impacto.

Aquella vez no pudo revolverse contra la muerte que le llegaba tan inesperadamente. Santacruz rodó de bruces, muy cerca de su enemigo de siempre, el teniente Oviedo, y se quedó inmóvil, a los pies de Ellery, que alzaba la mirada hacia el lugar de donde partió el disparo salvador.

Aparecieron dos sombras vacilantes, aunque erguidas y tranquilas. Lanzó una interjección al reconocerlos:

—¡Stuart Moore... y Goleen Kellerman! —exclamó, atónito, el federal.

Ya Alma Neiva se acercaba a él, para atender su herida del brazo, mientras Carlos Neiva y Kellerman se volvían hacia los recién llegados. Coleen, sollozando, se lanzó

en brazos de su padre, cubriéndole de besos emocionados.

Un joven oficial se despegó de las tropas, mirando ora a Oviedo, ora a Santacruz. Luego alzó los ojos hasta Mark Ellery.

—Señor, sabemos que es usted un agente especial norteamericano venido a Marino para salvarnos de la rebelión. Y lo ha demostrado, volando Punta Caimán. Pero hay algo que aún no entiendo, y es el papel que jugaban el teniente y el comandante en esto. Eran enemigos y rivales, siempre lo fueron. ¿Por qué los dos...?

—Muy sencillo, capitán —informó Mark, sonriéndole a Alma, para disimular el dolor que la joven de los cabellos platinos le producía en el brazo al vendárselo fuertemente con una tira de su camisa—. Ambos eran, en realidad, el Gran Dictador. Creímos siempre que ese dictador era un hombre solo, porque así le interesaba creerlo. Pero lo formaban tres personas: el comandante Santacruz, aparente enemigo mortal de Oviedo, el propio Oviedo y la hija de Santacruz, esposa en secreto de Oviedo, Sonia. La mentalidad de un buen militar, la de un muchacho listo y ambicioso y la de una mujer diabólicamente astuta y despiadada. Una trilogía siniestra... y peligrosísima, enmascarada por una sola identidad: el Gran Dictador. Fingido era el Odio entre ellos, fingiendo el supuesto fusilamiento de que iban a hacer objeto a Oviedo cuando cayó prisionero, sólo para encontrarse conmigo y que yo viera que era un hombre fuera de toda sospecha. En realidad, por eso no nos fusilaron a Moore ni a mí. Y Santacruz tenía dispuesto, por su parte, llegar a tiempo para ayudarnos a salir con bien. La idea de recaer sospechas sobre Alma Neiva, dando su nombre en el extranjero, inclusive, y presentándola como traidora a Robles, era también eficaz para desviar de ellos toda sospecha. Sabía que tenía que haber alguien más detrás de Oviedo y de Sonia. Llegué a pensar en usted, doctor Neiva, por mi dichoso prejuicio contra su hija. Luego, no sabía en quién pensar... hasta que usted mencionó a Santacruz como padre de Sonia. Entonces vi claro, Alma.

—Celebro que ya no dude de mí —sonrió Alma dulcemente—. Me fue usted muy simpático y sin embargo... desde un principio, se metió conmigo, forzándome a partir en busca de mi padre. Quería salvarlo a toda costa, sobre todo después de saber que habían sido capaces de matar a mi marido... Temía por él. Pero no logró otra cosa que caer prisionera, como usted.

—Bien, señores, entonces creo que es la hora de volver a Puerto Lágrimas —dijo el capitán, dando órdenes de partir a sus soldados.

—Aún me queda algo por resolver. —Mark Ellery miró de hito en hito a Stuart Moore—. ¿Quiere decirme por qué diablos se ha metido también en esta aventura de ahora, cuando podía estar bien tranquilo en Puerto Lágrimas?

—Le podría dar muchas excusas —sonrió el aviador—. Pero no quiero engañarle más tiempo, compañero. Le debo unos miles de dólares. Recuérdemelo para entregárselos cuando lleguemos a Puerto Lágrimas.

—Guárdelos. Se los ha ganado, amigo.

—No, no. A fin de cuentas, igual hubiera seguido con usted. No tenía otro

remedio, ¿no comprende?

—No, no comprendo...

—Vamos, vamos, Mark. Pertenece al mismo Departamento de Washington, y tenemos que andar jugando al escondite. Menos mal que ya se ha terminado todo este enredo. Soy Stuart L. Moore, agente especial del F. B. I., y reo que de tu misma promoción.

—¡Cielos! —Mark se quedó atónito—. Esto sí que no lo hubiera sospechado nunca...

CAPÍTULO XI

MISIÓN CUMPLIDA

El avión estaba dispuesto a partir. Posado sobre las aguas de Puerto Lágrimas, mientras banderas blancas y nacionales celebraban la llegada de la paz a Marino, el hidro aguardaba a sus viajeros con destino a los Estados Unidos.

El propio Héctor Robles, en uniforme de gala, estrechó las manos de Mark Ellery, Stuart Moore y Herb Kellerman y su hija. Eran los viajeros que partían con dirección al norte. La misión estaba cumplida.

—Nunca olvidaré lo que han hecho por nuestro país, señor Ellery —dijo emocionado el Presidente—. Ahora comprendo muchas cosas que antes no entendía. Imaginar que dos de mis mejores hombres eran precisamente los dirigentes de la revolución...

—Siempre sucedo lo mismo, señor. Aquéllos en quienes más confiamos, se convierten un día en el áspid que nos muerde la mano. De todos modos, llevaban bien su farsa. Eran inteligentes, ambiciosos y llenos de crueldad. Hubieran llegado adonde hubiesen querido, de no ser...

—De no ser por usted.

—No, no. Yo me limité a recuperar al hombre a quien teníamos que salvar. Lo demás, lo hizo su invento, el Gamma Z-65, que ha demostrado cumplidamente sus méritos. Y por lo menos, ha sido un ingenio bélico con un noble fin: devolver la paz a una tierra que no deseaba la guerra.

—Hay cosas que aun no he comprendido. ¿Cómo pudieron fingir que Sonia, la hija de Santacruz, había muerto?

—Simular un accidente es fácil. Sonia salió del país, recorrió Europa, con diversos nombres y nacionalidades, buscando gentes útiles a sus planes: traficantes de armas, inventores y agentes de espionaje capaces de venderse al mejor postor. Todo ello formaba parte del plan. Y también culpar a Acevedo y a su mujer. Pero Acevedo sospechó algo, y escapó a tiempo del peligro, dedicándose a seguir los pasos de la mujer que se había convertido en una «doble» casi exacta de su esposa. Quería averiguar su juego, pero luego cometió errores. No supo ser tan listo y agudo como sus enemigos, y cometió un vulgar atentado contra Schneider, el último aliado de la falsa Alma Neiva. Al mismo tiempo, por el fallo de algunos de los agentes buscados por Sonia, supo lo que se preparaba contra Kellerman y quiso anticiparse. Lo logró, porque ellos estaban muy ocupados secuestrando a Neiva entre el aeropuerto y la ciudad de Miami. Su chofer marinista cometió el error de sentir pánico y no dar parte a las autoridades. Eso nos hubiera ayudado.

»Kellerman no se fió del todo de aquel hombre moreno y asustado, y por eso se demoró en la fuga lo suficiente para que llegaran Sonia, Oviedo (el hombre del “panamá” blanco), y su gente, los cuales mataron a Acevedo, que era ya demasiado peligroso, secuestrando luego a Kellerman.

—Eso lo explica casi todo —sonrió Coleen, a su lado—. ¡Y pensar que yo viajé junto al profesor Neiva, sin imaginar que el Destino iba a mezclarnos luego en esta tragedia...!

—A mí sólo me falló lo más importante —miró a Moore—. Usted, Stuart. Llegué a sospechar si usted sería el Dictador. Casi resulta cómico pensarlo, ahora que todo se descubrió.

—¿Y no dudó también de mí? —rió Robles.

—También —dijo asombrosamente Mark—. ¿Por qué no? Podía haber ideado una doble personalidad, para buscarse un mayor dominio de su Estado, y justificar un futuro afán de dominio en otros países. No se podía excluir a nadie. Además, aquella noche, en la cena, advertí que la voz escuchada por la radio, podía ser la de Oviedo, disfrazada por un sistema de ecos y sonoridades metálicas. Eso explicaba su raro tono acerado y deforme.

—He transmitido un informe completo a su Gobierno, señor Ellery —dijo Robles, sonriente—. Ya le aguardan los módicos para su brazo... y para sacarle todo rastro radioactivo del cuerpo. Espero que le feliciten allí por su éxito.

—No creo que lo hagan. Nuestro deber es triunfar. El que no lo hace así en una misión, es porque muere en el cumplimiento de ella. Estamos obligados a tres cosas, por nuestro propio lema: «Fidelidad, Bravura e Integridad». El que no sepa cumplir los tres deberes, no es digno agente del F. B. I. Pero de todos modos, gracias por sus elogios, señor.

Le saludó militarmente y partió hacia el avión. En el camino de la bahía, se encontró con unos ojos claros, brillantes como el día mismo del trópico elegido para partir de Marino. Sobre ellos, una melena rubia platino ondeaba al aire tibio del Caribe.

—Adiós, Mark —dijo Alma Neiva—. Espero que algún día vuelva por aquí...

—Volveré, Alma, volveré. Y no por Marino... Hay cosas mucho más bellas en el trópico.

—Piense que si no vuelve pronto, me tendrá a mí en Washington...

—¿Lo dice en serio? —estalló Mark.

—Por completo —sonrió ella—. Su amigo, me ha hablado de usted. Parece estar resentido con las mujeres rubias. Entonces comprendí sus sospechas respecto a mí, y su duro modo de tratarme. Le aseguro que si es así, no tengo escapatoria posible... porque soy rubia natural. Así que, según su modo de pensar, tengo que ser forzosamente perversa.

—Pero ha dicho que está dispuesta a ir a Washington...

—Sí —ella sonrió el desvío de la conversación de él—. Eso he dicho... y lo haré.

—Entonces, ¿a qué perder el tiempo? Es usted libre, y yo también. Tenemos un avión esperando, y no creo que por uno más, el lastre lo hunda en el océano.

—Mark... —Alma le miró intensamente, asombrada de su sinceridad y llaneza—. ¿Lo dice de veras?

—¿Usted qué cree?

Alma no contestó. Sin saber cómo se encontró en sus brazos. Y sin saber cómo, también sus labios se encontraron a mitad de camino. Sin que ni uno ni otro hiciera acción alguna de apartarse.

Kellerman y Neiva se miraron con inteligencia. El científico norteamericano dirigió una ojeada de soslayo a Coleen y Stuart, sentados muy juntos en el compartimiento posterior del avión. Luego, guiñó un ojo a su colega centroamericano.

—Creo que tendremos que irnos haciendo a la idea de perder a nuestras hijas —dijo gravemente—. Estos muchachos del F. B. I, son algo terrible.

Entretanto, Mark Ellery, entre los brazos de Alma Neiva, empezaba a perder todos sus prejuicios sobre las mujeres rubias.

FIN



Juan Gallardo Muñoz, nacido en Barcelona en 1929 y fallecido el 5 de febrero de 2013, pasó su niñez en Zamora y posteriormente vivió durante bastantes años en Madrid, aunque en la actualidad reside en su ciudad natal.

Sus primeros pasos literarios fueron colaboraciones periodísticas —críticas y entrevistas cinematográficas—, en la década de los cuarenta, en el diario Imperio, de Zamora, y en las revistas barcelonesas Junior Films y Cinema, lo que le permitió mantener correspondencia con personajes de la talla de Walt Disney, Betty Grable y Judy Garland y entrevistar a actores como Jorge Negrete, Cantinflas, Tyrone Power, George Sanders, José Iturbi o María Félix. Su entrada en el entonces pujante mundo de los bolsilibros fue a consecuencia de una sugerencia del actor George Sanders, que le animó a publicar su primera novela policíaca, titulada *La muerte elige*, y a partir de entonces ya no paró, hasta superar la respetable cifra de dos mil volúmenes. Como solía ser habitual, Gallardo no tardó en convertirse en un auténtico todoterreno, abarcando prácticamente todas las vertientes de los bolsilibros —terror, ciencia-ficción, policíaco y, con diferencia los más numerosos, del oeste—, llegando a escribir una media de seis o siete al mes, por lo general firmadas con un buen surtido de seudónimos:

Addison Starr | | Curtis Garland (y también, Garland Curtis) | | Dan Kirby | | Don Harris | | Donald Curtis | | Elliot Turner | | Frank Logan | | Glenn Forrester | | John Garland (a veces, J.; a veces, Johnny) | | Jason Monroe | | Javier De Juan | | Jean Galart | | Juan Gallardo (a veces, J. Gallardo) | | Juan Viñas, | | Kent Davis | | Lester Maddox | | Mark Savage | | Martha Cendy | | Terry Asens (para el mercado

latinoamericano, y en homenaje a su esposa Teresa Asensio Sánchez) | | Walt Sheridan.

Fuera ya de los bolsilibros también abordó otros géneros diferentes, tales como libros de divulgación sobre diversos temas —brujería, música, póker—, cuentos infantiles u obras de teatro, e incluso fue guionista de cuatro películas: *No dispaes contra mí* (José María Nunes, 1961); *Nuestro agente en Casablanca* (Tulio Demichelli, 1966) exhibida, además de en nuestro país, en Italia y en Estados Unidos; *Sexy Cat* (Julio Pérez Taberner, 1973) y *El pez de los ojos de oro* (Pedro L. Ramírez, 1974).

Durante muchos años publicó libros en todas las editoriales de literatura popular desde mediados de los años 50 hasta principios de los años 80, en la que desapareció la editorial Bruguera. Esto no quiere decir que Juan Gallardo haya dejado de escribir ya que, a diferencia de otros antiguos compañeros suyos, ha mantenido hasta hoy una envidiable actividad creativa aunque, lógicamente, enfocada ya hacia otros géneros. En la base de datos del ISBN aparecen registradas novelas suyas del oeste, publicadas por Astri y Ediciones B, al menos hasta el año 2000, y en 2002 Astri le dedicó en exclusiva la colección Piratas, encuadrada el antiguo género de corsarios. Desaparecida también esta editorial Gallardo pasó a colaborar con Dastin, vínculo que se mantiene hasta el presente. De esta reciente etapa datan siete biografías de mexicanos ilustres, diez adaptaciones de clásicos juveniles, un Diccionario de biografías de grandes figuras de la historia y, con motivo del IV centenario del Quijote, una adaptación juvenil de la obra de Cervantes. Escribió asimismo un par de novelas históricas serias tituladas *La conjura* (2009) y *La clave de los evangelios*. En Morsa ha publicado *La noche de América agonizante* y su autobiografía, *Yo, Curtis Garland*.